

Clifford Goldstein

DESEQUILIBRIO FATAL

La verdad acerca del juicio,
el santuario, y su salvación.



DESEQUILIBRIO FATAL

El santuario quizá sea una de nuestras doctrinas más malinterpretadas y atacadas. Algunos adventistas creen que ésta se desarrolló simplemente para explicar el gran chasco de 1844. Otros no logran discernir la relación que existe entre el juicio investigador y el santuario, y ven todo el asunto como un espantajo teológico que nada tiene que ver con la salvación. Y la confusión resultante, con respecto a esta importantísima enseñanza, pone las bases para la apatía espiritual y la pérdida del sentido de misión y falta de poder que vemos en el adventismo de hoy. Nuestro indiferente y voluble enfoque del santuario nos proporciona el cuadro distorsionado de un Dios que sólo nos da medias verdades acerca de sus esfuerzos para salvarnos.

Estas medias verdades crean un equilibrio falso entre la misericordia y la justicia de Dios, que amenaza lanzar a la iglesia al igualmente peligroso foso de la gracia barata por una parte, y de un legalismo letal por la otra. ¿Cuál es la solución?

En su libro más significativo hasta el momento, Goldstein muestra la forma en que el santuario y el juicio anterior a la Segunda Venida revelan el amor y la justicia de Dios al salvar a los seres humanos pecaminosos. *Desequilibrio fatal* responde a preguntas vitales como éstas:

- ◇ ¿Por qué realiza Dios un juicio investigador?
- ◇ ¿Existe un santuario celestial, y cuál es su función en dicho juicio?
- ◇ ¿Por qué vienen nuestros nombres a juicio, especialmente si Cristo ya murió por nuestros pecados?
- ◇ Cómo decide Dios si nuestros nombres han de permanecer en el libro de la vida o ser borrados?

La gloria del Evangelio, tal como se ve en el servicio del santuario, resuena triunfalmente al emerger de estas páginas para dar propósito y esperanza a los adventistas que anhelan profundamente la seguridad de su salvación y el reavivamiento de su iglesia.

OTRAS OBRAS DEL MISMO AUTOR

1844 Hecho simple

Una pausa renovadora

Desequilibrio

FATAL

*La verdad acerca del juicio,
el santuario, y su salvación.*

Clifford Goldstein

ASOCIACION PUBLICADORA INTERAMERICANA
Belize—Bogotá—Caracas—Guatemala—Managua
México—Panamá—San Salvador—San José
San Juan—Santo Domingo—Tegucigalpa

Título de la obra original:
False Balances

Traductor: Mario A. Collins
Redactor: Félix Cortés A.

Derechos reservados
Copyright © 1994
Asociación Publicadora Interamericana

Asociación Publicadora Interamericana
1890 N.W. 95th Ave.
Miami, Florida, 33172
Estados Unidos de Norteamérica

Para Z. C.

Contenido

Introducción	9
Derrotados	13
¡Ataque!	23
El texto perdido	26
Minijuicios	39
El juicio investigador de Judá	45
“La multiforme sabiduría de Dios” – 1	53
“La multiforme sabiduría de Dios” – 2	62
El santuario de Israel	71
Los dos querubines	81
“Por espejo, oscuramente”	88
La primera ley del cielo – 1	93
La primera ley del cielo – 2	101
La purificación del santuario	108
La demostración total y definitiva	117
Fe <i>versus</i> obras	128
El examen de tu nombre	133
El Judas que todos llevamos adentro – 1	150
El Judas que todos llevamos adentro – 2	172
Balanzas falsas	178
Referencias	185

Introducción

Como estudiante universitario provocador de los cristianos, y miembro de una familia judía secular, el autor de este libro se encontró con Jesús y llegó a aceptarlo como su Salvador personal a través de una serie de circunstancias extraordinarias. Clifford Goldstein ha visto a Dios guiándolo clara y asombrosamente, a pesar de haber tenido que realizar un peregrinaje espiritual bastante tortuoso. Los pasos iniciales de ese viaje forman parte de su trabajo autobiográfico: *Best-seller*.

Como les ha sucedido a muchos otros cristianos, Goldstein descubrió que sus dificultades no se desvanecieron cuando aceptó el cristianismo. Asistió a un destacado colegio adventista durante los primeros años

de la década de 1980, justo a tiempo para recibir el impacto de las acaloradas controversias teológicas que sacudían a la iglesia en aquellos años. Tuvo que soportar los embates de violentos ventarrones contrarios a la Iglesia Adventista, y de otros favorables a ella.

Sin embargo, el estudio personal de las Escrituras afianzó la confianza de Goldstein en el mensaje profético singular que la iglesia predica actualmente. En su libro *1844 hecho simple* da evidencia de su confianza en dicho mensaje. Sus claras explicaciones de diversos asuntos complejos me impulsaron a recomendar esa obra a los grupos con quienes he trabajado impartiendo seminarios relativos al tema central de su libro.

Hay una tercera etapa en el peregrinaje espiritual de Goldstein: no es suficiente experimentar el comienzo de la vida cristiana; no basta poseer un conocimiento intelectual de la Biblia y las profecías que ella contiene; la teología y la doctrina tienen que penetrar hasta los niveles más profundos de nuestra vida y afectar nuestra forma de vivir. He ahí el tema de su trabajo actual: *Desequilibrio fatal*. En este documento Goldstein analiza los aspectos sobresalientes de la vida espiritual del cristiano y la experiencia de la salvación.

Lamentablemente ésta es la coyuntura difícil para muchos cristianos. La salvación la recibimos de un Dios justo. El nos provee su justicia mediante la muerte vicaria y sustitutiva de Jesús en la cruz como expiación por todos nuestros pecados y por los de todo el mundo. Este hecho es absolutamente esencial en la vida cristiana: sin él nadie puede recibir salvación. Nunca se debe disminuir el valor de este precioso don. Tampoco se puede abusar de él convirtiéndolo en una licencia para pecar ("sólo tienes que volver al pozo vez tras vez").

En los días del apóstol Pablo había quienes comprendían mal y usaban equivocadamente lo que Cristo llevó a cabo en la cruz, de tal manera que distorsionaban su verdadera función en la vida cristiana. Tristemente, lo mismo sucede en la actualidad. En la epístola a los Romanos, Pablo declara enfáticamente que jamás deberíamos usar el maravilloso don divino de la salvación como excusa para quebrantar su ley y sobreabundar en el pecado. Bien podríamos llamar el “partido de la justificación” a los que apoyan el uso distorsionado de la cruz, por causa del énfasis que le dan a este aspecto de la salvación.

Otros yerran por colocar un énfasis excesivo en el otro aspecto de la vida cristiana: la santificación. De aquí que también tengamos el “partido de la santificación”. Este grupo tiende a transformar la vida cristiana en una cuestión de conducta, mediante la cual uno se esfuerza por merecer la aprobación divina.

Goldstein sostiene que existe una posición verdadera y equilibrada de la cruz y de la obra que se cumplió en ella. También subraya que no es sorprendente que la Iglesia Adventista todavía experimente tales tensiones. Han existido en la iglesia cristiana a través de todos los tiempos. *Desequilibrio fatal* cumple una función excelente al exponer las imperfecciones de estos enfoques extremistas de la vida y la experiencia del cristiano con Dios.

Pero este libro hace mucho más que exponer ciertos problemas. Es una invitación al equilibrio. No podemos darnos el lujo de desviarnos a un lado del camino ni al otro. Goldstein afirma que la Biblia por sí sola nos indica el mismísimo equilibrio que necesitamos tan desesperadamente. El autor encuentra dicho equilibrio en el libro de Levítico y en el sistema de sacrificios

DESEQUILIBRIO FATAL

mediante el cual recibían salvación los antiguos israelitas. Para él la justificación y la santificación armonizan perfectamente en el santuario. Dios indicó a los israelitas que llevaran una vida santa en base al don de pura gracia que había provisto para ellos en el sistema de sacrificios. De ese modo la justificación se constituía en la razón de ser de la santificación.

Clifford Goldstein encuentra esta misma clase de equilibrio en diversos puntos del Nuevo Testamento. En los últimos capítulos de Romanos —el gran pronunciamiento acerca de la justificación, del Nuevo Testamento— aplica esta enseñanza a la práctica de la vida cristiana. La epístola a los Hebreos utiliza el mismo enfoque al presentar a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote en el santuario celestial, y al concluir con una explicación del modo en que nuestra fe en aquel Sumo Sacerdote se refleja en una valerosa vida espiritual cotidiana.

El autor está perfectamente calificado para tratar estos temas, tanto por su experiencia como por los estudios que ha realizado. Ha vivido y trabajado con personas que se han desviado hacia uno u otro lado del camino. Al hacerlo, se ha familiarizado con los errores de los dos bandos, y nos pone al tanto de ambos. No le ha resultado fácil guardar el equilibrio; pero gracias a sus propias dificultades, Goldstein ha desarrollado un mensaje sincero que pone a la consideración de sus lectores con la súplica de que sea escuchado. Haremos bien en compenetrarnos de sus profundas percepciones.

William H. Shea

Instituto de Investigación Bíblica

Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día

Silver Spring, Maryland.

Capítulo 1

Derrotados

Nunca antes los adventistas habían tenido mayores razones que ahora para regocijarse en los mensajes de los tres ángeles, ni para creer y confiar en su cumplimiento. Las palabras de Cristo: “Levantad vuestra cabeza, porque vuestra redención está cerca” (Lucas 21:28), resuenan con una pertinencia que hasta ahora desconocíamos. Únicamente las personas afectadas de *rigor mortis* espiritual pueden pasar por alto la celeridad con la cual están desarrollándose las escenas finales. Los eventos anunciados en *El conflicto de los siglos* ya no pertenecen únicamente al futuro. Son para hoy.

Durante años los adventistas se habían preguntado: “¿Cómo pueden cumplirse las profecías relativas a las escenas del último tiempo, mientras el mundo siga

haciéndole frente a un comunismo militante y armado hasta los dientes?” Para algunos la hoz y el martillo (acerca de los cuales las páginas proféticas parecen guardar silencio) golpearon y cercenaron su confianza en el mensaje de la iglesia para los últimos días. Los escépticos de nuestro pueblo cuestionaron los escritos de Elena de White por “fastidiar” a los católicos, cuando todo el mundo podía darse cuenta que el enemigo no era el papa sino el comunismo. Ahora, sin embargo, el comunismo ha quedado panza arriba y, mientras la Iglesia Católica se fortalece alimentándose de sus restos y su influencia crece día a día, los escépticos muerden el polvo.

“El catolicismo —escribió Elena de White— está ganando terreno en todas direcciones”.¹ Aunque estas palabras no presentan los detalles, identifican las tendencias. La Iglesia Católica ha estado alcanzando un poder y una influencia que no había ejercido desde los días cuando los “santos padres” podían quemar impunemente a sus enemigos en la hoguera. “En la actualidad, el prestigio del papa es muy elevado —escribe el ex jesuita Peter de Rosa—. En estos tiempos los pontífices han alcanzado fama universal. Los acontecimientos históricos en que intervienen y la inmediatez de su difusión han contribuido a hacer de ellos los ‘portavoces de la religión’”.² Juan Pablo II, el actual “portavoz de la religión”, en uno de sus viajes por la Europa Oriental liberada declaró confiadamente: “Este mundo tiene que ser conquistado”.³

En Estados Unidos de Norteamérica la Iglesia Católica ha logrado avances políticos tan impresionantes que un periódico católico conservador llegó a decir que estamos asistiendo al “inicio de la era católica en la historia norteamericana”.⁴ Hace más de un siglo que

Elena de White advirtió acerca de que los protestantes “están abriendo la puerta para que el papado recobre en la América protestante la supremacía que perdió en el viejo mundo”.⁵ ¿Qué habría dicho hoy?

Mientras tanto, la Nueva Ala Derecha Cristiana “se ha convertido en parte del establecimiento político”.⁶ Ahora que se ha atrincherado firmemente en el sistema político, se ha vuelto menos visible que antes: y mientras menos visible, más peligrosa. Amenazar con la ira de Dios a todos los que no apoyen con su voto la posición “bíblica” en todas las cosas —desde la Guerra de las Galaxias hasta la ayuda para los Contras— ya no es popular en la Norteamérica de fines del siglo veinte. Percatándose de ello, la Nueva Derecha ha adoptado de propósito tácticas más prudentes y menos obvias, especialmente a niveles municipales y estatales. “Los cristianos conservadores que recién aparecen en escena, así como los de mayor experiencia política, están exigiendo que se les permita ejercer una verdadera influencia política —escribe Rob Gurwitt—. Y, aunque la mayoría de los medios nacionales de comunicación no parecen haberse percatado de ello, ya han comenzado a esgrimirla”.⁷

Los norteamericanos ya no pueden confiar en la Corte Suprema de Justicia para que proteja sus libertades religiosas, como lo hacía antes. Apartándose radicalmente de decisiones previas que salvaguardaban los derechos religiosos de las minorías, la Corte Suprema sostuvo, en un voto de 6 contra 3 (tómense en cuenta los números), el desempleo de varios indios oregoneses que habían usado peyote durante una ceremonia religiosa. Admitiendo que la nueva decisión “colocará en desventaja aquellas prácticas religiosas no muy populares —el juez Scalia afirmó que— la conse-

DESEQUILIBRIO FATAL

cuencia inevitable del gobierno democrático debe preferirse a un sistema en el cual cada conciencia es ley”.⁸ En otras palabras, si la práctica de tu religión entra en conflicto con las necesidades de la mayoría, ya no puedes esperar que la Suprema Corte se incline a proteger tus derechos.

Los jueces que no estuvieron de acuerdo advirtieron que los resultados de esta decisión producirían “un trastorno masivo de la ley establecida concerniente a las cláusulas religiosas de nuestra constitución”. La misma Sandra Day O'Connor, que votó con la mayoría, consideró que la opinión de Scalia era “incompatible con el compromiso fundamental de la nación con la libertad religiosa”.⁹

Paso a paso, año tras año, el contenido de *El conflicto de los siglos* y Apocalipsis 13 desfila ante nuestros ojos dando significado a los sucesos políticos y religiosos que observamos. Dios ha derramado sobre su pueblo una luz que el mundo es incapaz de comprender; y a medida que los acontecimientos se producen, tenemos mayores razones que nunca antes para amar y vivir esta verdad.

No obstante, el adventismo pasa hoy por una crisis. En una hora cuando deberíamos proclamar nuestro mensaje desde los tejados de las casas, nos estamos escondiendo en los sótanos. Muchos desconocen por qué son adventistas, cuáles son sus creencias y por qué las creen. Miles no devuelven sus diezmos, no asisten a la iglesia, y muchos —particularmente los jóvenes— se están separando de ella. Los cultos de adoración, que deberían caracterizarse por su entusiasmo, poder y espiritualidad, a menudo son tan desabridos que llamarlos “tibios” sería hacerles un cumplido. El adventismo de hoy pasa por una crisis de identidad, una

crisis teológica, y una crisis espiritual. ¿Y cuál es el resultado? Una serie de cuestionamientos cruciales para la iglesia. Si ni siquiera sabemos quiénes somos, ¿para qué esforzarnos por traer a otros a nuestras filas? Si no somos capaces de definir lo que creemos, ¿con qué fin lo enseñamos a otros? Si nos vemos desprovistos de poder espiritual, ¿a quiénes atraeremos? ¿Cómo podemos esperar que proclamaremos un mensaje al mundo, si ni siquiera estamos seguros de cuál es ese mensaje? Hablamos de recibir la lluvia tardía, pero es más probable que caiga una tormenta de nieve sobre La Meca en junio que la lluvia tardía descienda sobre nosotros.

Diversas teorías se han ofrecido, tanto de la derecha como de la izquierda, para explicar nuestro malestar. La televisión, madres que trabajan, teólogos liberales, prosperidad material, iglesias de celebración, legalismo, jesuitas, ordenación exclusiva de varones, y el sistema educacional: se han culpado todos estos factores y muchos más. Sin embargo el adventismo es algo demasiado grande, demasiado diversificado, para que cualquiera pueda categorizar con precisión la causa de nuestro letargo espiritual. Sea cual fuere la causa, una cosa es cierta: Si no nos arrepentimos, si no nos volvemos, nuestros pecados nos destruirán.

El Señor nos ha sido revelado con una luz cada vez mayor. Nuestros privilegios son mucho más grandes que los del antiguo pueblo de Dios. No sólo poseemos la gran luz confiada a Israel, sino que tenemos la creciente evidencia de la gran salvación que nos ha sido traída por Jesucristo.¹⁰

Si el Israel antiguo sufrió tan severamente a causa de sus pecados, ¿qué nos acontecerá a nosotros? “¿Acaso la culpabilidad del profeso pueblo de Dios no es hoy

DESEQUILIBRIO FATAL.

tanto mayor que la del Israel de antaño, cuanto la luz de que gozamos es superior a la de ellos?"¹¹

Aunque nunca he estado más convencido de la veracidad de los mensajes de los tres ángeles, nunca había sentido un temor tan grande por la suerte de los mensajeros. Esta verdad circulará al mundo con su gloria, aunque nosotros permanezcamos en tinieblas. Como Israel, nosotros también hemos sido hechos depositarios de la verdad; no obstante, a veces no siento más optimismo respecto de los adventistas del que Jeremías experimentaba por Jerusalén.

Aunque no existe una respuesta simple para este problema, mientras los adventistas no comprendamos nuestro mensaje, tampoco entenderemos nuestra identidad, misión ni propósito. Y el único modo de discernir el significado de nuestro mensaje es volviéndonos a sus fundamentos, porque nunca sabremos cuál es nuestro destino mientras ignoremos de dónde venimos. La esencia, la misma base del adventismo del séptimo día, ya sea que nos guste o no, que lo aceptemos o no, es el servicio del santuario.

El asunto del santuario fue la clave que aclaró el misterio del desengaño de 1844. Reveló todo un sistema de verdades que formaban un conjunto armonioso y demostraban que la mano de Dios había dirigido el gran movimiento adventista, y al poner de manifiesto la situación y la obra de su pueblo, le indicaba cuál era su deber de allí en adelante.¹²

A pesar de la importancia que Elena de White le dio al tema del santuario, actualmente hay una gran confusión acerca de él y se distorsiona mucho su significado, debido a lo cual andamos a la deriva. La mayoría de los adventistas sabe muy poco acerca del santuario, y los que están familiarizados con él ignoran

sus verdaderas enseñanzas, particularmente en lo que se refiere al juicio investigador. Sin embargo, al decir de la sierva del Señor, el santuario “puso de manifiesto la situación y la obra de su pueblo [de Dios]”. No es de sorprenderse, entonces, que ignoremos cuál es nuestra posición, nuestra obra o nuestro mensaje. Con razón a veces nos vemos arrastrados “por doquiera de todo viento de doctrina” (Efesios 4:14). Con razón una crisis de fe e identidad afecta nuestras filas. ¿Cómo podría ser diferente, si el santuario —el fundamento mismo de nuestra existencia como pueblo— se ha distorsionado tanto y hasta se ha perdido de vista?

El problema más grave consiste en que nuestra presentación del santuario no es equilibrada. El sistema del santuario terrenal comprendía dos partes sobresalientes: el sacrificio del animal (que invariablemente incluía un servicio sacerdotal en el primer departamento), y el día de la expiación (con su actividad concentrada en el segundo departamento). Hoy, dentro del adventismo, algunos concentran su vista únicamente sobre el sacrificio y el ministerio del primer departamento; en cambio otros prefieren enfocar su atención sólo en el servicio del segundo. Sin embargo, cualquiera de estas dos posiciones, aislada, revela un evangelio incompleto. Juntas, presentan el mensaje total del ministerio de Jesucristo.

Mi esposa, una adventista de toda la vida, me describió la forma en que le habían enseñado acerca del juicio investigador. Sus palabras ejemplifican lo que sucede cuando colocamos el énfasis sólo en el ministerio del segundo departamento, sin balancearlo con el sacrificio que lo precede. “A mí me enseñaron —comentó mi esposa— que el juicio se está llevando a cabo actualmente en el cielo, y que nuestros nombres

DESEQUILIBRIO FATAL

pueden pasar a revisión en cualquier momento. Nadie puede precisar cuándo sucederá; pero cuando nuestros casos sean examinados, si no hemos sido absolutamente perfectos nuestros nombres serán borrados del libro de la vida. Estaremos perdidos. Cuando esto suceda no nos daremos cuenta de ello, y podremos continuar luchando por alcanzar la perfección, aunque para nosotros ya se haya cerrado la puerta de la gracia y estemos viviendo sin esperanza”.

Este no es un cuadro de “buenas nuevas”, ni tampoco es una descripción fiel de lo que acontece durante el juicio investigador. No obstante, es un reflejo de lo que muchos adventistas creen. Y con semejante teología, ¿quién puede culpar a una persona por abandonar la iglesia?

Como reacción a este desequilibrio, algunos prefieren circunscribir el santuario al sacrificio y al primer departamento, e ignorar el servicio del lugar santísimo en el día de la expiación. Para ellos, el plan de salvación termina en el altar de la ofrenda quemada y el ministerio del primer departamento: con Jesús en la cruz y el perdón. La ley, la santificación, el juicio, la victoria sobre el pecado —todas las verdades enseñadas por el segundo departamento— llegan a considerarse como meros apéndices del “evangelio”. El fruto de tales creencias puede percibirse en los adulterios, divorcios, abuso de drogas, robo de diezmos, y la relajación general de las normas y de la moralidad dentro de la iglesia. Este falso equilibrio no es la única causa de tales problemas, por supuesto, pero ciertamente ha contribuido a su existencia.

Los mensajes de los tres ángeles son pervertidos por cualquiera de estas dos posiciones desbalanceadas; es decir, por circunscribir el ministerio del santuario a

la actividad del primer departamento únicamente o a la del segundo. Actualmente la segunda de estas dos posiciones es definitivamente la más prevaleciente en las filas del adventismo, sin duda por causa de una inclinación previa de la balanza hacia la primera posición. Para comprender la obra del santuario y su relevancia para la iglesia de hoy, necesitamos tomar en cuenta *todo* el servicio: el sacrificio realizado en el primer departamento, y el ministerio que se llevaba a cabo en el segundo; la primera actividad complementada con la segunda.

Este libro es en realidad la continuación de mi obra anterior, *1844 hecho simple*, en la cual demostramos que el estudio cuidadoso de la Biblia nos conduce al año 1844. En ella también incluimos una breve sección que explica el significado del juicio investigador. En el presente estudio nos ocuparemos del santuario, y examinaremos con detenimiento la cuestión del juicio investigador, el cual, juntamente con el sacrificio de Jesús, constituye la esencia misma de los mensajes de los tres ángeles. Revisaremos la evidencia bíblica en la cual se fundamenta la creencia del juicio investigador, y daremos respuesta a las siguientes preguntas:

¿Por qué estableció Dios un juicio investigador?

¿Por qué tiene que haber un santuario en el cielo?

¿Es literal ese santuario? Y si es así, ¿por qué necesita serlo?

¿Qué sucede cuando nuestro nombre es traído a juicio, especialmente a la luz de la cruz?

¿Cuál es el factor que determina si nuestros nombres permanecen en el libro de la vida, o si son borrados de su registro?

¿Cómo armonizamos el altar de la ofrenda encendida, con el ministerio realizado en el primer departa-

DESEQUILIBRIO FATAL

mento del santuario, que simboliza la cruz y la justificación, con el ofrecimiento de la sangre en el lugar santísimo, que simboliza el juicio investigador?

Y finalmente, ¿cómo reconciliamos las declaraciones de Elena de White relativas a la perfección del carácter de la última generación, con la justificación por la fe?

Las profecías se están cumpliendo ante nuestros ojos. Asombrosos sucesos se producen a diario. No obstante, sólo un conocimiento equilibrado y experimental de todo el mensaje del santuario podrá prepararnos para hacerle frente a lo que está por venir.

Capítulo 2

¡Ataque!

El pueblo de Dios debería comprender claramente el asunto del santuario y del juicio investigador —escribió Elena de White—. Todos necesitan conocer personalmente el ministerio y la obra de su gran Sumo Sacerdote. De otro modo, les será imposible ejercer la fe tan esencial en nuestros tiempos, o desempeñar el puesto al que Dios los llama.¹ Sin embargo, en un artículo publicado en *Christianity Today*, el ex adventista David Neff, sostiene que “pocos adventistas contemporáneos lo pueden explicar [el juicio investigador] y pocos teólogos adventistas todavía lo siguen enseñando”.²

Si Neff está en lo cierto, entonces obviamente la mayoría de los adventistas no están donde Dios quisie-

DESEQUILIBRIO FATAL

ra verlos. ¿Por qué?

El carácter único de la doctrina del santuario contribuye a que se la haga un blanco especial de ataque. Si bien otras posturas sobresalientes de nuestra fe —sábado, milenio, estado de los muertos— son aceptadas por otros cristianos, únicamente los adventistas enseñan el ministerio sumosacerdotal de Cristo en el segundo departamento del santuario, con sus implicaciones de un juicio investigador. Este aspecto del santuario, “puesto que es exclusivamente nuestro, también nos ha expuesto, como iglesia, a mayor oprobio, ridículo y burlas de parte de otras iglesias cristianas, que cualquier otra doctrina”.³

Sin embargo, los ataques más insidiosos no han sido los procedentes de otras iglesias. Después de todo, los adventistas esperan que quienes disienten con ellos acerca de otras doctrinas también lo hagan en lo referente al juicio investigador. Pero son mucho más peligrosos los que, a pesar de guardar el sábado, comer chorizos vegetarianos, y comprender el estado de los muertos, arrojan dudas sobre la idea del santuario y el juicio investigador. Con mucho, los más fieros asaltos de Satanás han surgido desde adentro.

Dudley M. Canright (1840-1919), ministro de la iglesia, administrador denominacional y escritor, renunció al puesto que ocupaba en 1887, abandonó el adventismo y se hizo predicador bautista, todo por causa de la doctrina del santuario. En su bien conocida obra *Seventh-day Adventism Renounced* [Renuncia al adventismo del séptimo día], considera que “la idea adventista de un santuario en el cielo es un disparate”.⁴

Albion Fox Ballenger (1861-1921), presidente de las misiones Irlandesa y Galesa, apostató a causa de la

misma enseñanza. El creía que antes de la cruz los servicios del santuario celestial eran llevados a cabo por ángeles que administraban el perdón bajo un sumo sacerdote inmortal llamado Melquisedec. Enseñaba que el día de la expiación había comenzado en el cielo con la cruz, descartando así la posibilidad de un juicio investigador que comenzara en 1844.

Louis Richard Conradi (1856-1939), presidente de la División Europea hasta 1922, abandonó la iglesia por causa de la misma doctrina. Conradi era un ávido estudiante de la historia, y sostenía que los 2,300 días de Daniel 8:14 se referían únicamente al Islam, y que en 1844 Dios influyó sobre los mahometanos para que “ejercieran tolerancia hacia todos los que habrían de ser cristianos”.⁵

Durante la última década Desmond Ford, conferenciante, teólogo y maestro, fue depuesto por negar la doctrina del juicio investigador. Después de realizar un estudio más profundo y más inteligente de algunas de las ideas de Ballenger, Ford llegó a la conclusión de que Cristo entró en el lugar santísimo del santuario celestial en ocasión de su ascensión. Valiéndose del principio apotelesmático — que permite la interpretación múltiple de la profecía — Ford rechazó el concepto histórico del juicio investigador.

Aunque entre los que han desafiado la doctrina del santuario estos individuos se cuentan entre los más destacados, otros —a menudo bajo la influencia de ellos— también han hecho lo mismo. Y mientras algunos, como Ford, han tenido el valor de hablar, aun a expensas de su empleo, ¿cuántos otros albergan y esparcen las mismas dudas, y permanecen adentro?

Capítulo 3

El texto perdido

Aunque algunos de los ataques contra nuestra doctrina del santuario, particularmente los provenientes de nuestras propias filas —como la idea de que para 1844 la sangre de Cristo ya se habría secado y que por lo tanto no se la podría haber usado en el Santuario Celestial— son demasiado frívolos como para siquiera tomarlos en cuenta, otros cuestionamientos han sido honestos y bien pensados. Afortunadamente el Señor ha puesto a nuestro alcance respuestas sinceras y cuidadosamente elaboradas.¹

Una acusación seria, que estuvo en boga en años recientes, culpa a los adventistas de basar todo lo relacionado con el juicio investigador en el texto de Daniel 8:14 exclusivamente: “Y él dijo: Hasta dos mil

trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”. “La teología seria” no fundamenta una doctrina sobre un solo texto. Ninguna de nuestras otras enseñanzas características, tales como el sábado o el estado de los muertos, se basa en un solo versículo. ¿Qué acerca del juicio investigador?

Para contestar esta acusación, en primer lugar necesitamos definir la expresión juicio investigador y después hay que ver si realmente está fundamentada en un solo versículo. Aquí está mi definición:

El juicio investigador es un juicio que se lleva a cabo en el cielo antes de la segunda venida de Cristo, durante el cual todos los verdaderos seguidores de Dios serán juzgados favorablemente delante del universo observador. Durante este juicio la vida de todos los que han profesado servir a Cristo —y que por lo tanto están escritos en el Libro de la Vida— pasa en revista delante de Dios, quien finalmente determina si se han vestido o no con el ropaje de su justicia. Si están revestidos con su justicia y son verdaderos seguidores de Cristo, entonces sus nombres son retenidos en los libros del cielo, son borrados sus pecados y se les dará entrada en la Nueva Jerusalén. Sin embargo, si su profesión no ha sido sino eso, una mera profesión, desprovista del manto de la justicia de Cristo, entonces sus nombres serán borrados del Libro durante este juicio, y se les negará la entrada en la Nueva Jerusalén.

Algunos opositores de la doctrina del juicio investigador han argüido que los creyentes que han aceptado a Jesús como su Salvador no vienen a juicio. Citan Juan 5:22, 24: “Porque el Padre a nadie juzga, sino que todo el juicio dio al Hijo... El que oye mi palabra, y cree al que me envió, tiene vida eterna; y no vendrá a condenación, mas ha pasado de muerte a vida”.

No obstante, observemos lo que Pablo afirma en el

DESEQUILIBRIO FATAL

libro de Hebreos: “El Señor juzgará a su pueblo” (Hebreos 10:30). ¿A quién dice Pablo que juzgará Dios? A su pueblo. Evidentemente, el pueblo de Dios se enfrentará a un juicio futuro. (Este libro fue escrito muchos años después de la cruz.)

Pedro declaró: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17). Según Pedro, entonces, los creyentes (“la casa de Dios”) no sólo son juzgados, sino ¡el juicio *comienza con ellos!* Estos versículos son sólo dos de las declaraciones bíblicas que enseñan que los creyentes deben comparecer ante el juicio.²

Daniel 7 representa una escena de juicio:

Estuve mirando hasta que fueron puestos tronos, y se sentó un Anciano de días, cuyo vestido era blanco como la nieve, y el pelo de su cabeza como lana limpia; su trono llama de fuego, y las ruedas del mismo, fuego ardiente. Un río de fuego procedía y salía de delante de él; millares de millares le servían, y millones de millones asistían delante de él; el Juez se sentó, y los libros fueron abiertos (vers. 9 y 10).

¿Dónde se lleva a cabo este juicio? ¿En la tierra? Parece difícil que las metáforas de corrientes ígneas, del Anciano de días, y de ruedas flamíferas, pudieran referirse a la tierra. Aquí Daniel describe una escena celestial y, por lo tanto, estos “millares de millares” y “millones de millones” deben ser ángeles: simbolizados por los dos querubines de oro del segundo departamento del Santuario, donde el juicio ocurría en el modelo terrenal.

¿Quiénes están involucrados en la escena de la corte? En el versículo 22 del mismo capítulo 7, Daniel

describe este juicio como sigue: “Hasta que vino el Anciano de días, y se dio el juicio a los santos del Altísimo; y llegó el tiempo, y los santos recibieron el reino”. Otras versiones rinden este pasaje diciendo que el juicio fue pronunciado “en favor de los santos del Altísimo”, “a favor de los santos”, o “para los santos”.

¿Están involucrados los creyentes? Obviamente, de lo contrario, ¿cómo podría pronunciarse juicio en favor de ellos? Imagínese que usted está en una corte, pero sólo como espectador. En el caso se examinan libros, registros, documentos y evidencias, y luego se da el veredicto. El Juez levanta la vista, lo apunta a usted, y dice que el juicio ha sido dado “en su favor” o “para beneficio suyo”. ¿Qué está sucediendo? Si usted no había sido llamado a comparecer ante la corte, ningún juicio podía darse en favor ni en contra suya. Únicamente las personas que son juzgadas se enfrentan a un veredicto que se pronuncia, ya sea en favor o en contra de ellas.

“Ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” (Romanos 8:1). El texto no dice que “ahora, pues, ningún juicio hay para los que están en Cristo Jesús”, sino ninguna condenación. Romanos 8:1 es uno de los textos más notables de la Escritura acerca del juicio investigador; *implica* un juicio de los cristianos, porque si alguien no estuviera llamado a comparecer ante un juicio, ni siquiera se lo podría considerar para recibir una condenación. Y sin embargo, este versículo anuncia el veredicto para aquellos que “están en Cristo Jesús”. ¡Ese veredicto es “ninguna condenación”! Evidentemente éste, como el de Daniel 7, es dado “en favor de los santos”.

¿Cuándo tiene lugar la escena del juicio que se describe en Daniel 7? El versículo 22 declara que

DESEQUILIBRIO FATAL

después del juicio los “santos recibieron el reino”. ¿Cuándo poseen el reino los santos? En ocasión de la segunda venida (véanse los vers. 13, 14, 25 y 26). Este juicio —que involucra a los creyentes y que es un juicio en favor de ellos— ocurre antes de la segunda venida de Jesús. No cabe la menor duda de que se trata de un juicio previo al advenimiento.

Daniel 12:1 declara:

En aquel tiempo se levantará Miguel, el gran príncipe que está de parte de los hijos de tu pueblo; y será tiempo de angustia, cual nunca fue desde que hubo gente hasta entonces; pero en aquel tiempo será libertado tu pueblo, todos los que se hallen escritos en el libro.

En vista de que este versículo alude a un “tiempo de angustia, cual nunca fue” tiene que referirse al fin del mundo anterior a la segunda venida de Jesús (o Miguel, como aquí se lo denomina). ¿Pero quiénes son libertados? “Todos los que se *hallen* escritos en el *libro*”. ¿No implican estas palabras que se ha tenido que llevar a cabo un examen o investigación? Obviamente el texto enseña que antes de la segunda venida se han investigado los registros celestiales.

Apocalipsis 21:27 está relacionado con este texto: “No entrará en ella ninguna cosa inmunda, o que hace abominación y mentira, sino solamente los que están inscritos en el libro de la vida del Cordero”. Jesús les recomendó a sus discípulos que no se regocijaron porque “los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los cielos” (Lucas 10:20).

De acuerdo con las Escrituras, las personas cuyos nombres estén “escritos en el cielo”, o “se hallen escritos en el libro”, o estén inscritos “en el libro de la vida

del Cordero”, serán salvas. Ahora, contrastemos estas palabras con Apocalipsis 3:5: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (la cursiva es nuestra). Nótese los elementos que este versículo tiene en común con la escena del juicio de Daniel 7.

Los creyentes tienen sus nombres escritos en los registros del cielo —el libro de la vida—, y que sus nombres permanezcan allí es un asunto de importancia crucial, porque sólo tienen entrada en la Ciudad Santa las personas cuyos nombres son retenidos en los libros. Los nombres pueden ser borrados; y si esto sucede, también lo son las personas a quienes pertenecen.

Apocalipsis 3:5	Daniel 7
“ángeles”	“millares de millares”
“mi Padre”	“Anciano de días”
“Jesús”	“Hijo del hombre”
“libro”	“libros”

“A cualquiera, pues, que me confiese delante de los hombres, yo también le confesaré delante de mi Padre que está en los cielos. Y a cualquiera que me niegue delante de los hombres, yo también le negaré delante de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 10:32, 33).

“Os digo que todo aquel que me confesare delante de los hombres, también el Hijo del Hombre le confesará delante de los ángeles de Dios” (Lucas 12:8, 9).

Jesús confesará su nombre delante del Padre (el “Anciano de días”) y sus ángeles (“millares de milla-

DESEQUILIBRIO FATAL

res”), o lo negará. La voz griega que significa *negar* también puede traducirse por “repudiar”, “rechazar”, o “rehusar”. La Biblia dice que Jesús es nuestro Abogado: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). ¡Imagínese que usted comparece ante el tribunal, y su propio abogado lo niega delante del juez! Estos versículos nos advierten acerca de un día de ajuste de cuentas cuando Jesús hará una de dos cosas: o nos negará y estaremos perdidos, o nos confesará y estaremos sellados para siempre. Con toda certeza, éste es un tiempo de juicio para los que hayamos profesado seguir a Cristo.

Hechos 3:19 y 20 también conecta el juicio con los últimos días antes del regreso de Jesús: “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor ‘tiempos de refrigerio’, y él envíe a Jesucristo”. Reflexionemos en los elementos: arrepentimiento, conversión, el acto de borrar los pecados, refrigerio de parte del Señor, y la segunda venida. La referencia al regreso de Cristo (vers. 20), como en Daniel 12:1, establece el marco cronológico de los últimos días.

Aquí los elementos están relacionados estrechamente. El primero, el arrepentimiento, es un don de Dios; pero, como todos sus dones, para que sea nuestro tenemos que aceptarlo, y en este caso lo hacemos mediante la confesión de nuestros pecados y nuestra súplica de perdón.

El arrepentimiento es un paso que se da para llegar al elemento que sigue: la conversión. “Y convertíos”. Podemos ser adventistas, creer y entender el juicio investigador, pero si no estamos convertidos, si no hemos tomado la decisión consciente de someterle

totalmente nuestra vida a Jesús, por el poder del Espíritu Santo, entonces no estamos convertidos: y si no nos hemos convertido estamos perdidos.

Si estamos perdidos, entonces el elemento que sigue en el mismo versículo no se aplica a nosotros: *“arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados”*. El texto de Apocalipsis 3:5 infiere que los nombres de las personas que no hayan sido salvas serán borrados. En contraste con ello, estos versículos de Hechos hablan de borrar los pecados (no los nombres) de las personas que sean salvas, es decir, de quienes se hayan arrepentido y convertido. Aparentemente, si el nombre es borrado, uno está perdido; si los pecados son borrados, uno está salvo.

Hechos 3:19 realmente dice: *“Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados; para que vengan de la presencia del Señor tiempos de refrigerio”*. ¿Qué son esos tiempos de refrigerio? Al comentar el pasaje de Hechos 3:19, Elena de White escribió: “La gran obra de evangelización no terminará con menor manifestación del poder divino que la que señaló el principio de ella. Las profecías que se cumplieron en tiempo de la efusión de la lluvia temprana, al principio del ministerio evangélico, deben volverse a cumplir en tiempos de la lluvia tardía, al fin de dicho ministerio. Esos son los ‘tiempos de refrigerio en que pensaba el ‘apostol Pedro’.”

¿Qué enseña Hechos 3:19, 20? Que en los últimos días —en conexión con la lluvia tardía y en relación con la segunda venida de Jesús— los pecados de las personas que se hayan arrepentido y convertido, serán borrados. El llamamiento de Pedro al arrepentimiento y la conversión, ligado a la acción de borrar los pecados, enseña que las personas cuyos pecados sean

DESEQUILIBRIO FATAL

borrados, son salvos. En contraste con lo que antecede, Apocalipsis 3:5;21:27, y Daniel 12:1, tomados en conjunto, enseñan que las personas cuyos nombres son borrados, están perdidas.

En el capítulo 14 de Apocalipsis, hay otras referencias importantes al juicio, en los tres mensajes angélicos. El mensaje del primer ángel reza así:

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: Temed a Dios, y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas (Apocalipsis 14:6,7).

En tanto que este ángel predica el “evangelio eterno”, ¿qué proclama a gran voz?: “Temed a Dios, y dadle gloria, porque *la hora de su juicio ha llegado*”. Para este ángel, el juicio es parte del “evangelio eterno”. Este es un punto crucial, porque algunos de los miembros de iglesia actualmente quieren limitar el “evangelio” únicamente a lo que Cristo hizo en favor nuestro mientras estuvo en la tierra, confinando así el plan de salvación al altar de la ofrenda encendida. Este primer ángel, sin embargo, no se detiene en el altar sino que involucra a la totalidad del santuario, especialmente al segundo departamento, porque es allí donde se lleva a cabo el juicio que anuncia.

Además, estos versículos son una prueba de que el evangelio se está predicando mientras el juicio se lleva a cabo y los mensajes de los dos ángeles siguientes ayudan a establecer el marco de tiempo.

Otro ángel le siguió, diciendo: Ha caído, ha caído Babilonia, la gran ciudad, porque ha hecho beber a todas las naciones del vino del furor de su forni-

cación. Y el tercer ángel los siguió, diciendo a gran voz: Si alguno adora a la bestia y a su imagen, y recibe la marca en su frente o en su mano, el también beberá del vino de la ira de Dios (Apocalipsis 14:8-10).

Los tres mensajes angélicos se proclaman en el contexto de los últimos días, puesto que tienen que ver con la marca de la bestia, una controversia que precede inmediatamente a la segunda venida de Jesús. Obviamente, el juicio proclamado por el primer ángel tiene que llevarse a cabo antes del regreso de Jesús.

La parábola de la fiesta de bodas ilustra un juicio de todas las personas que aceptan la invitación del evangelio (véase Mateo 22:1-14). En esta parábola de Jesús, un rey prepara una fiesta de bodas para su hijo, y después “envió a sus siervos a llamar a los convidados a las bodas” (vers. 3). Cuando estas personas rehusaron la invitación, los siervos llamaron a otros a asistir en lugar de los primeros: “Y saliendo los siervos por los caminos, juntaron a todos los que hallaron, juntamente malos y buenos; y las bodas fueron llenas de convidados. Y entró el rey para ver a los convidados, y vio allí a un hombre que no estaba vestido de bodas” (vers. 10-11). Después que el rey lo confrontó, el invitado no pudo responder, y fue echado “en las tinieblas de afuera” (vers. 13).

Los que rechazaron la invitación no tuvieron que enfrentar el escrutinio del rey. “El que no cree —advirtió Jesús— ya ha sido condenado” (Juan 3:18). “Entró el rey para ver” únicamente a las personas que habían aceptado la invitación. Del mismo modo, el juicio investigador es sólo para los profesos seguidores de Cristo. ¿Por qué? Porque no todos los que profesan seguir a Jesús se hallan cubiertos con el manto de su justicia, así como el invitado de la parábola no estaba

DESEQUILIBRIO FATAL

cubierto con el vestido de bodas. “No todo el que me dice: Señor, Señor, entrará en el reino de los cielos, sino el que hace la voluntad de mi Padre que está en los cielos” (Mateo 7:21).

¿Quiénes llaman a Jesús “Señor, Señor” sino los que profesan servirle? No obstante, Jesús advierte claramente que no todos los que hacen esta profesión entrarán en el reino de los cielos. De acuerdo con la parábola, todos los que entran, tanto “los malos como los buenos”, reciben un vestido de bodas, que simboliza la justicia de Cristo. Cuando el rey observó a los convidados, pudieron quedar en la fiesta únicamente los que lucían el manto de bodas; la persona con vestido común fue echada fuera. Esta parábola ilustra claramente que el rey emitió un juicio sobre *todos los que aceptaron la invitación a la fiesta de boda*. Los que estaban cubiertos con su vestido de bodas no tenían nada que temer.

Podríamos considerar otros versículos que tienen que ver con el juicio investigador (todavía no hemos tocado ni Hebreos ni Levítico), ¿pero qué hemos visto hasta ahora?

El pueblo de Dios tiene que hacerle frente a un juicio: “Y otra vez: el Señor juzgará a su pueblo” (Hebreos 10:30).

El juicio se lleva a cabo en el cielo antes de la segunda venida: “El Juez se sentó, y los libros fueron abiertos” (Daniel 7:10).

Los santos están involucrados en el juicio: “Y pronunció juicio en favor de los santos del Altísimo” (Daniel 7:22, NRV, 1990).

En algún punto del camino, o nuestros nombres serán borrados de los libros del cielo (“Y no borraré su nombre del libro de la vida”, Apocalipsis 3:5), o bien

nuestros pecados lo serán (véase Hechos 3:19). Esta tiene que ser una obra de juicio, porque el resultado de borrar, ya sea nuestros pecados o nuestros nombres, determina si viviremos para siempre con Jesús, o si no lo haremos.

Consideremos una vez más la definición del juicio investigador que dimos al comienzo de este capítulo, para ver si la Escritura la respalda o no:

El juicio investigador es un juicio que se lleva a cabo en el cielo antes de la segunda venida de Cristo (Daniel 7; Apocalipsis 14:6), durante el cual todos los verdaderos seguidores de Dios serán juzgados favorablemente delante del universo observador (“Hasta que vino el Anciano de días, y pronunció juicio en favor de los santos del Altísimo”; “Millones de millones asistían ante él”; “Ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús” [véase Daniel 7:22, 10 (NRV); Romanos 8:1]). Durante este juicio la vida de todos los que han profesado servir al Dios viviente —y por lo tanto sus nombres están escritos en el Libro de la Vida— pasa en revista delante de Dios (“Y otra vez: el Señor juzgará a su pueblo” [Hebreos 10:30]), quien finalmente determina si se han vestido o no con el ropaje de su justicia (Mateo 22:1-14). Si están revestidos con [el ropaje de] su justicia y son verdaderos seguidores de Cristo, entonces sus nombres son retenidos en los libros del cielo (Daniel 12:1; Apocalipsis 21:27), son borrados sus pecados (“Para que sean borrados vuestros pecados” [Hechos 3:19]), y se les dará entrada en la Nueva Jerusalén. Sin embargo, si su profesión no ha sido sino eso, una mera profesión, desprovista del manto de la justicia de Cristo, entonces sus nombres serán borrados del Libro durante este juicio (Apocalipsis 3:5), y se les negará la entrada en la Nueva Jerusalén.

La doctrina del juicio investigador es escritural, y evidentemente no se basa en un solo texto aislado. En

DESEQUILIBRIO FATAL

efecto, ¿cuál es el único texto que no hemos tocado en este capítulo?

Por supuesto, Daniel 8:14: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”.

Capítulo 4

Minijuicios

La doctrina del juicio investigador —ese concepto de que Dios juzga a su pueblo desde su templo—, ¿es bíblica? ¿Podemos encontrar paralelos escriturísticos al juicio investigador que sugieran que ésta no es una enseñanza aislada sino un tema fundamental de la Biblia? ¿Podemos señalar otros ejemplos que muestren a Dios formulando juicios desde su templo, de un modo similar a la comprensión que los adventistas tienen del juicio investigador?

Estas preguntas son importantes.

El concepto adventista del juicio previo al advenimiento sostiene que el juicio de Dios sobre su pueblo se está llevando a cabo actualmente en su santuario celestial. En los tiempos del Antiguo Testamento los

DESEQUILIBRIO FATAL

juicios divinos provenían del santuario que Dios estuviera usando en ese momento, fuera que se tratase del tabernáculo terrenal, del templo terrenal, o del templo celestial. Así, la actividad jurídica divina ejercida desde su santuario establece un precedente y un nexo bíblico para lo que los adventistas han enseñado acerca del tipo de actividad que Dios lleva a cabo en el presente.¹

Entonces, ¿qué puede decirnos acerca del juicio este precedente establecido en el Antiguo Testamento?

En Números 16, Coré, Datán y Abiram —juntamente con doscientos cincuenta “príncipes de la congregación, de los del consejo, varones de renombre” (vers. 2)— se rebelaron durante el viaje por el desierto: “Y se juntaron contra Moisés y Aarón y les dijeron: ¡Basta ya de vosotros! Porque toda la congregación, todos ellos son santos, y en medio de ellos está Jehová; ¿por qué, pues, os levantáis vosotros sobre la congregación de Jehová?” (vers. 3).

En realidad estaban diciendo que todos eran santos, que todos eran justos, ¡que Dios estaba entre ellos! No se trataba de un grupo de incrédulos ni de personas que hubieran rechazado abiertamente a Dios. De acuerdo con sus propias palabras, lo que buscaban era obtener mayores responsabilidades en el servicio divino. El problema se suscitaba, entonces, entre gente que profesaba servir al Señor.

¿Cómo respondió Moisés? “Y habló a Coré y a todo su séquito, diciendo: Mañana mostrará Jehová *quién es suyo y quién es santo*” (vers. 5, la cursiva es nuestra). Dios apartaría lo santo de lo profano, el trigo de la paja, en su iglesia. Al día siguiente “tomó cada uno su incensario, y pusieron en ellos fuego, y echaron en ellos incienso, y se pusieron *a la puerta del tabernácu-*

lo de reunión [el santuario] con Moisés y Aarón. Ya Coré había hecho juntar contra ellos toda la congregación a la puerta del tabernáculo de reunión; entonces la gloria de Jehová apareció a toda la congregación” (vers. 18-19, la cursiva es nuestra).

Entonces el Señor separó a Coré, Datán y Abiram del resto del campamento, y “abrió la tierra su boca, y los tragó a ellos, a sus casas, a todos los hombres de Coré, y a todos sus bienes” (vers. 32). Si eso no es juicio, ¿entonces qué es?

¿De quién procedió este juicio? Vino de Dios, por supuesto. ¿Pero de *dónde*? La presencia divina se manifestó en el santuario, por eso dice la Biblia que todos se congregaron “a la puerta del tabernáculo de reunión”. Dios se manifestaba en el santuario; desde allí juzgaba a su pueblo.

El mismo capítulo registra que después de la destrucción de los príncipes rebeldes, los hijos de Israel murmuraron contra Moisés y Aarón diciendo: “Vosotros habéis dado muerte al pueblo de Jehová” (vers. 41). El relato continúa diciendo: “Y aconteció que cuando se juntó la congregación contra Moisés y Aarón, miraron hacia *el tabernáculo de reunión*, y he aquí la nube lo había cubierto, y apareció la gloria de Jehová. Y vinieron Moisés y Aarón *delante del tabernáculo de reunión*. Y Jehová habló a Moisés, diciendo: Apartaos de en medio de esta congregación, y los consumiré en un momento” (vers. 42-45, el énfasis es nuestro).

Aquí nuevamente Dios juzgó a su pueblo profeso desde el santuario. Los juicios procedieron del santuario terrenal porque Dios, en ese momento, había manifestado su presencia allí.

¿Qué podemos decir acerca de hoy? Actualmente el Señor se encuentra en el santuario celestial. “Ahora

DESEQUILIBRIO FATAL

bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:1-2).

Si Dios juzgaba a su pueblo desde el santuario terrenal cuando su presencia se manifestaba allí, ¿acaso hoy no podría hacer lo mismo desde el santuario celestial?

Otros ejemplos procedentes del Antiguo Testamento comprueban que Dios pronunció juicios —tanto favorables como desfavorables, sobre *su pueblo* desde el santuario terrenal, el cual, al decir del Nuevo Testamento, era “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5).

En Números 14, después que los doce espías “hablaron mal entre los hijos de Israel, de la tierra que habían reconocido” (Números 13:32), los hijos de Israel se rebelaron contra el Señor, declarando: “¡Ojalá muriéramos en la tierra de Egipto; o en este desierto ojalá muriéramos!” (Números 14:2). En medio de su rebelión, cuando amenazaban con regresar a Egipto, “la gloria de Jehová se mostró en el *tabernáculo de reunión* a todos los hijos de Israel” (vers. 10, la cursiva es nuestra). Cuando Dios declaró que los destruiría, Moisés intercedió en favor de ellos, y el Señor no les hizo daño. Sin embargo, pronunció un juicio contra ellos desde su santuario. “No verán la tierra de la cual juré a sus padres; no, ninguno de los que me han irritado la verá” (vers. 23). Una vez más aquí se registra un juicio divino pronunciado contra el pueblo de Dios desde su santuario.

Cuando María y Aarón hablaron contra Moisés “a causa de la mujer cusita que había tomado” (Números

12:1) y cuestionaron su liderazgo, el Señor no tardó en hablar “a Moisés, a Aarón y a María: salid vosotros tres al tabernáculo de reunión” (vers. 4). Allí el Señor “descendió en la columna de la nube, y se puso a la puerta del tabernáculo” (vers. 5) desde donde pronunció juicio contra María: otro ejemplo de cómo Dios juzga a su pueblo desde su santuario.

Es evidente entonces, a partir de estos ejemplos, que la Biblia enseña que Dios juzgaba a su pueblo desde el santuario terrenal, en el cual se manifestaba en aquel tiempo.

Los Salmos también enseñan la misma realidad. Por ejemplo, el Salmo 9 comienza con una alabanza a Dios: “Contaré todas tus maravillas” (vers. 1), incluyendo la derrota de los enemigos de su pueblo, atribuida a sus justos juicios: “Pero Jehová permanecerá para siempre; ha dispuesto su trono para juicio. El juzgará al mundo con justicia, Y a los pueblos con rectitud (vers. 7, 8).

Uno de los pasajes centrales del Salmo declara: “Cantad a Jehová, que habita en Sion” (vers. 11), lo cual implica que Dios pronunciaba sus juicios desde el templo terrenal de Jerusalén.

El Salmo 60 comienza con un lamento por las derrotas sufridas a manos de los enemigos de Israel, pero promete que la victoria futura se producirá porque Dios ha hablado “en su santuario” (vers. 6). Apparentemente el salmista percibió los juicios divinos que recaerían sobre los enemigos de Israel como resultado de lo que Dios había decidido sobre ellos en su santuario.

En el Salmo 73, el autor se lamenta de ver “la prosperidad de los impíos” (vers. 3), quienes “logran con creces los antojos del corazón” (vers. 7), y sin

DESEQUILIBRIO FATAL

embargo “ponen su boca contra el cielo” (vers. 9). No puede comprender por qué prosperan en medio de su iniquidad. Luego el salmista declara: “Cuando pensé para saber esto, fue duro trabajo para mí, hasta que entrando en el santuario de Dios comprendí el fin de ellos” (vers. 16, 17). Luego describe el juicio final que recaerá sobre los impíos: algo que comprendió únicamente a partir del santuario. Lo que vio allí le hizo comprender los justos juicios del Altísimo.

Estos versículos que hemos extraído del Antiguo Testamento conectan el santuario con los juicios divinos. En el próximo capítulo descubriremos mayores evidencias de que Dios pronuncia sus juicios desde el santuario.

Capítulo

5

El juicio investigador de Judá

El libro de Ezequiel revela un importante “minijudio”, además de los ejemplos que vimos en el capítulo anterior. William Shea, del Instituto de Investigación Bíblica, lo llama “El Juicio Investigador de Judá”.¹

Ezequiel comienza diciendo: “Aconteció en el año treinta, en el mes cuarto, a los cinco días del mes, que estando yo en medio de los cautivos junto al río Quebar, los cielos se abrieron, y vi visiones de Dios” (Ezequiel 1:1).

Esta visión tuvo lugar en julio del 592 a. C., tres años y medio antes que el rey Nabucodonosor sitiara Jerusalén, lo cual tuvo lugar en enero del 588 a. C. La ciudad cayó dos años y medio después de comenzado el sitio. De modo que transcurrieron seis años entre el

DESEQUILIBRIO FATAL

comienzo del llamamiento profético de Ezequiel referido en el versículo 1 (592 a. C.) y la destrucción definitiva de la ciudad (586 a. C.). Dios había establecido a su pueblo en la tierra prometida 800 años antes. Por lo tanto, Ezequiel proclamó sus mensajes durante el período final de la existencia de Judá como nación soberana. Esta actividad del ministerio de Ezequiel fue, como lo expresa Shea, “el último mensaje divino de amonestación para su pueblo”. El contexto cronológico es importante para comprender lo que sigue. “Y miré, y he aquí venía del norte un viento tempestuoso, y una gran nube, con un fuego envolvente, y alrededor de él un resplandor, y en medio del fuego algo que parecía como bronce refulgente” (vers. 4).

Enseguida Ezequiel describe cómo vio en medio del torbellino “la figura de cuatro seres vivientes” con “semejanza de hombre” (vers. 5), y cada uno tenía “cuatro alas” (vers. 6). Luego describe unas ruedas que formaban parte de la visión: “Y cuando los seres vivientes andaban, las ruedas andaban junto a ellos; y cuando los seres vivientes se levantaban de la tierra, las ruedas se levantaban. Hacia donde el espíritu les movía que anduviesen, andaban; hacia donde les movía el espíritu que anduviesen, las ruedas también se levantaban tras ellos; porque el espíritu de los seres vivientes estaba en las ruedas” (vers. 19, 20).

La visión de Ezequiel no es estática, sino dinámica. El torbellino que vio, o viento tempestuoso, “venía del norte”. Los seres vivientes tenían alas, un símbolo de movimiento. También las ruedas denotan movimiento, y las que él vio se movían. Y, finalmente, todo lo que vio estaba en movimiento.

“Y cada uno caminaba derecho hacia adelante; hacia donde el espíritu les movía que anduviesen,

andaban” (vers. 12; véanse también los vers. 9, 17, 21, 24). Aquí, ¡todo lo que el profeta ve se mueve!

¿Y qué es lo que ve?

Y oí el sonido de sus alas cuando andaban, como sonido de muchas aguas, como la voz del Omnipotente... Y sobre la expansión que había sobre sus cabezas se veía la figura de un trono que parecía de piedra de zafiro; y sobre la figura del trono había una semejanza que parecía de hombre sentado sobre él... Como parece el arco iris que está en las nubes el día que llueve, así era el parecer del resplandor alrededor. Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro (vers. 24, 26, 28).

Ezequiel observa una visión de la “gloria del Señor” en su trono. Apocalipsis 4:2, 3 usa un lenguaje similar para describir la gloria de Dios en el cielo. Nuevamente hay que destacar la importancia del hecho de que Dios está en *movimiento*: toda la visión se dirige hacia un lugar. “Su movimiento [de Dios] es intencional y direccional —escribe Shea—. El es quien ordena a las ruedas y a los seres vivientes la dirección en que han de viajar con el firmamento y el trono”.² ¿Hacia dónde va Dios? De acuerdo con el versículo 1, viene del norte. Según la posición de Ezequiel en la ribera del Río Quebar, el Señor se movía hacia el sur, en dirección a los exiliados de Babilonia o hacia Judá y Jerusalén. Aunque la visión del capítulo 1 no especifica el destino de Dios, “es evidente —escribe Shea—, por lo que sucede en los capítulos 9 al 11, que Dios viajaba hacia el suroeste, en dirección a su templo de Jerusalén. En capítulos subsiguientes se representa a Dios abandonando el templo después de haberlo habitado durante cierto período. El punto principal de la visión del capítulo 1 de Ezequiel es que Dios viajaba en su

carruaje celestial hacia el lugar de su residencia terrenal, el templo de Jerusalén”.³

Inmediatamente después de la visión del capítulo 1, el Señor le dio a Ezequiel la siguiente comisión: “Les hablarás, pues, mis palabras, escuchen o dejen de escuchar; porque son muy rebeldes” (Ezequiel 2:7). Los siguientes capítulos contienen una serie de acusaciones muy serias. Hubo ocasiones cuando Ezequiel tuvo que actuar sus advertencias: estuvo tendido sobre el costado durante 390 días (véase Ezequiel 4:5); tuvo que comer pan de cebada cocido “al fuego de excremento humano”, para simbolizar lo que les sucedería a los hijos de Israel: “Así comerán los hijos de Israel su pan inmundo, entre las naciones a donde los arrojaré yo” (4:13); se afeitó la cabeza y la barba, quemando parte del pelo, cortando otra parte con su espada y desparrramando el resto, como símbolo de juicios inminentes (véase el cap. 5: 1-6). A través de todos estos capítulos Dios advierte a Judá acerca de los juicios que caerán sobre ella a causa de su rebelión y apostasía que culminan con la gran abominación descrita en el capítulo 8.

En este pasaje Ezequiel recibe otra visión de la semejanza de Dios, similar a la que le había sido dada en el primero: “Y he aquí, allí estaba la gloria del Dios de Israel, como la visión que yo había visto en el campo” (8:4). Luego el Señor le revela al profeta las abominaciones de Judá: “Hijo de hombre, ¿no ves lo que éstos hacen, las grandes abominaciones que la casa de Israel hace aquí *para alejarme de mi santuario?*” (vers. 6, el énfasis es nuestro).

¿Dónde se manifiesta la presencia de Dios? En el santuario, puesto que le habla a Ezequiel acerca de ser “alejado” de él. El libro comienza con la visión de Dios

El juicio investigador de Judá

procedente del norte, pero ahora se encuentra en el santuario de Jerusalén. Los versículos que siguen —de Ezequiel 9— demuestran que el Señor se manifestó allí con el fin de juzgar a su pueblo:

Y le dijo Jehová [al varón con el tintero de escribano]: pasa por en medio de la ciudad... de Jerusalén, y ponles una señal en la frente a los hombres que gimen y que claman a causa de todas las abominaciones que se hacen en medio de ella. Y a los otros dijo, oyéndolo yo: pasad por la ciudad en pos de él, y matad; no perdone vuestro ojo, ni tengáis misericordia. Matad a viejos, jóvenes y vírgenes, niños y mujeres, hasta que no quede ninguno; pero a todo aquel sobre el cual hubiere señal, no os acercaréis; y comenzaréis por mi santuario. Comenzaron, pues, desde los varones ancianos que estaban delante del templo (9:4-6).

Nótense las dos clases: los fieles, que reciben una marca en sus frentes, y los infieles, que serán destruidos. Esta separación no tiene nada que ver con los paganos, sino con los profesos siervos de Dios. En efecto, este juicio comenzó en el templo del Dios viviente, “mi santuario” y con “los varones ancianos que estaban delante del templo”. Este capítulo enseña que Dios juzga a su pueblo haciendo una separación entre los justos y los impíos que se encuentran entre ellos. Esta separación tuvo lugar poco antes que se ejecutara el juicio, porque pocos años después Nabucodonosor y su ejército, tal como Dios lo había advertido, destruyeron a Jerusalén.

El punto importante que podemos destacar aquí es el hecho de que esta diferenciación entre los justos y los impíos ocurre *mientras la presencia de Dios se manifiesta de un modo especial en el santuario*. La subsiguiente ejecución del juicio fue el resultado de las decisiones que tomó mientras se encontraba allí. Dios

DESEQUILIBRIO FATAL

vino a su templo terrenal con el fin de llevar a cabo una obra especial de juicio, que dividió en dos grupos a su pueblo profeso: los justos y los impíos, preparando a los justos para su liberación y a los impíos para recibir su castigo.

Hay otros pasajes bíblicos donde también se presenta la idea de Dios *trasladándose* a su templo con el fin de pronunciar juicio. La escena del juicio presentada en Daniel 7:13, se describe así: “Miraba yo en la visión de la noche, y he aquí con las nubes del cielo *venía* uno como un hijo de hombre, que *vino* hasta el Anciano de días y *le hicieron acercarse* delante de él” (el énfasis es nuestro). Refiriéndose al mismo juicio, el versículo 22 declara: “Hasta que *vino* el Anciano de días, y se dio *el juicio* a los santos del Altísimo” (la cursiva es nuestra). Al describir el juicio investigador, Malaquías 3 también muestra a la Deidad en movimiento antes de llevar a cabo una obra de juicio. “Y vendrá súbitamente a su templo el Señor a quien vosotros buscáis... Y se sentará para afinar y limpiar la plata; porque limpiará a los hijos de Leví... Y vendré a vosotros para juicio” (Malaquías 3:1, 3, 5).

En Ezequiel, Dios no sólo acude a su templo con el fin de pronunciar juicio, sino que lo deja una vez que las decisiones acerca de su pueblo han sido tomadas. En el capítulo 10, Ezequiel vuelve a recibir otra visión acerca de la “gloria del Señor”, como la que había tenido en las riberas del Río Quebar. Aquí también observa un “trono” (vers. 1), “ruedas” (vers. 9), y “seres vivientes” (vers. 20). En este caso, sin embargo, en vez de acudir a su santuario, Dios lo está abandonando. En el versículo 4 “la gloria de Jehová se elevó de encima del querubín al umbral de la puerta”; en el versículo 18, “la gloria de Jehová se elevó de encima

del umbral de la casa”; y finalmente, “la gloria de Jehová se elevó de en medio de la ciudad” (11:23). Una vez que se produjo la división entre los fieles y los infieles, Dios abandonó el santuario terrenal. El juicio había concluido.

Como se ha demostrado en los dos últimos capítulos, hay numerosos pasajes del Antiguo Testamento que describen a Dios juzgando a su pueblo desde su santuario. ¿No es esto mismo lo que enseña la doctrina del juicio investigador: Dios juzgando a su pueblo desde su santuario (actualmente el celestial)? También hemos destacado que en algunas ocasiones el juicio incluía una separación entre los que habían profesado servir al Dios viviente: entre los fieles y los infieles. ¿Acaso no forma parte del concepto adventista del juicio investigador, esta separación entre el trigo y la paja?

Estos ejemplos constituyen “minijuicios” que tuvieron lugar en conexión con sucesos locales relacionados con el Medio Oriente. El juicio investigador, sin embargo, tal como lo describen los libros de Daniel y Apocalipsis, es un evento que abarca al mundo entero. El Señor, desde su templo celestial, separará a los fieles de los infieles de todo el mundo, que alguna vez profesaron servirle. “Los pasajes veterotestamentarios relativos al juicio, procedentes de fuentes ajenas al libro de Daniel —escribe Shea—, constituyen una serie de minijuicios en escala microcósmica, por así decirlo. Estas conducen y apuntan —además de proveer un reflejo anticipado y un paralelo— hacia el gran juicio final que se llevará a cabo en escala macrocósmica, tal como lo describe Daniel (y el Apocalipsis)”.⁴

Sin embargo, todavía hay preguntas importantes que necesitan respuestas: ¿Por qué Dios realiza un

DESEQUILIBRIO FATAL

juicio en el cielo? Si el Señor lo conoce todo, incluyendo “a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19), ¿entonces por qué se necesita un juicio, y qué significado tiene éste para nosotros, los que algún día tendremos que comparecer ante él? En los capítulos que siguen examinaremos estas preguntas.

Capítulo 6

“La multiforme sabiduría de Dios” – 1

Después de transcurridos varios milenios, el sacrificio frustrado de Isaac sobre el Monte Moria todavía sigue imprimiendo en nosotros su mensaje de fe y obediencia. Este relato ancestral todavía despierta admiración y reverencia entre judíos, cristianos y musulmanes. Esta historia perdura todavía como una de las más conmovedoras de toda la Escritura.

Después de recibir la orden de ofrecer a Isaac como una ofrenda encendida (sacrificio quemado), Abraham lo ató al altar, y luego, al levantar el cuchillo para sacrificarlo, el “ángel del Señor” exclamó: “No extiendas tu mano sobre el muchacho, ni le hagas nada; porque ya conozco que temes a Dios” (Génesis 22:12).

DESEQUILIBRIO FATAL

En esa ocasión el ángel aprendió algo que hasta entonces ignoraba acerca de Abraham, a saber, que el patriarca verdaderamente temía (respetaba) a Dios. ¿Tendría el ángel razones para dudar? Aunque era un hombre de fe, a veces Abraham había demostrado falta de confianza en el Señor, como cuando le mintió a Faraón acerca de su esposa, o como cuando se juntó con Agar para tener un hijo con ella en lugar de creer la promesa divina de que Sara llegaría “a ser madre de naciones” (Génesis 17:16). No obstante, después que Abraham colocó a su hijo sobre el altar y levantó el cuchillo, ya no se cuestionó más su confianza y lealtad. Ahora se desvanecieron todas las dudas que el ángel podría haber tenido acerca de la fe del patriarca.

¿Hizo pasar Dios a Abraham por tan severa prueba únicamente para demostrarle a un ángel la fe de su amigo? No cabe duda de que el Señor conocía el corazón de Abraham; sabía lo que sucedería en la montaña. ¿Era verdaderamente necesaria esa prueba?; y si lo era, ¿por qué?

Elena de White escribe:

El sacrificio exigido a Abraham no fue sólo para su propio bien ni tampoco exclusivamente para el beneficio de las futuras generaciones; sino también para instruir a los seres sin pecado del cielo y de otros mundos. El campo de batalla entre Cristo y Satanás, el terreno en el cual se desarrolla el plan de la redención, es el libro de texto del universo. Por haber demostrado Abraham falta de fe en las promesas de Dios, Satanás le había acusado ante los ángeles y ante Dios de no ser digno de sus bendiciones...

Los seres celestiales fueron testigos de la escena en que se probaron la fe de Abraham y la sumisión de Isaac... Todo el cielo presenció, absorto y maravillado, la intachable obediencia de Abra-

“La multiforme sabiduría de Dios”

ham... Se demostró que las acusaciones de Satanás eran falsas.¹

Estas palabras introducen un concepto crucial, no sólo para entender cabalmente la doctrina del juicio investigador, sino el mismo evangelio. En la gran prueba de fe de Abraham, percibimos el interés que el universo entero manifiesta en el plan de salvación. La cruz, el servicio del santuario, el juicio, el remanente, la ley, el desarrollo del carácter: casi todas nuestras doctrinas parecen no ser *completamente* comprensibles a menos que se las considere a la luz del interés que todo el universo inteligente tiene en el gran conflicto. Los asuntos involucrados en el pecado y las acusaciones de Satanás contra Dios trascienden mucho más allá de la salvación del hombre, lo cual es sólo parte de un cuadro cósmico mucho mayor.

¿Dónde se originaron los problemas del pecado y la gran controversia? ¿Fue en el Jardín del Edén, con Adán y Eva frente al árbol del conocimiento del bien y del mal? ¿Comenzó el pecado en la tierra?

¡Por supuesto que no! La controversia se originó en otro lugar del universo, con la caída de Satanás. “¡Cómo caíste del cielo, oh Lucero, hijo de la mañana! Cortado fuiste por tierra, tú que debilitabas a las naciones” (Isaías 14:12). Por lo tanto, el pecado no es únicamente un problema humano. Pero aunque la rebelión comenzó en otro rincón del universo, sigue desarrollándose en la tierra, donde será resuelta definitivamente.

El libro de Job no es sino un microcosmo de esta gran controversia entre Cristo y Satanás.²

La primera escena, en el cielo, deja traslucir tensión y conflicto. Satanás lanza acusaciones contra el Señor delante de los “hijos de Dios” que están presen-

DESEQUILIBRIO FATAL

tes (Job 1:6), aparentemente se trata de los seres no caídos que son testigos del conflicto. ¿Acaso no comenzó así la gran controversia, con Satanás lanzando acusaciones contra Dios delante de todo el universo?³

Luego la historia de Job se transfiere a la tierra, donde al comienzo todo es idílico, tal como era antes de la entrada del pecado. La batalla se traslada rápidamente aquí, con el hombre (en este caso, Job) en el centro. El conflicto comenzó en otra parte de la creación, pero se está resolviendo en la tierra, mientras los seres no caídos observan desde otros mundos.

“Recordemos que como individuos trabajamos totalmente a la vista del universo celestial”.⁴ “Pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, *a los ángeles y a los hombres*” (1 Corintios 4:9, la cursiva es nuestra).

El plan de redención tenía un propósito todavía más amplio y profundo que el de salvar al hombre. Cristo no vino a la tierra sólo por este motivo; no vino meramente para que los habitantes de este pequeño mundo acatasen la ley de Dios como debe ser acatada; *sino que vino para vindicar el carácter de Dios ante el universo.*⁵

Este es un concepto crucial de la verdad presente. Satanás desacreditó el carácter de Dios ante el universo, suscitando dudas acerca de su gobierno, su ley y su justicia. Por lo tanto, Cristo vino a la tierra para “vindicar el carácter de Dios delante del universo”.

Entonces, la vida y la muerte de Jesús, ¿habrán resuelto todas las preguntas que el universo necesitaba aclarar acerca del carácter de Dios? ¿Resolvió Cristo todas las acusaciones de Satanás, especialmente en el Calvario? Allí los ángeles y los demás seres santos vieron a su amado Comandante —a quien habían rendido adoración en la grandeza del cielo— revestido

“La multiforme sabiduría de Dios”

de carne humana, abatido, azotado, burlado y escupido. Allí vieron al Creador del universo, Aquel a quien habían alabado en la gloria celestial, arrastrado hasta el fondo de la existencia humana por sus propias criaturas odiosas y desagradecidas. Allí contemplaron el ejemplo más excelso de amor que jamás se haya manifestado en la historia de la eternidad. ¡Seguramente la muerte de Cristo en la cruz debería haber aclarado suficientemente toda acusación!

Todo el cielo y los mundos que no habían caído fueron testigos de la controversia. Con qué intenso interés siguieron las escenas finales del conflicto.⁶

Sin embargo, ¿había sido resuelto todo para ellos?

El cielo contempló con pesar y asombro a Cristo colgado de la cruz, mientras la sangre fluía de sus sienes heridas y el sudor teñido de sangre brotaba en su frente... Todo el cielo se llenó de asombro cuando Cristo ofreció su oración en medio de sus terribles sufrimientos: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Lucas 23:34).⁷

¿Pero quedó todo resuelto para ellos entonces?

Sin embargo, allí estaban los hombres formados a la imagen de Dios uniéndose para destruir la vida de su Hijo unigénito. ¡Qué espectáculo para el universo celestial!⁸

¿Sin embargo, quedó todo resuelto con esto?

Satanás vio que su disfraz le había sido arrancado. Su administración quedaba desenmascarada delante de los ángeles que no habían caído y delante del universo celestial. Se había revelado como homicida. Al derramar la sangre del Hijo de Dios, había perdido la simpatía de los seres celestiales... Estaba roto el último vínculo de simpatía entre Satanás y el mundo celestial.⁹

¿Pero se resolvió todo con esto?

Sin embargo, Satanás no fue destruido entonces. Los ángeles no comprendieron ni aún entonces todo lo que entrañaba la gran controversia. Los principios que estaban en juego habían de ser revelados en mayor plenitud. Y por causa del hombre, la existencia de Satanás debía continuar. Tanto el hombre como los ángeles debían ver el contraste entre el Príncipe de la luz y el príncipe de las tinieblas.¹⁰

En conexión con esto, consideremos este versículo del Nuevo Testamento: “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales” (Efesios 3:10).

En este versículo resaltan dos puntos importantes: Primero, en la época en que se escribieron estas palabras, alrededor de 30 años después del Calvario, no toda “la multiforme sabiduría de Dios” había sido “dada a conocer a los principados y potestades en los lugares celestiales”. En otras palabras, aún después de la cruz el universo necesitaba aprender más acerca de “la multiforme sabiduría de Dios”.

Pero la idea más increíble que este versículo expresa es cómo se manifestaría esta sabiduría. Dice que se haría “por medio de la iglesia”. Es decir, a través de nosotros, a través de todos los fieles, ¡“la multiforme sabiduría de Dios” se revelará a todo el universo! Por inconcebible que nos parezca este concepto, es lo que la Biblia dice.

Esta manifestación adicional de Dios no invalida la cruz. No le resta ni siquiera una jota a la verdad de que Jesús pagó por nosotros el precio total y completo en la cruz para que cada pecador, sin importar la naturaleza de su pecado, pudiera ser aceptado y perdo-

nado totalmente. Y ciertamente no disminuye en nada el incomprensible amor manifestado en la cruz. En lugar de ello, prueba que en lo que se refiere al resto del universo (y el universo está involucrado en este asunto), no todas sus dudas concernientes a la gran controversia habían quedado resueltas en el Calvario. Y, a pesar de que resulte muy difícil creerlo, Dios se valdrá de su iglesia, de su pueblo, para ayudar a resolverlas.

“La iglesia —declaró Elena de White— es la depositaria de las riquezas de la gracia de Cristo; mediante la iglesia se manifestará con el tiempo, aún a los principados y potestades en los cielos (Efesios 3:10), el despliegue final y pleno del amor de Dios”.¹¹ Este es un pensamiento solemne. Sin embargo, si no logramos captar esta idea, dejaremos de comprender un aspecto esencial de la verdad presente.

Un segmento del adventismo se muestra desconforme con la idea de que estemos involucrados en la solución de la gran controversia. En cambio, predicamos “la cruz, la cruz, todo fue hecho en la cruz”. ¿Puede alguien argumentar en contra de una predicación centrada en la cruz? Y aunque lo que dicen suene bien, predicamos a un Cristo falso y un evangelio desequilibrado. Una persona puede explayarse acerca de la cruz, llevar una figura de la cruz tatuada en el brazo, y aun arrastrar una de treinta kilos sobre la espalda; pero al mismo tiempo puede torcer lo que sucedió en ella hasta el punto de transformarlo en un motivo de burla.

¿Puede alguien atribuirle demasiado a la cruz? Jamás, en lo que se refiere al amor que Dios manifestó en ella. Cuando hayan pasado mil millones de años, todavía seguiremos maravillándonos del amor —y todavía seguiremos tratando de comprender la abnega-

DESEQUILIBRIO FATAL

ción y la misericordia— que condujo al Salvador hasta el Calvario en favor nuestro. Pero, ¿puede una persona atribuir demasiado a lo que se llevó a cabo allí?

¿Qué sucede con los que enseñan que “una vez salvos, siempre salvos”? Ellos creen que la muerte de Cristo en la cruz fue tan eficaz, tan completa, que si una persona acepta lo que sucedió en ella, se encuentra eternamente segura. Gracias a la cruz, esa persona recibiría la salvación no importa hasta qué punto se degenerara en el pecado. Creen que, gracias a lo que Cristo hizo en el Calvario, este apóstata continuará cubierto por la justicia de Cristo y será trasladado a la presencia de los seres santos por toda la eternidad.

¿Acaso una doctrina tal no le atribuye demasiado a la cruz con respecto a lo que en ella se cumplió? ¿No pervierte más bien esa posición, lo que sucedió en la cruz? ¡Por supuesto! El Calvario, con lo abarcante que es, no hace ninguna provisión para quienes, habiendo aceptado la salvación, se vuelven atrás, rehúsan arrepentirse, rehúsan confesar sus pecados, y rehúsan obedecer.

Porque es imposible que los que una vez fueron iluminados y gustaron del don celestial, y fueron hechos partícipes del Espíritu Santo, y asimismo gustaron de la buena palabra de Dios y los poderes del siglo venidero, y recayeron, sean otra vez renovados para arrepentimiento, crucificando de nuevo para sí mismos al Hijo de Dios y exponiéndole a vituperio (Hebreos 6:4-6).

¿Qué podemos decir acerca de los universalistas, los que enseñan que la muerte de Cristo en la cruz fue tan completa que todos los seres humanos —tipos como Genghis Kahn e Hitler— serán salvos? En lo que se refiere a lo que se cumplió en la cruz, ¿no le atribuyen ellos también demasiado? Por supuesto. Aunque el

“La multiforme sabiduría de Dios”

Calvario hizo provisión para la salvación de todo el mundo, lo que allí sucedió no fue tan completo como para salvar automáticamente al mundo entero. Habrá gente que se perderá. “Porque he aquí, viene el día ardiente como un horno, y todos los soberbios y todos los que hacen maldad serán estopa; aquel día que vendrá los abrasará, ha dicho Jehová de los ejércitos, y no les dejará ni raíz ni rama” (Malaquías 4:1).

También se le puede atribuir demasiado a lo que sucedió en la cruz, en lo que se refiere al modo en que el plan de salvación se relaciona con la gran controversia. Evidentemente, la batalla con Satanás no concluyó en la cruz, porque éste todavía anda al acecho por el mundo, devorando y engañando a los seres humanos.

Como veremos en los capítulos que siguen, la cruz no concluyó el plan de salvación: ¡sólo lo inició!

7

Capítulo

“La multiforme sabiduría de Dios” – 2

El servicio judaico del santuario, ya fuera en el desierto o en Jerusalén, se componía del sacrificio del animal y de la ministración de la sangre derramada. Todos los cristianos concuerdan en que la muerte de un animal inocente, inmolado en lugar del pecador, simbolizaba la muerte de Jesús, quien fue sacrificado por los pecados del mundo. Todos los corderos, los cabritos, los becerros y las palomas eran símbolos de Cristo, quien “murió por los impíos” (Romanos 5:6).

En cada servicio que requería derramamiento de sangre, el sacrificio del animal *comenzaba* el procedimiento del templo. El servicio no concluía con el animal sacrificado sobre el altar; allí sólo *empezaba*.

Dependiendo de la naturaleza del pecado o de quién lo había cometido, en el templo se llevaba a cabo un complicado ritual después del sacrificio, del mismo modo como el ministerio sumosacerdotal de Cristo en el santuario celestial se inició después de su muerte en el Calvario.

La Biblia hace sumamente claro que aunque un aspecto de la obra expiatoria de Cristo había concluido en la cruz —el mismo Jesús exclamó: “Consumado es” (Juan 19:30)—, él todavía sigue ocupado en una obra de salvación. La epístola a los Hebreos declara repetidamente que Cristo continúa llevando a cabo su obra de ministración en el santuario del cielo, exactamente en el mismo orden en que esta obra se cumplía en el santuario terrenal: primero el sacrificio (Calvario), y después el ministerio del templo (el santuario celestial).

“Donde Jesús entró por nosotros [en el santuario celestial] como precursor, hecho sumo sacerdote para siempre según el orden de Melquisedec” (Hebreos 6:20).

“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

“Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre” (Hebreos 8:1-2).

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta creación” (Hebreos 9:11).

DESEQUILIBRIO FATAL

“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

¿Qué significado tienen estos versículos relativos al ministerio de Cristo en el santuario celestial, si toda su obra fue acabada en la cruz? ¿Qué hace Jesús allí? ¿Dejando pasar el tiempo? ¿Gozando de la compañía de los ángeles? Evidentemente, como Sumo Sacerdote está ocupado en la realización de algo en el santuario celestial que no pudo cumplir en la tierra como Cordero. Del mismo modo, el sacerdote del templo terrenal cumplía una función diferente que la del animal sacrificado. Sin embargo, Jesús desempeñó los dos papeles. Primero fue la víctima del sacrificio: “He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo” (Juan 1:29), y *después* se transformó en el Sumo Sacerdote del santuario celestial.

Los cristianos que no pueden entender el ministerio sumosacerdotal de Cristo, tampoco serán capaces de comprender plenamente la cruz; igual como sucedía con un judío del antiguo Israel, que no podía comprender el significado pleno del sacrificio del animal si no entendía lo que sucedía con la sangre derramada cuando era llevada al santuario. El plan de salvación está compuesto de la cruz y el ministerio en el santuario celestial. Sin una comprensión correcta de ambos aspectos, ninguno de los dos tiene un sentido completo.

En la cruz no se dilucidaron todas las dudas, puesto que no todo terminó en ella, como lo revela Efesios 3:10, 11: “Para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer por medio de la iglesia a los principados y potestades en los lugares celestiales,

conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor” (el énfasis es nuestro).

De acuerdo con estos pasajes, el Señor no sólo tiene planes de utilizar a la iglesia mediante Cristo Jesús, para revelar su sabiduría al universo, sino que este plan es parte del “propósito eterno” de Dios. A menudo pensamos en la muerte de Cristo como algo que fue planeado desde el principio —“Del cordero que fue inmolado desde el principio del mundo” (Apocalipsis 13:8)— ¡y así fue!; pero estos versículos también revelan que de acuerdo con “el propósito eterno” de Dios, nosotros —la iglesia, su pueblo verdadero, quienesquiera que fueren y dondequiera se hallaren— tienen que desempeñar un papel que también fue planeado desde el principio.

¿Pero cómo ha de ser usada “la iglesia”? ¿De qué modo podemos ser utilizados “para que la multiforme sabiduría de Dios sea ahora dada a conocer... a los principados y potestades en los lugares celestiales, conforme al propósito eterno que hizo en Cristo Jesús nuestro Señor”?

Efesios 2:10 declara: “Porque somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviésemos en ellas”. Este pasaje no sólo demuestra que fuimos “creados para buenas obras”, sino revela que esas buenas obras fueron preparadas de antemano por Dios para que anduviésemos en ellas. Así como desde el principio Dios planeó utilizar a su iglesia para revelar su sabiduría al universo, también planeó, como parte de sus propósitos eternos, que realizáramos “buenas obras”. ¿Existe alguna conexión entre estas dos ideas?

El Señor había dicho: “Todos los llamados de mi nombre; para gloria mía los he creado, los formé y los

DESEQUILIBRIO FATAL

hice” (Isaías 43:7).

“Dios quiso que el hombre —escribe Elena de White—, por sobre todos los seres de orden inferior, como obra culminante de su creación expresase su pensamiento y revelase su gloria”.¹

Por lo que se ve, entonces, fuimos creados por dos razones básicas: para buenas obras, y para la gloria de Dios. ¿Puede descubrirse alguna conexión entre ambas?

“Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos” (Mateo 5:16).

Según la declaración de Jesús, Dios es glorificado mediante nuestras buenas obras. “En esto es glorificado mi Padre —dijo—, en que llevéis mucho fruto” (Juan 15:8). Dios es glorificado mediante las acciones de su pueblo y el carácter que desarrolla. “El honor de Dios —escribe Elena de White—, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo”.²

Por supuesto, el carácter del pueblo de Dios no es el único factor que afecta el honor divino. Sin la menor sombra de duda, la cruz de Cristo es la demostración más importante en la vindicación del carácter de Dios, pero no es la única. Evidentemente, además de lo que ocurrió en la cruz, Dios ha decidido utilizar a su pueblo para que lo honre delante del universo.

Elena de White declara que “a cada hijo de Dios le corresponde vindicar su carácter [de Dios]”.³

La idea de que el pueblo de Dios pueda glorificar al Señor mediante sus acciones y su carácter, no es nada nuevo. Esa fue una de las razones principales por la cual Dios llamó a Israel para que fuera su pueblo especial. El deseaba que toda una nación revelara su

carácter ante el mundo y de ese modo le glorificara.

“Y me dijo: Mi siervo eres, oh Israel, porque en ti me gloriaré” (Isaías 49:3).

“Cantad loores, oh cielos, porque Jehová lo hizo; gritad con júbilo, profundidades de la tierra; prorrumpid, montes, en alabanza; bosque, y todo árbol que en él está; porque Jehová redimió a Jacob, y en Israel será glorificado” (Isaías 44:23).

“Y tu pueblo, todos ellos serán justos, para siempre heredarán la tierra; renuevos de mi plantío, obra de mis manos, para glorificarme” (Isaías 60:21).

“A ordenar que a los afligidos de Sion se les dé gloria en lugar de ceniza, óleo de gozo en lugar de luto, manto de alegría en lugar de espíritu angustiado; y serán llamados árboles de justicia, plantío de Jehová, para gloria suya” (Isaías 61:3).

“No lo hago por vosotros, oh casa de Israel, sino por causa de mi santo nombre, el cual profanasteis vosotros entre las naciones adonde habéis llegado” (Ezequiel 36:22).

Los problemas del pecado, el mal y la salvación son enormemente mayores que nosotros. Aunque la redención de la humanidad mediante la cruz de Cristo constituye el foco y el centro del evangelio, el plan de salvación comprende asuntos que van mucho más allá de la mera acción de hacer que nuestros cuerpos sean trasladados de este planeta moribundo. El asunto verdaderamente trascendental tiene que ver con el mismo carácter de Dios. ¿Es Dios justo y recto?. ¿merece el culto, la lealtad y la adoración de sus criaturas?

Hace algunos años, un amigo judío y yo estudiamos juntos el libro de Daniel. Aunque se sintió impresionado por las profecías, me dijo: “Muy bien, todo esto me parece muy interesante, y tal vez la existencia de

DESEQUILIBRIO FATAL

Dios sea real. Pero cuando pienso en el mundo —el dolor, los sufrimientos, la injusticia— no puedo menos que preguntarme, aunque existiera realmente, ¿por qué habría de adorarlo? Muy poco de lo que veo me hace pensar que él sea digno de adoración y alabanza”.

“No te imaginas —le contesté— cuán fundamental es lo que acabas de decir. Estás haciendo la pregunta suprema de todo el universo, un interrogante expresado desde la creación del mundo”.

¿Acaso no fue ésta la misma pregunta que Lucifer hizo en el cielo? Y aquí, miles de años después, en un pequeño apartamento de Takoma Park, Maryland, este hombre, que desconocía totalmente todo lo relacionado con la gran controversia que había comenzado en un rincón del universo en tiempos inmemoriales, acababa de repetir, aunque en forma diferente, la misma pregunta que comenzó todo el problema de la rebelión.

Este interrogante acerca del carácter divino ha continuado a través de todas las edades y aún permanece con nosotros. Por esa razón, el Señor ha decidido contestar definitivamente todas las preguntas concernientes a su justicia y equidad, para la satisfacción eterna de todas sus criaturas.

El que gobierna en los cielos ve el fin desde el principio. Aquel en cuya presencia los misterios del pasado y del futuro son manifiestos, más allá de la angustia, las tinieblas y las ruinas provocadas por el pecado, contempla la realización de sus propios designios de amor y bendición. Aunque haya “nubes y oscuridad alrededor de él; justicia y juicio son el cimiento de su trono” (Salmo 97:2). Y esto lo entenderán algún día todos los habitantes del universo, tanto los leales como los desleales. “El es la roca, cuya obra es perfecta, porque todos sus caminos son rectitud, Dios de verdad, y sin ninguna iniquidad en él; es justo y recto” (Deuteronomio 32:4).¹

Aunque parezca difícil de creer, el Señor desea utilizar a su pueblo para contestar estos interrogantes. Nuestros caracteres están, como lo asegura la sierva del Señor, “comprometidos” en honrar a Dios. No lo son todo; hay otros factores que desempeñan un papel en estos asuntos, pero todavía seguimos siendo parte del plan. Por encima de todo, la vida y la muerte de Jesús constituyen el centro. La cruz, y lo que Jesús logró en ella en favor nuestro, es como el eje de una rueda. Forma el núcleo, el centro, y todas las demás verdades, como rayos, emanan de este punto focal. Y sin embargo, al igual que en la rueda, los rayos desempeñan una parte importante.

Por supuesto, cualquier acción que nosotros podamos realizar con el fin de honrar y glorificar al Señor se hace posible únicamente en virtud de lo que Jesús ha hecho y sigue haciendo por nosotros y en nosotros. Y todo lo que actualmente está realizando en nuestro favor, es únicamente en virtud de la cruz.

“Ocupaos en vuestra salvación con temor y temblor, porque Dios es el que en vosotros produce así el querer como el hacer, por su buena voluntad” (Filipenses 2:12, 13).

“Cristo en vosotros, la esperanza de gloria” (Colosenses 1:27).

“Porque separados de mí —dijo Jesús— nada podéis hacer” (Juan 15:5).

Dios puede utilizarnos únicamente cuando acudimos a la cruz con espíritu quebrantado, y confesamos nuestros pecados confiando enteramente en los méritos que Cristo ganó para nosotros en el Calvario. Sin la experiencia del nuevo nacimiento no seríamos más capaces de glorificar al Señor de lo que lograría una langosta tratando de bailar una polka. Únicamente

DESEQUILIBRIO FATAL

mediante la respuesta a la invitación del Espíritu Santo de rendirnos sin reservas al poder de Dios, y mediante la acción de pelear la batalla de la fe con su poder, eligiendo entregarnos cada día a su capacidad purificadora y refinadora, es como podemos llegar a ser la clase de personas que él busca para sí mismo: un pueblo cuyas vidas traigan honra y gloria a su nombre.

Este concepto contribuye a darle significado a los mensajes de los tres ángeles de Apocalipsis 14. “Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, diciendo a gran voz: Temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado” (vers. 6, 7). Estos mensajes proclaman “el evangelio eterno”, cuyo fundamento, cuya esencia, se hallan en el Cristo crucificado. Luego estos mensajes continúan diciendo que debemos darle gloria a Dios. La única forma como lo podremos hacer será experimentando el nuevo nacimiento, lo cual sucede cuando uno recibe la salvación. La salvación produce obediencia, razón por la cual el mensaje del tercer ángel dice: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12). ¿Existe alguna relación entre el evangelio eterno, el hecho de tener la fe de Jesús, guardar sus mandamientos y darle gloria al Señor? Por supuesto que la hay. Todos estos factores son inseparables.

La siguiente frase también es parte de estos tres mensajes angélicos: “La hora de su juicio ha llegado”. Los capítulos que siguen revelan de qué modo el juicio, la cruz y el carácter del pueblo de Dios se encuentran inseparablemente unidos en una cadena de verdad presente.

Capítulo

8

El santuario de Israel

A pesar de la admirable condescendencia que manifestó el Hijo de Dios al morir por nuestros pecados, todavía quedaron interrogantes no resueltos en las mentes de los “principados y potestades en los lugares celestiales”, referentes a “la multiforme sabiduría de Dios”, y esto aún después del Calvario. Como vimos en el capítulo anterior, el Señor tomó en cuenta a su pueblo para que contribuyera a la solución de los asuntos que tienen que ver con el universo observador. Elena de White declara que “el honor de Dios, el honor de Cristo, están comprometidos en la perfección del carácter de su pueblo”.¹

¿Habrán algo más, fuera de la cruz y el carácter del pueblo de Dios, que contribuya a responder estos

interrogantes? La respuesta es sí. Y en lo que a esto se refiere, la clave también se halla en el servicio del santuario terrenal, como se verá en los capítulos siguientes.

“Porque también a nosotros se nos ha anunciado la buena nueva como a ellos; pero no les aprovechó el oír la palabra, por no ir acompañada de fe en los que la oyeron” (Hebreos 4:2).

El evangelio fue predicado al antiguo Israel mediante el servicio del santuario: una representación gráfica de todo el plan de salvación. Aunque ignoramos cuánto hayan comprendido los judíos acerca del plan divino, lo que de él se les reveló tuvo que ser suficiente como para hacer posible su salvación en virtud del mensaje del evangelio enseñado mediante el servicio del templo. En figura, el santuario revelaba la expiación, mediación, sacerdocio, confesión, purificación, la ley, el perdón de los pecados, la santificación, justificación y el papel de Satanás (el chivo enviado al desierto).

Desde la peregrinación de los hijos de Israel por el desierto hasta la destrucción del templo por los romanos en el año 70 d. C., el servicio del santuario —con pocas excepciones (como la cautividad babilónica)— constituyó el centro del culto israelita. Todo su sistema religioso giraba en torno del santuario, tal como el cristianismo gira alrededor de Jesucristo.

Todos los que servían en relación con el santuario eran educados constantemente acerca de la intervención de Cristo a favor de la raza humana. Ese servicio tenía el propósito de crear en cada corazón amor por la ley de Dios, que es la ley del reino divino. Las ofrendas de sacrificios habían de ser una lección objetiva del amor de Dios revelado en Cristo: en la víctima doliente, moribunda, que tomó sobre sí el pecado del cual era culpable el

hombre, haciéndose pecado EL INOCENTE por nosotros.²

Con el correr de los siglos, Israel construyó cuatro santuarios o templos: El santuario de Moisés, el templo de Salomón, el templo de Zorobabel, y el templo de Herodes. El concepto del templo ha dominado de tal manera al judaísmo que algunos judíos todavía esperan que otro templo se construirá en Jerusalén en el mismo lugar donde se levantaron los anteriores (donde actualmente se yergue uno de los santuarios más venerables del Islam, la Mezquita de la Roca). Algunos se han estado entrenando en un curso de catorce años acerca de cómo ofrecer sacrificios de animales y cómo ministrar en un nuevo templo. A comienzos de la década de 1980, las autoridades israelíes arrestaron a varios judíos que trataban de dinamitar la Mezquita de la Roca con el fin de preparar el camino para la construcción del templo. Por lo que se ve, aún después de transcurridos 1,900 años la idea del templo continúa proyectando su imagen sobre el pensamiento del judaísmo ultra-ortodoxo.

Aunque los cuatro templos diferían en tamaño (los dos departamentos del templo salomónico eran dos veces más grandes que los del tabernáculo mosaico), sus funciones y su ritual se conformaban al patrón fundamental que se le había mostrado a Moisés en el Monte Sinaí. El santuario del desierto sirvió de base para los templos subsiguientes. Por ejemplo, el libro de Hebreos del Nuevo Testamento no considera que el templo de Salomón, el más grande y más elaborado de los santuarios de Israel, fuera la quintaesencia de la fe de los hebreos. Y aunque muchos aspectos de la religión judaica maduraron con el correr de los siglos, el culto celebrado en el templo de Herodes, el último

DESEQUILIBRIO FATAL

templo, no constituyó el apogeo del desarrollo evolutivo del judaísmo. En efecto, el libro de Hebreos se concentra en el primer santuario de Israel, el tabernáculo del desierto, como el ejemplo terrenal del “verdadero tabernáculo” de los cielos. El tabernáculo del desierto sirvió de “figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:5).

La mayor parte de la información que se da en la Biblia, acerca del santuario, tiene que ver con el primero de ellos: la estructura mosaica construida en el desierto. La tercera parte del libro de Exodo se refiere a la organización y la construcción de ese primer santuario; la mayor parte del libro de Levítico tiene que ver con sus rituales. Si algo hay que decir acerca de los templos posteriores, los cuales no albergaron el arca del pacto contenida en la estructura del desierto, es que sirvieron únicamente como copias elaboradas del prototipo del Sinaí.

Desafortunadamente, a pesar de proveer una enorme cantidad de detalles referentes a la construcción del santuario terrenal y del ritual de los sacrificios, el Antiguo Testamento no explica claramente su significado. Ni tampoco los profetas en la mayoría de los casos aclaran su simbolismo. Felizmente, suficiente información ha sido revelada —mayormente en el Nuevo Testamento—, como para que logremos una comprensión básica y clara de todo lo que implica el santuario y su servicio.

La primera parte del servicio del santuario se ocupaba del sacrificio del animal sobre el altar de la ofrenda encendida. El servicio del santuario comenzaba allí. Estos sacrificios simbolizaban a Jesús, quien murió en el Calvario una vez para siempre. El “no tiene necesidad cada día, como aquellos sumos sacerdo-

tes, de ofrecer primero sacrificios por sus propios pecados, y luego por los del pueblo; porque esto lo hizo una vez para siempre, ofreciéndose a sí mismo” (Hebreos 7:27).

“Así también Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos” (Hebreos 9:28).

Somos santificados mediante la ofrenda del cuerpo de Jesucristo hecha una vez para siempre. Y ciertamente todo sacerdote está día tras día ministrando y ofreciendo muchas veces los mismos sacrificios, que nunca pueden quitar los pecados; pero Cristo, habiendo ofrecido una vez para siempre un solo sacrificio por los pecados, se ha sentado a la diestra de Dios... Porque con una sola ofrenda hizo perfectos para siempre a los santificados (Hebreos 10:10-12, 14).

Día tras día, año tras año, siglo tras siglo, las interminables ofrendas de animales apuntaban hacia la muerte de Cristo en el Calvario, el único sacrificio eficaz por el pecado. “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos 10:4). El sistema de sacrificios dirigía al adorador hacia adelante, a la cruz; hoy, la Biblia dirige al cristiano hacia atrás, a la cruz.

Cuánto hayan comprendido los israelitas acerca de la salvación, mediante su sistema de sacrificios, no podemos saberlo. Moisés explicó en el desierto que “la vida de la carne en la sangre está, y yo os la he dado para hacer expiación sobre el altar por vuestras almas; y la misma sangre hará expiación de la persona” (Levítico 17:11). Probablemente el pecador comprendió que “la paga del pecado es muerte” y que Dios había provisto un sustituto para morir en lugar del pecador.³

En el atrio, entre el altar de la ofrenda encendida y la estructura misma del santuario, había una fuente

DESEQUILIBRIO FATAL

de bronce que los sacerdotes usaban para lavarse (véase Exodo 30: 17-19). La Biblia explica que los sacerdotes oficiantes debían lavarse con el agua de la fuente “para que no mueran” (vers. 20-21). Aunque no se dice mucho más acerca de la fuente y su significado (véase Exodo 38:8), da la impresión de simbolizar el concepto de limpieza y santidad, para impresionar sobre el pueblo y los sacerdotes la idea de que “los que quieran acercarse a la presencia de Dios deben apartarse de toda impureza”.⁴

La estructura del santuario era básicamente una tienda muy elaborada, hecha de ciertas telas y pieles de animales para que se la pudiese desarmar con facilidad y transportar durante los viajes por el desierto.⁵

Consistía de dos departamentos: el lugar santo y el lugar santísimo. Desde en medio de esta estructura, Dios manifestaba su presencia a Israel. Poco después de entregarles los diez mandamientos, les dijo a los israelitas en el Sinaí: “Y harán un santuario para mí, y habitaré en medio de ellos” (Exodo 25:8).

En el primer departamento, el lugar santo, se encontraba el altar de oro del incienso, donde cada mañana y cada tarde el sacerdote quemaba “incienso aromático” al Señor. Aunque la Biblia no explica su significado de manera explícita, Salomón le dijo a Hiram, el rey fenicio: “He aquí, yo tengo que edificar casa al nombre de Jehová mi Dios, para consagrársela, para quemar incienso aromático delante de él” (2 Crónicas 2:4). En numerosas ocasiones la Escritura declara que Israel pecó contra el Señor quemando incienso delante de otros dioses, “provocándome a ira con todas las obras de sus manos” (2 Crónicas 34:25). Evidentemente, quemar incienso sobre el altar del

El santuario israelita simbolizaba rendir culto y adoración a la Deidad. Lucas 1:10 lo relaciona con la oración, lo cual también es parte del culto y la adoración a Dios (véase también Apocalipsis 5:8; 8:3, 4).

En el mismo primer departamento también había una mesa de oro sobre la cual se colocaba pan, incienso y vino; aunque el pan es lo único que se discute detalladamente (véase Levítico 24:5-7). Posiblemente el pan simbolizaba el reconocimiento de que Dios suplía no sólo la salvación, sino también los requerimientos físicos cotidianos de Israel. Algunos han visto una relación entre el pan y Jesús, quien se llamó a sí mismo “el pan de vida” (Juan 6:48).

El último mueble contenido en el primer departamento del santuario era la menorah, o candelabro de siete brazos, que se mantenía constantemente encendido. Además de iluminar el interior para facilitar el ministerio sacerdotal, esta lámpara se ha considerado símbolo del Espíritu Santo. En la visión del santuario celestial que se le mostró a Juan el revelador, vio “siete candeleros de oro, y en medio de los siete candeleros, a uno semejante al Hijo del Hombre, vestido de una ropa que llegaba hasta los pies, y ceñido por el pecho con un cinto de oro” (Apocalipsis 1:12, 13). Podría haber una analogía entre estos siete candeleros y el candelabro de siete brazos del primer departamento. Por lo demás, el contexto de Apocalipsis 1:4, 5 indica que se refiere a “los siete Espíritus que están delante de su trono”, lo cual es una referencia innegable al Espíritu Santo.

El servicio que se llevaba a cabo en el primer departamento era una actividad diaria, continua, y significaba la disponibilidad constante de la salvación y el ministerio sacerdotal incesante de Cristo en nues-

DESEQUILIBRIO FATAL

tro favor. Al practicarlo, Israel obtenía perdón, reconciliación y restauración, del mismo modo como lo recibe actualmente el pecador, al acudir a Jesús. En el Israel antiguo, el pecador penitente traía al animal para el sacrificio a la entrada del santuario, donde era sacrificado, y entonces el sacerdote aplicaba la sangre (los detalles particulares del ritual dependían de quién era el pecador y la naturaleza de su pecado).

A menudo el sacerdote introducía la sangre en el primer departamento mientras el pecador se retiraba con sus pecados perdonados; del mismo modo, cuando nosotros acudimos a Jesús por fe, también recibimos el perdón de los pecados.

En el ritual del santuario, la expiación no se producía al momento de morir el animal. Se llevaba a cabo únicamente *después* que el sacerdote había realizado su obra mediadora en favor del pecador, al asperjar la sangre de la víctima en el lugar adecuado. “El sacerdote tomará de la sangre de la expiación, y la pondrá sobre los cuernos del altar del holocausto, y... le quitará toda su grosura... y el sacerdote la hará arder en el altar... y *le hará el sacerdote expiación de su pecado que habrá cometido, y será perdonado*” (Levítico 4:34-35, la cursiva es nuestra). Esta fórmula se repite vez tras vez en el libro de Levítico como para demostrar que la expiación era consumada únicamente *después* que el sacerdote había realizado el ofrecimiento de la sangre.⁶

Se ha acusado a los adventistas de no creer en una expiación completa (razón por la cual, supuestamente, guardamos el sábado: para ganar nuestra entrada en el cielo). Si la expiación, es decir, la obra de “re-unir” a dos personas ofendidas —como en el caso del hombre y Dios— significa que en el Calvario se pagó la pena-

lidad completa por el pecado, que se produjo la reconciliación entre el hombre y Dios, y que no se puede agregar ni sustraer nada al sacrificio, entonces sí, definitivamente, la expiación concluyó en la cruz. En el servicio del santuario, después que el pecador sacrificaba al animal, todo lo que podía hacer era aceptar dicho sacrificio por medio de la fe (y todo lo que la fe entraña).

No obstante, si la expiación implica la solución final y definitiva del problema del pecado en la cruz, así como el restablecimiento de una armonía total en el universo entero, y la solución de todos los problemas involucrados en la gran controversia, entonces, obviamente no, la expiación no concluyó en el Calvario.

En el servicio del tabernáculo terrenal, por sí sola, la sangre derramada no podía producir reconciliación (expiación); el sacerdote tenía que introducirla en el santuario. La sangre derramada siempre tenía que pasar por un proceso de mediación; de lo contrario, no tenía significado alguno. Si el sistema terrenal no es otra cosa que una mera "sombra del celestial", no es de sorprenderse que la Biblia represente claramente a Jesús ministrando en el santuario celestial en favor de nosotros, en el mismo sentido en que el sacerdote terrenal ministraba en favor de los pecadores en el sistema antiguo. "Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos" (Hebreos 7:25).

Si toda la obra de la redención fue acabada en la cruz, ¿por qué entonces este versículo —así como otros— describe a Jesús como el sumo sacerdote, "haciendo intercesión" en el santuario celestial por su pueblo? Por supuesto, la razón evidente es porque no

DESEQUILIBRIO FATAL

todo lo que tiene que ver con el problema de manejar el pecado fue concluido allí.

Elena de White escribió: “La intercesión de Cristo por el hombre en el santuario celestial es tan esencial para el plan de la salvación como lo fue su muerte en la cruz. Con su muerte dio principio a aquella obra para cuya conclusión ascendió al cielo después de su resurrección”.⁷ Además declara que el santuario del cielo es el centro mismo de la obra de Cristo en favor de los hombres. Conciérne a toda alma que vive en la tierra. Nos revela el plan de la redención, nos conduce hasta el fin mismo del tiempo y anuncia el triunfo final de la lucha entre la justicia y el pecado”.⁸

Los ritos que se practicaban en el primer departamento —el lugar santo— eran algo que sucedía todos los días; el ritual que se llevaba a cabo en el segundo departamento —el lugar santísimo—, ocurría únicamente una vez al año en la solemne ceremonia del Yom Kippur, el día de la expiación, o literalmente, “el día del cubrimiento”.

¿Qué lecciones enseña el ritual del segundo departamento?

Capítulo

9

Los dos querubines

En el segundo compartimento del santuario del desierto se hallaba depositado el objeto más importante de toda la estructura: el arca del pacto. Esta caja de madera recubierta de oro era el único mueble del lugar santísimo, y contenía la vara de Aarón que había florecido, un vaso de maná y las tablas de piedra donde se habían escrito los diez mandamientos. Por encima del arca, sobre la tapa dorada conocida como “el propiciatorio”, había dos querubines de oro con las alas extendidas:

Harás también dos querubines de oro; labrados a martillo los harás en los dos extremos del propiciatorio. Harás, pues, un querubín en un extremo, y un querubín en el otro extremo; de una pieza con el propiciatorio harás los querubines en sus

DESEQUILIBRIO FATAL.

dos extremos. Y los querubines extenderán por encima las alas, cubriendo con sus alas el propiciatorio; sus rostros el uno enfrente del otro, mirando al propiciatorio los rostros de los querubines" (Exodo 25:18-20).

La Escritura tampoco da muchas explicaciones acerca de estos objetos, pero no es difícil llegar a algunas conclusiones. La vara de Aarón probablemente era una representación de autoridad y liderazgo (véase Números 16, 17); y el vaso de maná podría haber simbolizado el cuidado sustentador de Dios en favor de Israel. Las tablas de piedra, por supuesto, representaban la ley de Dios: la norma divina de juicio; en tanto que el propiciatorio simbolizaba la misericordia divina. En este segundo departamento se llevaba a cabo el juicio; de modo que en él la justicia de Dios (la ley) y su misericordia (el propiciatorio) se encontraban.

Los dos querubines instalados sobre el arca simbolizaban el interés que las huestes celestiales demuestran en el plan de redención. Elena de White escribe:

Los querubines del santuario terrenal que miraban reverentemente hacia el propiciatorio, representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de redención. Este es el misterio de misericordia que los ángeles desean contemplar, a saber: que Dios puede ser justo al mismo tiempo que justifica al pecador arrepentido y reanuda sus relaciones con la raza caída.¹

En los capítulos que siguen examinaremos cuidadosamente el servicio que se llevaba a cabo en el lugar santísimo. Por ahora, es muy importante recordar que el segundo departamento simbolizaba juicio. En él ministraba el sacerdote durante el gran día de la expiación, es decir, el día terrenal típico del juicio investigador. En el pensamiento judío, el día de la

expiación es el día del juicio, durante el cual cada caso es decidido para vida o para muerte. Existe un paralelismo fascinante entre la conceptualización judaica del día de la expiación y las secciones de *El conflicto de los siglos* en las cuales Elena de White describe el juicio investigador.² Estas similitudes no deberían sorprendernos, puesto que el ritual judaico que se realizaba en el lugar santísimo era una sombra de la expiación que comenzó en el cielo en 1844.

Regresemos ahora a la pregunta que propusimos al comienzo del capítulo anterior: “¿Habrá algo más —fuera de la cruz y el carácter del pueblo de Dios— que pueda contribuir a dar respuesta a los interrogantes relativos al carácter de Dios?” La respuesta queda revelada — muy gráficamente, por cierto— en la ubicación de los dos querubines que, al decir de Elena de White, “representaban el interés con el cual las huestes celestiales contemplan la obra de la redención”.

¿Dónde se encuentran estos ángeles? ¿Sobre el altar de la ofrenda encendida, con sus rostros observando el sacrificio, que representa la cruz? ¡No! Más bien, han sido colocados en el mismo centro del lugar santísimo, símbolo del juicio investigador. No en el Calvario, sino en el asiento del juicio. Esos querubines representaban los “millares de millares [que] le servían, y millones de millones [que] asistían delante de él [el Señor]”, en la visión que Daniel tuvo acerca del juicio investigador (véase Daniel 7). La ubicación de estos ángeles se comprende mejor cuando reconocemos que las preguntas de todo el universo acerca del pecado, de la ley y del carácter de Dios no fueron totalmente contestadas en la cruz, que constituye la primera fase del plan de salvación. Esos interrogantes no quedarán resueltos sino hasta el juicio, que es la última fase. “Jehová de

los ejércitos será exaltado en juicio” (Isaías 5:16).³ He ahí la razón por la cual aquellos querubines fueron instalados en el lugar donde se produce el juicio, y no donde ocurre el sacrificio.⁴

El libro de Apocalipsis también enseña el mismo concepto. El capítulo 14 revela el mensaje del primer ángel, que incluye la expresión “la hora de su juicio ha llegado” (vers. 7). El contexto cronológico ubica a este juicio antes del fin del mundo, puesto que los dos ángeles que aparecen después del primero advierten al mundo acerca de eventos futuros —la caída de Babilonia y la marca de la bestia— que se producen inmediatamente antes de la segunda venida de Jesús. Por lo tanto, la advertencia que el primer ángel hace con relación al juicio, muestra que éste debe comenzar antes del regreso de Cristo.

En el capítulo 16 observamos el derramamiento de las siete últimas plagas. Estas también suceden antes de la segunda venida. “Oí una gran voz que decía desde el templo a los siete ángeles: Id y derramad sobre la tierra las siete copas de la ira de Dios” (vers. 1). El resto del capítulo trata de las plagas, comenzando con una “úlceras maligna y pestilente sobre los hombres que tenían la marca de la bestia, y que adoraban a su imagen” (vers. 2),⁵ terminando con un terremoto tan grande, cual no lo hubo jamás desde que los hombres han estado sobre la tierra” (vers. 18). Cuando las plagas del capítulo 16 comienzan a caer, el tiempo de gracia debe haberse terminado y cada caso debe haberse decidido para vida o para muerte. Por lo tanto, el juicio que anuncia Apocalipsis 14 tiene que haberse concluido para el momento cuando comienzan a caer las plagas del capítulo 16.

Y mientras tanto, a medida que las plagas son

derramadas sobre la tierra (pero sólo después que el juicio proclamado en el capítulo 14 haya concluido), un ángel exclama: “Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos” (Apocalipsis 16:7). ¿Cómo sabe aquel ángel que los juicios de Dios son justos?: porque los ángeles han sido testigos del juicio. “Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas” (Apocalipsis 16:5).

Apocalipsis 15 relaciona las plagas con el juicio del santuario celestial. “Después de estas cosas miré, y he aquí fue abierto en el cielo el templo del tabernáculo del testimonio; y del templo salieron los siete ángeles que tenían las siete plagas” (vers. 5-6). Estos ángeles, portadores de las plagas, proceden del templo, donde se ha producido el juicio investigador. Aparentemente, el juicio en el templo ha terminado, y ahora los ángeles, después de abandonar el edificio celestial, dejan caer estas horribles calamidades sobre la humanidad. Han sido testigos personales durante todo el transcurso del juicio y han sido testigos oculares de cuán íntegro y justo ha sido Dios; con más comprensión que nunca pueden alabar a Dios y sus juicios como “verdaderos y justos”, aunque las plagas produzcan la devastación de la tierra.

Para obtener un concepto claro del juicio investigador, necesitamos considerarlo desde la perspectiva de un panorama cósmico. Así como Dios no necesitaba que Abraham sacrificara a Isaac sobre el Monte Moria para darse cuenta de la fe del patriarca, tampoco necesita del juicio investigador con el fin de saber quiénes están salvos y quiénes perdidos. “Conoce el Señor a los que son suyos” (2 Timoteo 2:19). No obstante, el resto del universo desconocía el corazón de Abraham. Las

DESEQUILIBRIO FATAL

inteligencias inmaculadas de los mundos no caídos no son omniscientes, por lo cual el Señor tratará con el pecado de tal manera que sus interrogantes queden resueltos para siempre. “A juicio del universo —declara Elena de White—, Dios quedará libre de toda culpa por la existencia o continuación del mal”.⁵

Todavía hay otra razón por la cual el universo se interesa tan vivamente en el juicio. Cuando los redimidos comiencen su viaje de siete días cruzando el cosmos hacia la ciudad de Dios para vivir eternamente en presencia de los seres santos, ¿se encontrará allí el rey David, un adúltero y asesino? ¿Qué acerca de Aarón, quien hizo el becerro de oro para que Israel lo adorara? ¿Qué podemos decir acerca de los millares de personas que, a pesar de su conversión, han caído en pecados graves? El universo necesita tener la certeza de que estos individuos nunca más trastornarán el cielo con sus pecados. Las personas que rechazan la salvación divina definitivamente quedarán excluidas del cielo. “El que no cree, ya ha sido condenado” (Juan 3:18). Sin embargo, entre los salvados habrá muchos individuos que han pecado, no únicamente antes de su conversión, sino después también. Con razón necesitan que Jesús sea tanto su sacrificio sustitutivo como su sumo sacerdote. El “puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25). El Señor continúa intercediendo en favor de ellos porque, aunque son el pueblo de Dios, aunque sus nombres están escritos en el libro de la vida, todavía han pecado contra él. “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Y pensar que muchas de estas personas vivirán eternamente en la presencia de seres santos. ¿No será

que el universo tiene razón de sentirse un poco nervioso frente a esta perspectiva?

Pocas semanas después de mi conversión, les hice una broma a mis amigos adventistas, al decirles que “lo primero que voy a hacer cuando llegue al cielo será ¡comenzar una rebelión!” Espantados, me dijeron que debía caer de rodillas y arrepentirme, lo cual hice. Por la gracia de Dios, he venido sobreponiéndome a mi frivolidad. Pero ustedes pueden estar seguros de que, cuando mi nombre aparezca en el juicio, el universo observador deseará tener la certeza de que yo, verdaderamente, no comenzaré una nueva rebelión.

Dios conoce nuestros corazones y motivos. Conoce a todas las personas cuya salvación no significará un riesgo para el cielo. Pero los seres santos de los mundos no caídos no los conocen. Por esa razón cada caso examinado en el juicio previo al advenimiento es juzgado ante el escrutinio intenso del universo observador. Y cuando todo haya terminado, los interrogantes de todos los seres del universo habrán quedado contestados tan completamente, que todos sus habitantes no caídos prorrumpirán en exclamaciones de alabanza a Dios por la transparencia y la justicia de su trato con los seres humanos. “Ciertamente, Señor Dios Todopoderoso, tus juicios son verdaderos y justos” (Apocalipsis 16:7). “Justo eres tú, oh Señor, el que eres y que eras, el Santo, porque has juzgado estas cosas” (Apocalipsis 16:5).

Capítulo 10

“Por espejo, oscuramente”

En el capítulo precedente acabamos de decir que el juicio investigador es para beneficio de los habitantes del universo no caído, quienes tienen los libros abiertos delante de ellos (véase Daniel 7). ¿Pero qué en cuanto a nosotros, los profesos seguidores de Cristo? ¿Acaso no tenemos también nuestros propios interrogantes? ¿Quién de nosotros no ha tenido que habérselas con dolorosas fallas de comprensión? Aun los que vivimos durante el tiempo del fin, en medio de una llamarada de luz y de verdad nunca vistas desde que el mismo Jesús caminó sobre la tierra en forma humana, tenemos que batallar con incidentes que no comprendemos. En nuestra mente surgen preguntas que deseáramos ver contestadas, y que a veces podrían indu-

cirnos a dudar de la “multiforme sabiduría de Dios”.

“Ahora vemos por espejo, oscuramente; mas entonces veremos cara a cara. Ahora conozco en parte; pero entonces conoceré como fui conocido” (1 Corintios 13:12).

Pablo declara que actualmente nuestra visión es imperfecta, que somos incapaces de comprender las cosas cabalmente. En vista de que la gran controversia tiene que ver con asuntos de magnitud infinita que afectan hasta los últimos rincones del cosmos, no es de sorprenderse que nosotros, con mentes finitas y arruinadas por el pecado, sólo seamos capaces de percibir las realidades eternas como “por espejo, oscuramente”. Llegará el día, sin embargo, cuando “veremos cara a cara”. Entonces recibiremos tal cantidad de luz y entendimiento que nosotros también, como Pablo, conoceremos como fuimos conocidos. Algún día nuestra percepción de las realidades eternas será tan clara como la vida del apóstol fue para las inteligencias celestiales.

En 1 Corintios 4:5, Pablo dice que “no debemos juzgar nada hasta que venga el Señor, el cual aclarará lo oculto de las tinieblas, y manifestará las intenciones de los corazones”. La venida del Señor inaugurará en el cielo el reino milenario, durante el cual, de acuerdo con la Biblia, los redimidos reinarán como jueces:

Y prendió al dragón, la serpiente antigua, que es el Diablo y Satanás, y lo ató por mil años... Y vi tronos, y se sentaron sobre ellos los que recibieron facultad de juzgar; y vi las almas de los decapitados por causa del testimonio de Jesús y por la palabra de Dios, los que no habían adorado a la bestia ni a su imagen, y que no recibieron la marca ni en sus frentes ni en sus manos; y vivieron y reinaron con Cristo mil años (Apocalipsis 20:2, 4).

DESEQUILIBRIO FATAL

Durante este tiempo, los santos —los mismos que de acuerdo con Daniel 7 reciben el reino después del juicio investigador—¹ juzgarán no sólo a los hombres sino también a los ángeles caídos.

“¿O no sabéis que los santos han de juzgar al mundo? Y si el mundo ha de ser juzgado por vosotros, ¿sois indignos de juzgar cosas muy pequeñas? ¿O no sabéis que hemos de juzgar a los ángeles?” (1 Corintios 6:2-3).

Este juicio puede ocurrir únicamente durante el milenio, cuando todos nuestros interrogantes quedarán resueltos a medida que estudiemos durante mil años las cuestiones relativas al gran conflicto: especialmente las que se refieran a los no redimidos, que esperan su castigo final. Es evidente que tendremos que recibir gran luz, de lo contrario, ¿cómo podríamos juzgar imparcialmente? “Junto con Cristo —escribe Elena de White— [los redimidos] juzgan a los impíos, comparando sus actos con el libro de la ley, la Biblia, y fallando cada caso en conformidad con los actos que cometieron por medio de su cuerpo. Entonces lo que los malos tienen que sufrir es medido según sus obras, y queda anotado frente a sus nombres en el libro de la muerte”.² En verdad, este juicio cumple para nosotros el mismo papel que el juicio investigador para los observadores del universo. Responde todas nuestras preguntas.

Y sin embargo Dios no ha terminado aún. Hasta ahora, las inteligencias universales no caídas, así como los miembros de la humanidad redimida, han recibido respuestas satisfactorias para todos sus cuestionamientos. ¿Pero qué acerca de los no redimidos, los ángeles caídos, y el mismo Satanás?

Después del milenio resucitan los perdidos. Junto con Satanás y sus ángeles caídos (que han permane-

cido en esta tierra desolada durante una cuarentena de mil años), comparecen ante el Señor. Jesús hace pasar delante de ellos la caída de Adán y los pasos sucesivos del plan de la redención, especialmente las escenas de la vida de Cristo y de su muerte en la cruz.³ Entonces, a medida que se examinan los libros de registros, toman conciencia de cada pecado mientras permanecen sin excusa delante de su Creador y Juez.

“Es entonces evidente para todos —escribe la sierva del Señor—, que el salario del pecado no es la noble independencia y la vida eterna, sino la esclavitud, la ruina y la muerte. Los impíos ven lo que perdieron con su vida de rebeldía... Todos ven que su expulsión del cielo es justa”.⁴ Aun el mismo Satanás, al ser confrontado con el fruto de su rebelión, admite que Dios es justo y bueno, y que él [Satanás] merece la sentencia que se pronuncia sobre su cabeza.

Satanás ve que su rebelión voluntaria le incapacitó para el cielo. Ejercitó su poder guerreando contra Dios; la pureza, la paz y la armonía del cielo serían para él suprema tortura. Sus acusaciones contra la misericordia y justicia de Dios están ya acalladas. Los vituperios que procuró lanzar contra Jehová recaen enteramente sobre él. Y ahora Satanás se inclina y reconoce la justicia de su sentencia.⁵

Todo el universo, hasta el mismo Satanás, confiesa la justicia de Dios.

Toda cuestión de verdad y error en la controversia que tanto ha durado, ha quedado aclarada. El desarrollo del gobierno de Satanás en contraste con el de Dios, ha sido presentado a todo el universo. Satanás ha sido condenado por sus propias obras. La sabiduría de Dios, su justicia y su bondad quedan por completo reivindicadas... En vista de todos los hechos del gran conflicto, todo el

DESEQUILIBRIO FATAL

universo, tanto los justos como los rebeldes, declaran al unísono: “¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!”⁶

Esencialmente podemos distinguir tres aspectos del juicio: el investigador (para beneficio del universo no caído), el milenial (para beneficio de los redimidos), y el ejecutivo (para beneficio de los perdidos).

Sin embargo, el juicio investigador es el más pertinente para nosotros en la actualidad. Numerosos interrogantes existen aún, especialmente para quienes los experimentan. Los capítulos que siguen continuarán refiriéndose a este juicio. Si desarrollamos una comprensión adecuada del mismo, nosotros —a pesar de ver como “por espejo, oscuramente”— podremos exclamar confiadamente y desde ahora: “¡Justos y verdaderos son tus caminos, oh Rey de los siglos!”

Capítulo 11

La primera ley del cielo - 1

Hace varios años, parado en una acera de Atlanta, conversaba con un hombre que estudiaba recombinaciones del ADN.

—Al observar tan de cerca, como usted lo ha hecho, la misma esencia de la vida —le pregunté—, ¿no encuentra en ella alguna evidencia de la existencia de Dios?

—No importa hacia dónde mire —me respondió—, ya sea al universo exterior, o interiormente hacia los detalles más diminutos de la célula, usted descubre que tienen un elemento en común: el orden.

Al instante una declaración de Elena de White aflo-
ró a mi mente: “El orden es la primera ley del cielo”.¹

¡Orden! En verdad, Dios lo hace todo con orden. El

DESEQUILIBRIO FATAL

registro de la creación: día uno, día dos, día tres. La creación de aquello, luego de esto, y después de lo otro. Todo en orden. Después de alimentar a los cinco mil, Jesús dijo a sus asombrados discípulos: “Recoged los pedazos que sobraron, para que no se pierda nada” (Juan 6:12). Después de la resurrección, los discípulos corrieron al sepulcro, y lo encontraron vacío, aunque junto a la tumba hallaron los lienzos mortuorios que “no habían sido arrojados con negligencia a un lado, sinó cuidadosamente doblados, cada uno en un lugar adecuado”.² ¿Por qué? Porque, como lo explica la sierva del Señor, “a la vista de Aquel que guía tanto a la estrella como al átomo, no hay nada sin importancia. Se ven orden y perfección en toda su obra”.³

El orden caracteriza todo lo que Dios hace. Los libros de Exodo y Levítico revelan que todo estaba sujeto a un orden estricto en las instrucciones que el Señor les dio a los israelitas acerca de la construcción y el funcionamiento del tabernáculo terrenal. Desde la elaboración de los muebles hasta el ofrecimiento de los sacrificios, Dios mandó que todo se hiciera de acuerdo con un plan específico y ordenado. En la construcción del candelero, por ejemplo, el Señor instruyó a Moisés:

Harás... un candelero de oro puro; labrado a martillo se hará el candelero; su pie, su caña, sus copas, sus manzanas y sus flores, serán de lo mismo. Y saldrán seis brazos de sus lados; tres brazos del candelero a un lado, y tres brazos al otro lado. Tres copas en forma de flor de almendro en un brazo, una manzana y una flor; y tres copas en forma de flor de almendro en otro brazo, una manzana y una flor; así en los seis brazos que salen del candelero; y en la caña central del candelero cuatro copas en forma de flor de almendro, sus manzanas y sus flores. Habrá una manzana debajo de dos brazos del mismo, otra manzana debajo de otros dos brazos del mismo, y otra manza-

na debajo de los otros dos brazos del mismo, así para los seis brazos que salen del candelero. (Exodo 25:31-35).

A través de todas las instrucciones relativas a la construcción del santuario, el Señor les dijo: "Mira y hazlos conforme al modelo que te ha sido mostrado en el monte" (Exodo 25:40). ¿Por qué? Porque Dios es un Dios de orden.

¿Cómo se relaciona con el juicio investigador este aspecto específico del carácter divino?

En capítulos anteriores se ha hecho evidente que todo el universo inteligente se interesa intensamente en los problemas del pecado y la rebelión. Aunque actualmente el pecado está restringido a la tierra, es un asunto que atañe al universo entero, y Dios se propone erradicarlo de un modo tal que satisfaga a todo el universo, inclusive al género humano, tanto redimidos como perdidos.

En capítulos previos también hemos visto que Dios ha planeado varios pasos tendientes a resolver el gran conflicto, y que éstos están simbolizados en la actividad del santuario terrenal, comenzando con la muerte de Jesús en la cruz (el altar de la ofrenda encendida), y concluyendo con el juicio (el lugar santísimo). A pesar de que la cruz respondió muchos de los interrogantes del universo, Dios también se propuso utilizar otros factores, tales como el carácter de su pueblo y el juicio investigador, para ayudar a resolver cabalmente todos los problemas.

En efecto, el punto es éste: la muerte de Cristo en la cruz y su ministerio sumosacerdotal en el cielo (tanto en el lugar santo como en el santísimo) forman parte del método *ordenado* que Dios se propuso emplear con el fin de erradicar el pecado y la maldad del uni-

verso. La muerte de Cristo y su ministerio son parte de la forma *ordenada* que Dios emplea para echar el pecado “en lo profundo de la mar” sin lanzarnos a nosotros con él. La muerte de Cristo y su ministerio celestial forman parte del modo *ordenado* que Dios está usando para resolver definitivamente el problema del pecado, así como para contestar todos los interrogantes que éste haya suscitado acerca de su carácter.

¿Cómo?

Refiriéndose a Jesús, Hebreos 9:28 dice que “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan”. ¿Qué quiere decir la expresión “sin pecado”? Este texto indica que Jesús tuvo relación con el pecado, pero que a su regreso ya no la tiene. ¿Pecó Jesús alguna vez?

¡Por supuesto que no!

“Porque no tenemos un sumo sacerdote que no pueda compadecerse de nuestras debilidades, sino uno que fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15).

“El cual no hizo pecado, ni se halló engaño en su boca” (1 Pedro 2:22).

“Sabiendo que fuisteis rescatados de vuestra vana manera de vivir, la cual recibisteis de vuestros padres, no con cosas corruptibles, como oro o plata, sino con la sangre preciosa de Cristo, como de un cordero sin mancha y sin contaminación” (1 Pedro 1:18, 19).

En este último versículo, Pedro se refiere a los animales que se sacrificaban en los servicios del santuario terrenal. Simbolizaban a Jesús. Por eso el cordero debía ser “sin mancha y sin contaminación”. Jesús necesitaba ser perfecto —sin falta ni pecado— para cumplir las demandas de la ley.

Jesús nunca pecó. ¿Pero llevó alguna vez el pecado

sobre sí?

“Cristo fue ofrecido una sola vez para llevar los pecados de muchos; y aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:20).

“Quien llevó él mismo nuestros pecados en su cuerpo sobre el madero” (1 Pedro 2:24).

“Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6).

¡En aquella cruz, Jesús no sólo llevó el pecado, sino que fue hecho pecado! “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).

Jesús, quien jamás cometió un pecado, tomó nuestros pecados y los llevó sobre su cuerpo, y aun se hizo pecado por nosotros. Los pecados del mundo recayeron sobre él a tal grado que destruyeron su vida. El Calvario es la primera fase del plan divino para erradicar el pecado del universo sin tener que eliminar también a los pecadores.

¿Qué sucede después?

“Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la víctima ofrecida, y por la sangre de ésta se transferían figurativamente al santuario terrenal —escribe Elena de White—, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial”.⁴

Si tomamos el sistema terrenal como una parábola del verdadero plan de salvación que involucra el santuario celestial, entonces el pecado tiene que transferirse a sus recintos. Por esta razón tanto la Biblia (véase Hebreos 9:23) como el espíritu de profecía se refieren a que el santuario del cielo necesita ser purifi-

cado.⁵ Esta transferencia del pecado se vuelve cada vez más clara a medida que ampliamos nuestra comprensión del ministerio sumosacerdotal de Cristo en el santuario celestial.

“¿Quién es el que condenará? Cristo es el que murió; más aún, el que también resucitó, el que además está a la diestra de Dios, el que también intercede por nosotros” (Romanos 8:34).

“Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

“Pero estando ya presente Cristo, sumo sacerdote de los bienes venideros, por el más amplio y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir no de esta creación” (Hebreos 9:11).

Jesús, el que en la tierra fue nuestro Cordero, el que murió por los pecados del mundo, ahora es nuestro sumo sacerdote, y vive para “interceder” constantemente por nosotros en el “más amplio y más perfecto tabernáculo”, a saber, el del cielo.

“Así que, si estuviese sobre la tierra, ni siquiera sería sacerdote, habiendo aún sacerdotes que presentan las ofrendas según la ley; los cuales sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales” (Hebreos 8:4, 5).

La Biblia es explícita: en el cielo existe un santuario literal, físico. Se han hecho esfuerzos por minar la doctrina del juicio investigador mediante la negación de la realidad del santuario celestial y el énfasis en la obra que Cristo realiza en el cielo, a expensas del lugar donde la lleva a cabo. Por supuesto, lo que él hace allí es más importante que dónde lo realiza. Pero para enfatizar el ministerio de Cristo no hay necesidad de desmerecer ni negar la literalidad de la estructura

celestial. Al contrario, sólo se puede comprender cabalmente el ministerio de Cristo en el santuario, cuando se entiende que éste es literal.⁶

Hebreos declara inequívocamente que el sistema terrenal era una mera “sombra” o “copia” de las realidades celestiales. ¿Qué es más *real*, un objeto o la sombra etérea que proyecta? Por supuesto, el objeto mismo. La Biblia considera al santuario terrenal literal —con su oro, madera, pieles de animales, fuego, agua y sangre— como una mera “sombra”, una “imagen” del celestial. Es evidente que la realidad celestial tiene que ser cuando menos tan tangible como su sombra terrenal.

“Porque no entró Cristo en el santuario hecho de manos, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios” (Hebreos 9:24).

El ministerio de Jesús en el cielo se lleva a cabo en un santuario literal, donde él está a la diestra de Dios como sumo sacerdote intercediendo en favor de su pueblo. ¿Pero qué implica el vocablo “intercesión”? Sí, es una obra mediadora en favor de nosotros, ¿pero en qué consiste esta mediación? El es un Sacerdote, ¿pero qué clase de obra realiza un sacerdote?

A pesar de que la Biblia no presenta detalles precisos acerca de la obra de Cristo en el cielo, por lo menos sí afirma que el ministerio que realizaban los sacerdotes terrenales en el santuario eran una “figura”, o “sombra” de lo que sucede en el cielo. Por lo tanto, la consideración de lo que sucedía en el santuario terrenal —que se presenta detalladamente—, nos revela lo que ocurre en el celestial.

En numerosos aspectos el santuario terrenal corre en líneas paralelas con el celestial:

DESEQUILIBRIO FATAL

Terrenal	Celestial
1. Cordero (animal)	Cordero (Jesús)
2. Sacerdote (levitas)	Sacerdote (Jesús)
3. Sangre (de animales)	Sangre (de Jesús)
4. Pecado	Pecado
5. Pecadores	Pecadores
6. Santuario (hecho por manos humanas)	Santuario (hecho por Dios)

Entre las diferencias más sobresalientes están las que siguen: en lugar de sacerdotes terrenales, el santuario celestial tiene a Jesús como Sacerdote; en lugar de animales, el sacrificio de Jesús precede la ministración sacerdotal; en lugar de sangre de animales, la sangre que interviene en el santuario celestial es la de Cristo; y en lugar de tratarse de un santuario terrenal hecho por seres humanos, ahora se trata de un santuario celestial, “aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor”.

Obviamente, el sacrificio celestial y el ministerio del cielo son mejores que los terrenales, y una gran parte del libro de Hebreos se dedica a enseñar este punto específico.⁷

En el capítulo que sigue nos concentraremos en el servicio terrenal del santuario y en lo que puede enseñarnos acerca del celestial.

Capítulo 12

La primera ley del cielo - 2

El santuario terrenal tenía que ver únicamente con los pecadores arrepentidos, los que reconocían su pecado y buscaban el perdón. Los que acudían al santuario estando desapercibidos, eran “cortados de su pueblo”. Sin embargo, si alguien pecaba, sentía tristeza por la falta cometida y procuraba hallar perdón, se realizaba un ritual especial. (El procedimiento exacto del ritual dependía de quién había pecado y de la naturaleza de la falta cometida.) “El único pecado que se transfería al santuario era la transgresión cometida por alguien que se humillaba delante del Señor, pedía perdón y traía un sacrificio”.¹

¿Cómo era básicamente el ritual que tenía que ver con el pecado?

DESEQUILIBRIO FATAL

Habló Jehová a Moisés, diciendo: Habla a los hijos de Israel y diles: Cuando alguna persona pecare por yerro en alguno de los mandamientos de Jehová sobre cosas que no se han de hacer, e hiciere alguna de ellas; si el sacerdote ungido pecare según el pecado del pueblo, ofrecerá a Jehová, por su pecado que habrá cometido, un becerro sin defecto para expiación, traerá el becerro a la puerta del tabernáculo de reunión delante de Jehová, y pondrá su mano sobre la cabeza del becerro, y lo degollará delante de Jehová. Y el sacerdote ungido tomará de la sangre del becerro, y la traerá al tabernáculo de reunión (Levítico 4:1-5).

En el contexto del servicio del santuario se explica claramente una sola vez el significado de colocar las manos sobre el animal, y se hace en conexión con el chivo emisario del día de la expiación:

Y pondrá Aarón sus dos manos sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al desierto por mano de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos (Levítico 16:21, 22).

El simbolismo es claro: la colocación de las manos sobre el animal es una transferencia simbólica del pecado, que se deposita sobre el macho cabrío. En contextos ajenos al santuario, la colocación de las manos sobre alguien representa una transferencia de otros asuntos no tangibles. Cuando Josué, el hijo de Nun, llegó a ser el dirigente de Israel, el Señor le ordenó a Moisés: “Toma a Josué hijo de Nun, varón en el cual hay espíritu, y pondrás tu mano sobre él; y lo pondrás delante del sacerdote Eleazar, y delante de toda la congregación; y le darás el cargo en presencia

de ellos. Y pondrás de tu dignidad sobre él, para que toda la congregación de los hijos de Israel le obedezca” (Números 27:18-20).

Cuando se consagraban los levitas a la obra del sacerdocio, para que fueran dirigentes espirituales y ministros del santuario, se los investía de autoridad y responsabilidad (es decir, se realizaba una transferencia).² “Y cuando hayas acercado a los levitas delante de Jehová, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre los levitas” (Números 8:10).

No obstante, en el concepto del sistema sacrificial, la imposición de las manos sobre el animal del sacrificio simbolizaba la transferencia de la transgresión del pecador culpable al animal inocente, tal como en el Calvario nuestros pecados fueron transferidos a Jesús. ¡Imagínense colocando sus manos sobre la cabeza ensangrentada de Jesús en la cruz, y confesando sus pecados sobre él! En esencia, esa es la idea simbolizada por el servicio sacrificial. “Mas Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). En realidad, Jesús tomó sobre sí lo que el animal recibía únicamente en forma simbólica.

Después que el animal era inmolado, se introducía su sangre en los recintos del santuario terrenal. ¿Quién la llevaba hasta allí? ¿El pecador? No, a él no se le permitía entrar en el santuario. ¿El animal? No, él estaba muerto. El único que podía interceder en favor del pecador era el sacerdote oficiante, y lo hacía al introducir la sangre en el santuario.

En otro ritual, dirigiéndose a dos sacerdotes hijos de Aarón, Moisés les dijo a Eleazar e Itamar: “¿Por qué no comisteis la expiación en lugar santo? Pues... la dio él a vosotros para llevar la iniquidad de la congregación, para que sean reconciliados delante de Jehová.

DESEQUILIBRIO FATAL

Ved que la sangre no fue llevada dentro del santuario” (Levítico 10:17, 18).

El pecador arrepentido traía su sacrificio al santuario. Allí colocaba sus manos sobre la cabeza del animal y confesaba sus pecados. Entonces la culpa era “transferida” al animal inocente, el cual era sacrificado en vez del pecador. Luego el sacerdote tomaba la sangre de la víctima y la asperjaba sobre el altar de la ofrenda encendida o sobre el santuario mismo, o el sacerdote en persona comía la carne de la ofrenda. Esta era la forma de hacer “expiación” por el pecador. Simbólicamente, el sacerdote transfería el pecado al santuario.

Los pasajes precedentes muestran cómo los sacerdotes tenían que “llevar la iniquidad” (*Nasa 'awon*) de la congregación. La palabra *nasa* proviene de una raíz hebrea común utilizada cientos de veces con el significado literal de “llevar”, “cargar”, “levantar”. Sin embargo, *nasa* también se ha traducido con otro significado. Después que Israel pecó haciendo un becerro de oro y adorándolo, Moisés intercedió delante del Señor en favor de su pueblo errante. “Que perdones ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito” (Exodo 32:32). El vocablo traducido como “perdones” es tomado de la voz hebrea *nasa*. Entonces, lo que Moisés le dijo literalmente al Señor fue: “Que lleves ahora su pecado, y si no, ráeme ahora de tu libro que has escrito”. Cuando Moisés regresó al Monte Sinaí después de la apostasia relacionada con el becerro de oro, el Señor pasó delante de él y proclamó: “¡Jehová! ¡Jehová! fuerte, misericordioso y piadoso; tardo para la ira, y grande en misericordia y verdad; que guarda misericordia a millares, que perdona [*nasa*] la iniquidad, la rebelión y el pecado” (Exodo 34:6).

En más de una docena de versículos bíblicos, la

expresión *nasa* se traduce como perdón. Estos pasajes conllevan el concepto de que el pecador recibe perdón cuando alguien más: un sacerdote, por ejemplo (véase Levítico 10:17, 18), o aun Dios (véase Hechos 32:32; 34:6), o el Sumo Sacerdote Divino (véase Hebreos 8:1), carga los pecados sobre sí, en lugar de que lo haga el mismo pecador.³

El perdón se recibe gracias a esta transacción sustitutiva. Dios no puede ignorar el pecado simplemente. La penalidad tiene que ser pagada. Si no la paga el pecador, entonces tiene que hacerlo un sustituto. Si no hay ningún sustituto, entonces, como lo declara Levítico 5:1, el pecador debe llevar su iniquidad él mismo.

En el pensamiento judío, el concepto de sustitución constituye la base de la expiación. “En cada sacrificio —dice *The Jewish Encyclopedia*—, está presente la idea de la sustitución; la víctima toma el lugar del pecador humano. La imposición de las manos sobre la cabeza de la víctima no es sino el rito acostumbrado mediante el cual se produce la sustitución y la transferencia de los pecados”.⁴

En el servicio del santuario, el pecador llegaba con su sacrificio inmaculado hasta la puerta del atrio. Entonces colocaba las manos sobre el animal y confesaba sus pecados, “transfiriéndolos” al sustituto, quien moría en lugar del pecador. Luego el sacerdote tomaba su sangre, la cual ahora “contenía” el pecado. Durante ese momento de transición el sacerdote llevaba la iniquidad del pecador, hasta llegar al santuario donde era depositada.

Los judíos veían al pecado como una realidad tangible que era transferida del pecador al animal, al sacerdote, y al santuario. Consideremos al pecado como

DESEQUILIBRIO FATAL

si fuera un virus mortal, a la sangre como si fuera un frasco, al sacerdote como un medio especial de transportación, y al santuario como un almacén donde se depositan temporalmente las armas biológicas. El virus del pecado es transferido (en la sangre) por medio de un agente especial (el sacerdote), que lo trae hasta el almacén (el santuario), donde se lo deposita hasta que sea erradicado definitivamente.

Mientras tanto, después que el pecado ha sido transferido al animal, quien ha sufrido en lugar del pecador, la persona culpable se ha retirado perdonada, sin llevar más sobre sí misma el pecado que había cometido. En el antiguo Israel, la transferencia del pecado como medio para que los pecadores alcanzaran el perdón de sus transgresiones era una actividad que se llevaba a cabo diariamente sin interrupción.

No obstante, este sistema terrenal era una mera sombra del tabernáculo verdadero donde el mismo Jesús ministra actualmente como nuestro Sumo Sacerdote celestial. En el momento presente, cualquiera que ha confesado sus pecados a Jesús —en cierto modo habiendo colocado sus manos sobre la cabeza ensangrentada de Cristo y reclamado la santidad que ofrece imputarnos mediante la virtud de su vida perfecta—, ha hecho que sus pecados le fueran quitados. Como sucedía con el pecador del Israel antiguo, ha vuelto a casa absuelto, perdonado, justificado. Ya no sigue bajo la condenación de la ley, puesto que Jesús pagó la penalidad de esa ley quebrantada. “Cristo nos redimió de la maldición de la ley, hecho por nosotros maldición” (Gálatas 3:13). El pecador no tiene que haberse las más con la culpa de su pecado, puesto que Cristo, en vez de él, cargó con ella. “Jehová cargó en él el pecado de todos nosotros” (Isaías 53:6). Tampoco tiene

que hacerle frente a la penalidad de su transgresión. porque Jesús lo hizo en su lugar al transformarse en el portador del pecado, a la vez como víctima y como sacerdote. “Siendo justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús, a quien Dios puso como propiciación por medio de la fe en su sangre” (Romanos 3:24, 25).

¿Qué sucedía con el pecado después que el sacerdote lo llevaba al recinto del santuario terrenal? La respuesta se encuentra en lo que sucedía el día de la expiación, cuando el santuario era purificado.

Capítulo 13

La purificación del santuario

Con referencia al santuario, Levítico 16:19 dice que el sacerdote “lo limpiará, y lo santificará de las inmundicias de los hijos de Israel”.

¿Cómo podían contaminar el santuario los hijos de Israel, siendo que al pueblo ni siquiera se le permitía entrar en sus recintos? Aunque ellos no podían entrar al santuario, los sacerdotes “llevaban” sus pecados hasta él en la sangre de los animales. El sacerdote depositaba los pecados simbolizados por la sangre “contaminada”, dentro del santuario. Una vez al año, sin embargo, los pecados acumulados eran transferidos nuevamente; pero esta vez para ser eliminados del santuario. Mediante este servicio, el santuario era “purificado”. Los pecados eran completamente deste-

rrados del campamento, lo cual era una sombra de la manera en que Dios se propone extirpar los pecados del universo.

Y además de esto, [Moisés] roció también con la sangre el tabernáculo y todos los vasos del ministerio. Y casi todo es purificado, según la ley, con sangre; y sin derramamiento de sangre no se hace remisión. Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales [el santuario terrenal] fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que éstos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios (Hebreos 9:21-24).

El contexto de Daniel 8:14 (“Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado”) indica que puede referirse únicamente al santuario celestial y al proceso de purificación que en él se lleva a cabo al tiempo señalado.¹

¿Por qué necesitaba ser purificado el santuario celestial? A causa de nuestros pecados que habían sido llevados hasta allí. Bajo el nuevo pacto, inaugurado a la muerte de Jesús, el pecado es transferido del pecador a Jesús —primero como sacrificio (Cordero), luego como Sumo Sacerdote—, y finalmente es depositado en el santuario celestial, razón por la cual éste necesita ser purificado.²

No obstante, llegará el tiempo cuando Jesús dejará de ser nuestro Sumo Sacerdote que ministra en el santuario celestial. Entonces, cuando regrese por segunda vez, lo hará “sin pecado” (Hebreos 9:28). Después que el santuario es purificado y los pecados son transferidos sobre Satanás (véase más abajo), Jesús no los lleva más sobre sí, como Sumo Sacerdote. De la misma manera, en el servicio del Antiguo Testa-

DESEQUILIBRIO FATAL

mento el sumo sacerdote tampoco llevaba los pecados sobre sí después que el santuario terrenal era purificado y aquéllos transferidos al macho cabrío emisario.

Varios pasajes del libro de Levítico se refieren al pecador que llevaba al santuario un animal para sacrificarlo con el fin de que “el sacerdote [hiciera]... expiación por su pecado”. Esta frase se repite a través de todo el libro.³ Las personas necesitaban expiación porque habían pecado. Mediante el sistema sacrificial se había provisto una forma de separarlos de sus pecados y concederles el perdón. Podemos comprender que los pecadores necesitan que se haga expiación por ellos.

Sin embargo, ¿qué significa Levítico 16:15, 16? “Después degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. *Así purificará el santuario*” (la cursiva es nuestra).

¿Expiación por el lugar santo? La gente peca. Las personas quebrantan la ley. La gente necesita expiación. ¿Pero un edificio? ¿Por qué un edificio, una estructura inanimada, habría de necesitar expiación?

“Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados” (Levítico 16:16).

¿Por qué necesita purificación el santuario? A causa de *todas* las transgresiones de los hijos de Israel, que los sacerdotes traían a él día tras día. Los pecados eran quitados del pecador y depositados en el santuario (recuerde la ilustración del virus). Del mismo modo como el pecado contaminaba al pecador, también mancillaba el santuario cuando era depositado allí por

medio de la sangre. “El hecho de que durante el Día de la Expiación el santuario fuera purificado de todos los pecados del pueblo de Israel —escribe el erudito Angel M. Rodríguez—, sugiere que los pecados del pueblo habían sido transferidos, mediante el sacerdote, al santuario”.⁴

Una vez al año, en el Día de la Expiación, el mismo santuario debía ser purificado. Así como la expiación que se hacía en favor de un pecador involucraba la remoción del pecado de la persona misma, también la expiación por el santuario involucraba la eliminación del pecado del edificio.

El proceso del santuario contemplaba dos aspectos especiales: El ministerio en el primer departamento, que era un procedimiento diario, continuo, mediante el cual el pecado era transferido al santuario; y el ministerio en el segundo departamento, el día de la expiación, que desalojaba el pecado de allí. El Día de la Expiación —que en el pensamiento judío es el día del juicio (también conocido como el “día de las purificaciones”)—, los animales eran sacrificados y su sangre llevada al santuario, como durante el ritual cotidiano. Pero había diferencias cruciales entre los rituales del Día de la Expiación y los sacrificios diarios. En primer lugar, este día especial anual la sangre era llevada al *segundo* departamento, el lugar santísimo, y se la asperjaba delante del propiciatorio, que estaba detrás del segundo velo. Ese era el único momento del año en que se introducía la sangre hasta allí.

Una segunda diferencia, destacada tanto por eruditos adventistas como por no adventistas, surge del hecho de que en ninguna parte se menciona que durante el Día de la Expiación alguien colocara las manos sobre la cabeza del macho cabrío del sacrificio.

DESEQUILIBRIO FATAL

No se hace ninguna referencia a confesión alguna de pecados sobre él.

Degollará el macho cabrío en expiación por el pecado del pueblo, y llevará la sangre detrás del velo adentro, y hará de la sangre como hizo con la sangre del becerro, y la esparcirá sobre el propiciatorio y delante del propiciatorio. Así purificará el santuario, a causa de las impurezas de los hijos de Israel, de sus rebeliones y de todos sus pecados (Levítico 16:15, 16).

En otras palabras, la sangre introducida en el lugar santísimo para hacer propiciación por el santuario no contenía pecado, como en el caso de la sangre de los sacrificios diarios. En un sentido, era “sangre limpia”. Se ha sugerido que esta “sangre limpia” recibía todos los pecados acumulados en el santuario durante el año. Volviendo a la analogía del virus, un frasco limpio y vacío (la sangre limpia) era llevado al almacén (el santuario), donde ahora se colocaba el virus (el pecado) para ser llevado afuera, “purificando” así el santuario. “Los ritos cotidianos transferían el pecado y la impureza al santuario —escribe el erudito Alberto Treiyer—, y el rito anual (Día de la Expiación), transportaba este depósito fuera del santuario”.⁵

Como parte del ritual del Día de la Expiación, después que se había hecho la purificación del santuario mediante la sangre “limpia” del chivo sacrificado (recuerde que la expiación involucra la transferencia del pecado), un segundo macho cabrío era introducido en el servicio. El sumo sacerdote pondrá “sus dos manos —ensangrentadas por haber asperjado la sangre— sobre la cabeza del macho cabrío vivo, y confesará sobre él todas las iniquidades de los hijos de Israel, todas sus rebeliones y todos sus pecados, poniéndolos así sobre la cabeza del macho cabrío, y lo enviará al

La purificación del santuario

desierto por manos de un hombre destinado para esto. Y aquel macho cabrío llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada” (Levítico 16:21, 22).

La secuencia es clara: el pecado era transferido del pecador al animal mediante la confesión y la imposición de las manos. Entonces el animal era sacrificado, y el sacerdote, mediante la sangre contaminada, depositaba el pecado en el santuario. El Día de la Expiación, el sacerdote llevaba sangre limpia al santuario, la cual recibía todos los pecados (transformándose así en sangre cargada de pecado), y entonces éstos eran colocados sobre la cabeza del macho cabrío vivo, que a su vez era enviado al desierto. Mediante este procedimiento, que comenzaba con el pecador, el pecado era conducido fuera del campamento, con la resultante purificación del santuario, el campamento y el pueblo.

Los detalles de estos ritos pueden sufrir mucha elaboración (y especulación). Lo que más debe interesarnos aquí es la transferencia del pecado. En el servicio del santuario, el pecado no se desvanecía simplemente. No era sólo cuestión de que fuese perdonado y luego olvidado. En lugar de ello, el Señor desarrolló un elaborado ritual, simbólico del procedimiento mediante el cual el pecado es realmente eliminado.

Así como en la antigüedad los pecados del pueblo eran puestos por fe sobre la víctima ofrecida, y por la sangre de ésta se transferían figurativamente al santuario terrenal, así también, en el nuevo pacto, los pecados de los que se arrepienten son puestos por fe sobre Cristo, y transferidos, de hecho, al santuario celestial. Y así como la purificación típica de lo terrenal se efectuaba quitando los pecados con los cuales había sido contaminado, así también la purificación real de lo celestial debe efectuarse quitando o borrando los pecados registrados en el cielo.⁶

DESEQUILIBRIO FATAL

La purificación del pecado en el templo terrenal no era sino una ilustración de la purificación del pecado en el santuario celestial: “Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado” (Daniel 8:14). “Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales [el santuario celestial] fuesen purificadas así” (Hebreos 9:23). En el santuario terrenal, esta purificación era simbolizada mediante la remoción del pecado; en el celestial, el registro de los pecados será borrado. “Así que, arrepentíos y convertíos, para que sean borrados vuestros pecados” (Hechos 3:19). Los resultados, ya sea en símbolo (terrenal) o en realidad (el celestial) son los mismos: el santuario es purificado.

Por fin, ¿qué sucede con los pecados después que el registro de los mismos es borrado y eliminado del santuario? El pecado se deposita sobre el macho cabrío emisario quien, en el pensamiento judaico, representa al jefe de los ángeles rebeldes. Elena de White escribió:

Se vio además que, mientras que el holocausto señalaba a Cristo como sacrificio, y el sumo sacerdote representaba a Cristo como mediador, el macho cabrío simbolizaba a Satanás, autor del pecado, sobre quien serán colocados finalmente los pecados de los verdaderamente arrepentidos. Cuando el sumo sacerdote, en virtud de la sangre del holocausto, quitaba los pecados del santuario, los ponía sobre la cabeza del macho cabrío para Azazel. Cuando Cristo, en virtud de su propia sangre, quite del santuario celestial los pecados de su pueblo al fin de su ministerio, los pondrá sobre Satanás, el cual en la consumación del juicio debe cargar con la pena final. El macho cabrío era enviado lejos a un lugar desierto, para no volver jamás a la congregación de Israel. Así también Satanás será desterrado para siempre de la presencia de Dios y de su pueblo, y será aniqui-

La purificación del santuario

lado en la destrucción final del pecado y de los pecadores.⁷

En el sistema terrenal, el pecado era transferido del pecador al animal, al sacerdote, al santuario, al sacerdote nuevamente, y por fin al macho cabrío, que a su vez era llevado al desierto “por mano de un hombre destinado para esto”. (Aunque la Biblia no lo menciona, este hombre debía encontrarse en excelente condición física para conducir al macho cabrío tan lejos del campamento que no pudiera regresar nunca: un ejemplo de cuán lejos y permanentemente el Señor se propone alejar el pecado de su pueblo.) En el verdadero servicio del santuario, simbolizado por el sistema terrenal, el pecado es transferido del pecador a Jesús como Cordero, a Jesús como Sacerdote, al santuario celestial y finalmente a Satanás, quien es desterrado de la presencia del pueblo de Dios, sólo para ser erradicado definitivamente junto con el pecado y los pecadores en el juicio final.

El Señor pudo destruir a Satanás el mismo día en que éste se rebeló. En lugar de hacerlo, y en armonía con su carácter de amor, justicia y misericordia, el Señor escogió —a un costo infinito para sí mismo— eliminar el pecado de esta forma, un paso a la vez, ante el universo observador. En el santuario terrenal había ángeles bordados en las paredes del primer departamento; dos querubines de oro habían sido colocados en el lugar santísimo, la culminación del procedimiento expiatorio: Y todo esto no era sino un símbolo del interés que el universo manifiesta en el plan de salvación. Mediante un procedimiento abierto y ordenado, que incluía su muerte, y luego su ministerio sumosacerdotal en un santuario físico literal, el Señor contestará para siempre todos los interrogantes acerca de la gran con-

DESEQUILIBRIO FATAL

troversia y el origen del mal. El santuario del cielo es literal, no porque Dios necesite que así sea, sino porque las inteligencias celestiales lo necesitan para ver de qué manera Dios trata con el pecado. Mediante una estructura física visible, Dios permite al universo observador que vea claramente cada paso en la solución del conflicto.

“En el ritual típico —escribe Angel M. Rodríguez—, el pecado confesado por el penitente y su responsabilidad eran transferidos al santuario mediante la víctima sacrificial y el sacerdote. Se puede aseverar que por el momento el santuario asumía su culpa, y el pecador era perdonado. El día de la expiación el santuario era purificado, y así la posición de Dios (en el santuario) quedaba aclarada”.⁸

Todavía quedan por contestarse otras preguntas importantes concernientes a todo este asunto de los ritos del santuario celestial. ¿Cómo afecta nuestras vidas el día de la expiación celestial? ¿Qué significado tiene esto para nosotros en la actualidad? El capítulo que sigue se aboca a la investigación de estos asuntos porque lo que sucede en el santuario celestial es extremadamente relevante para los que se encuentran en la tierra y cuyos pecados están registrados allá.

Capítulo 14

La demostración total y definitiva

En Yom Kippur —día de la expiación—, todos los pecados que los sacerdotes habían acumulado diariamente en el santuario mediante la sangre de los sacrificios eran quitados de allí y transferidos a la cabeza del macho cabrío vivo. El resultado de esta operación era la purificación del santuario. Sin embargo, no sólo el santuario era purificado aquel día. También la gente quedaba limpia.

Y esto tendréis por estatuto perpetuo: en el mes séptimo, a los diez días del mes, afligiréis vuestras almas, y ninguna obra haréis, ni el natural ni el extranjero que mora entre vosotros. Porque en este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová (Levítico 16:29, 30).

La estructura misma del santuario era purificada “de todas las iniquidades de los hijos de Israel”, en tanto que acerca del pueblo se decía: “En este día se hará expiación por vosotros, y seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová”. Así que este rito que se realizaba una vez al año producía un santuario limpio y un pueblo limpio.

“Y hará la expiación por el santuario santo, y el tabernáculo de reunión; también hará expiación por el altar, por los sacerdotes y por todo el pueblo de la congregación” (Levítico 16:33).

La expiación se producía únicamente después que el pecado había sido quitado, ya se tratase de un pecador individual o del santuario. En Yom Kippur, se hacía expiación por la congregación, los sacerdotes y la misma estructura del santuario. El pecado era eliminado de todas partes.

El sistema terrenal era una sombra del celestial. Los sacrificios, el sacerdocio y santuario levíticos, no eran sino lecciones objetivas del ministerio sumosacerdotal de Jesús en el lugar santísimo del cielo. ¿Qué significa la purificación especial del Día de la Expiación para el Israel moderno? ¿Qué significa para las personas cuyos pecados, en virtud de la sangre de Cristo, se encuentran en el santuario celestial, los que viven en el gran día antitípico de la expiación cuando el “verdadero tabernáculo” será purificado?

“En el servicio típico, cuando el sumo sacerdote entraba en el lugar santísimo, todos los hijos de Israel debían reunirse cerca del santuario y humillar sus almas del modo más solemne ante Dios, a fin de recibir el perdón de sus pecados y no ser separados de la congregación. ¡Cuánto más esencial es que en nuestra época antitípica de la expiación comprendamos la obra

La demostración total y definitiva

de nuestro sumo sacerdote y sepamos qué deberes nos incumben!"¹

"Mientras se lleva a cabo el juicio investigador en el cielo, debe producirse una obra especial de purificación, de liberación del pecado, entre el pueblo de Dios en la tierra".²

Si durante el Día de la Expiación el Israel antiguo debía ser limpiado del pecado, entonces en el día de la verdadera expiación, el Israel moderno debe ser purificado del pecado igualmente. Por esta razón, la "obra especial de purificación, de liberación del pecado" es una parte importante de lo que Dios se propone llevar a cabo hoy en favor de su pueblo.

En capítulos previos se ha hecho evidente que Dios trata con el problema del pecado de tal modo que se resuelvan todos los interrogantes del universo observador porque los asuntos que están en juego deben ser aclarados todavía. Además del santuario, el Señor se vale de otros dos factores que contribuyen a clarificar estas cuestiones: el desarrollo del carácter de su pueblo y el juicio investigador. ¡Ambos elementos llegan a su punto culminante en el Día de la Expiación! Dios tendrá sobre la tierra a un pueblo purificado, que le dará honra y gloria a él habiéndole permitido limpiarlos de sus pecados. Simultáneamente, el Señor también es glorificado en el cielo mientras los pecados son eliminados del santuario durante el juicio. *¡El Día de la Expiación es el momento singular cuando estos dos elementos se conjugan en una culminación de gloria extraordinaria ante el universo observador!*

El Día de la Expiación en la tierra era una miniatura de lo que Dios realizará a gran escala. Un pueblo puro que lo glorificará en toda la tierra delante del universo observador. Si una sola persona puede glorifi-

DESEQUILIBRIO FATAL

car a Dios mediante el desarrollo de su carácter, ¿cuánto más lo podrá hacer toda una generación fructífera? Lo que Dios hizo en pequeña escala en favor de su antiguo pueblo de Israel, simboliza lo que se propone hacer a gran escala en favor de su pueblo moderno durante la demostración total y definitiva de su amor. Esta demostración del amor divino constituye el punto culminante del plan de salvación. Entonces en las mentes de los habitantes del universo no caído los problemas habrán quedado resueltos a tal punto que Dios podrá derramar con justicia las plagas devastadoras sobre el planeta rebelde, y sólo poco tiempo después resucitar a los salvados y trasladarlos a la presencia de los seres sin pecado.

El fundamento de todo el plan de salvación fue establecido en la cruz; su culminación se halla en la purificación del santuario celestial y del pueblo de Dios en la tierra. Lo que Cristo inició en la cruz preparó el camino para lo que se propone concluir en el juicio. El juicio y la glorificación de los redimidos no podrían acontecer sin la cruz. Si no fuera por el juicio y la resurrección de los redimidos, ¿qué propósito habría tenido la cruz? El juicio conduce a la glorificación de los santos, lo cual encierra el propósito de la expiación de Cristo. Los santos pueden presentarse delante del juicio y recibir la purificación de todos sus pecados, únicamente en virtud de lo que Jesús realizó en el Calvario. Jesucristo es “el testigo fiel, el primogénito de los muertos, y el soberano de los reyes de la tierra... [quien] nos amó, y nos lavó de nuestros pecados con su sangre” (Apocalipsis 1:5).

Los tres ángeles de Apocalipsis 14 relacionan el juicio con un pueblo puro. El mensaje del primer ángel reza:

La demostración total y definitiva

Vi volar por en medio del cielo a otro ángel, que tenía el evangelio eterno para predicarlo a los moradores de la tierra, a toda nación, tribu, lengua y pueblo, diciendo a gran voz: temed a Dios y dadle gloria, porque la hora de su juicio ha llegado; y adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas (vers. 6, 7).

Tal como aquí se la presenta, esta última amonestación al mundo comienza con el evangelio eterno de Cristo. Así, la cruz y todo lo que Jesús hizo en ella en favor de la humanidad, se proyecta como el fundamento de los tres mensajes angélicos. El juicio, la amonestación, el llamamiento a la adoración de Dios, y todo lo que de allí se desprende como parte del evangelio eterno, descansa sobre la sangre derramada del Hijo de Dios.

Nos hizo aceptos en el Amado, en quien tenemos redención por su sangre, el perdón de pecados según las riquezas de su gracia, que hizo sobreabundar para con nosotros en toda sabiduría e inteligencia, dándonos a conocer el misterio de su voluntad, según su beneplácito, el cual se había propuesto en sí mismo, de reunir todas las cosas en Cristo, en la dispensación del cumplimiento de los tiempos, así los que están en el cielo, como las que están en la tierra (Efesios 1:7-10).

Como lo mencionamos en un capítulo anterior, este evangelio eterno incluye la exclamación de “la hora de su juicio ha llegado”. El juicio forma parte del evangelio. En tanto que la cruz y lo que Cristo hizo en ella por nosotros constituyen *el comienzo* del “evangelio eterno”, el juicio y lo que Jesús lleva a cabo allí en nuestro favor, lo completan. Un estudio balanceado del servicio del santuario revela cómo la cruz (el altar de la ofrenda encendida) y el juicio (el Día de la Expiación en el lugar santísimo) son sólo dos aspectos diferentes

del mismo procedimiento expiatorio. *El primer ángel no hace más que describir la manifestación real de lo que el servicio del santuario terrenal había estado prefigurando durante mil quinientos años.*

Además, combinada con el mensaje del juicio proclamado por el primer ángel está la amonestación de “temed a Dios y dadle gloria”. Le damos gloria a Dios cuando le permitimos que nos santifique. La victoria sobre el pecado, la fructificación, el ser obedientes y, lo que es más importante aún, reflejar el carácter de Jesús, todo esto trae honra y gloria a Dios. Este concepto constituye un elemento esencial de los mensajes de los tres ángeles; aparte de él uno es incapaz de comprender la verdad presente.

La advertencia de dar gloria a Dios es esencialmente un llamamiento a la obediencia, que en este pasaje viene conectada con un énfasis especial en Dios como Creador. “Adorad a Aquel que hizo el cielo y la tierra, el mar y las fuentes de las aguas”. Esta conexión no es una mera coincidencia; el poder creador de Dios, mediante la renovación que produce en nosotros, nos concede la clase de carácter que es capaz de glorificarlo.

“Y renovaos en el espíritu de vuestra mente, y vestíos del nuevo hombre, creado según Dios en la justicia y santidad de la verdad” (Efesios 4:23, 24).

“Porque en Cristo Jesús ni la circuncisión vale nada, ni la incircuncisión, sino una nueva creación” (Gálatas 6:15).

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es; las cosas viejas pasaron; he aquí todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

Únicamente mediante el poder creador de Dios obrando en nuestros corazones podemos transformar-

nos en nuevas criaturas, recreadas a su imagen. Salmo 51:10 generalmente se traduce: “Crea en mí, oh Dios, un corazón limpio”. Una traducción más literal sería: “Un corazón limpio crea *para* mí, oh Dios”. El proceso de la santificación es una obra que Dios lleva a cabo *para* nosotros. En primera instancia él nos creó, pero a causa del daño producido por el pecado, actualmente se encuentra en el proceso de recrearnos.

Además, en el Salmo 51 David le suplica a Dios que lo lave de su iniquidad, que lo purifique de sus pecados y que “borre” sus transgresiones (la acción de borrar los pecados ocurre durante el juicio investigador), “para que seas reconocido justo en tu palabra, y tenido por puro en tu juicio” (vers. 4). ¡Aquí se ve a Dios siendo vindicado por la purificación y el juicio de su pueblo!

Mediante el poder creador de Dios somos renovados a su imagen, y llegamos a ser una fuente de gloria para él al permitir que su poder obre en nosotros. No es de maravillarse, entonces, que las palabras del tercer ángel se concentren en la obediencia. Después de la advertencia acerca del juicio, el llamamiento a glorificar a Dios, y la proclamación de adorar al Creador, el tercer ángel pregona: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús” (Apocalipsis 14:12).

Las personas aludidas en Apocalipsis 14:12 guardan los mandamientos (plural) de Dios, no únicamente el cuarto. El contexto las coloca durante el tiempo de la marca de la bestia, cuando el mundo esté hundido en profunda apostasía. Sin embargo, a pesar de toda la desobediencia que los rodea, estos “santos” no reciben la marca de la bestia. No se han dejado vencer por el mal prevaleciente ni por la desobediencia que inunda

DESEQUILIBRIO FATAL

al mundo. El Señor mantendrá una iglesia fiel aunque el mundo entero se ponga en contra de ella. Esta clase de obediencia lo glorificará durante la demostración total y definitiva de su amor. Apocalipsis 14:12 no admite dudas acerca de ello.

El juicio que se pone de relieve en el versículo 6 glorifica a Dios, porque cuando concluye, los seres celestiales exclaman: “Tus juicios son verdaderos y justos” (Apocalipsis 16:7). Mientras tanto, los pobladores de la tierra son llamados a glorificar a Dios. Esta glorificación puede hacerse efectiva únicamente mediante su poder creador que obra en ellos, un poder que se obtiene mediante la “fe en Jesús” que los capacita para “guardar los mandamientos de Dios” y así darle gloria a él. Todos estos elementos llegan a su punto culminante inmediatamente antes de la segunda venida de Jesús. Por lo tanto, Apocalipsis 14 es la cúspide del evangelio, como lo enseñaron durante siglos las sombras y los tipos implicados en el servicio del santuario.

En el contexto de la última generación que vive durante el cierre del gran día antitípico de expiación —un pueblo con la misión especial de “[perfeccionar] la santidad en el temor de Dios” (2 Corintios 7:1)—, la siguiente declaración de Elena de White es muy pertinente:

No debe realizarse más una expiación simbólica, diaria y anual. Pero el sacrificio expiatorio efectuado por un Mediador es esencial debido a que se cometen pecados continuamente. Jesús está oficiando en la presencia de Dios, ofreciendo su sangre derramada como si hubiera sido la de un cordero sacrificado. Jesús presenta la oblación ofrecida por cada ofensa y cada falta del pecador.³

¿Quiénes son los que “cometen pecados continua-

mente” y hacen que el “sacrificio expiatorio efectuado por un Mediador... [sea] esencial”? Sólo las personas cuyos pecados han sido traídos al santuario. Sólo aquellos que profesan servir al Dios viviente. Sólo las personas cuyos nombres están escritos en el cielo. Únicamente los pecados del pueblo que profesa servir a Dios requieren la mediación de Cristo en el santuario celestial, ¡porque allí se tiene que ver únicamente con esos pecados!

Jesús continúa ministrando los méritos de su muerte. Tuvo que morir sólo una vez, pero todavía tiene que ministrar por causa de los pecados de aquellos que se han sujeto a su sacrificio y a la mediación en favor de ellos. Nosotros seguimos pecando; por lo tanto, Jesús continúa llevando a cabo su obra mediadora, del mismo modo como los pecadores de Israel necesitaban constantemente la mediación sacerdotal en favor suyo. Nosotros también ya tenemos nuestro sacrificio, concluido, completo, irreversible, pero continuamos necesitando de un Mediador que aplique la sangre en favor nuestro. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Hebreos 7:25).

A veces nos preguntamos por qué Jesús no ha regresado aún.

Si volviera en este momento, ¿qué le sucedería a su pueblo? ¿Quién realizaría la obra de mediación en favor de ellos? Si todavía está en el cielo es para “interceder” por nosotros ya que todavía seguimos pecando. Mientras pequemos tendremos necesidad de un Mediador. Pero no está lejos el día cuando, sea que estemos listos o no, él regresará “sin pecado”. Nuestros pecados han retrasado su regreso, pero se acerca el día

DESEQUILIBRIO FATAL

cuando volverá, a pesar de todo.

De acuerdo con el libro de Hebreos, Jesús “aparecerá por segunda vez, sin relación con el pecado, para salvar a los que le esperan” (Hebreos 9:28). Ya habrá dejado de ser el portador de nuestros pecados, como sacrificio y como sacerdote. Hay un versículo bíblico que habrá dejado de ser relevante en aquel día: “Si alguno hubiere pecado, abogado tenemos para con el Padre, a Jesucristo el justo” (1 Juan 2:1). Obviamente, cuando Jesús regrese, cuando su ministerio sumosacerdotal haya concluido, ya habrá dejado de ser nuestro Abogado en el santuario celestial.

Elena de White escribe:

El profeta dice: “¿Pero quién es capaz de soportar el día de su advenimiento? ¿y quién podrá estar en pie cuando él apareciere? porque será como el fuego del acrisolador, y como el jabón de los bataneros; pues que se sentará como acrisolador y purificador de la plata; y purificará a los hijos de Levi, y los afinará como el oro y la plata, para que presenten a Jehová ofrenda en justicia” (Malaquías 3:2, 3, VM). Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin mediador”.⁴

Tarde o temprano, Jesús habrá concluido su papel de Mediador. Tarde o temprano, el pueblo de Dios no tendrá más un Sumo Sacerdote que interceda por ellos delante del Padre. Tarde o temprano, tendremos que “estar en pie en la presencia del Dios santo sin Mediador”. ¿Qué implicaciones tiene la cesación del ministerio intercesor de Cristo para los que lo necesiten?

Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin Mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácu-

La demostración total y definitiva

la; sus caracteres purificados de todo pecado por la sangre de la aspersión. Por la gracia de Dios y sus propios diligentes esfuerzos deberán ser vencedores en la lucha con el mal.⁵

¿Qué pasó con la cruz? ¿Qué fue del altar de la ofrenda encendida que precedía a la mediación sacerdotal en el tabernáculo terrenal? ¿Qué acerca del perdón, la seguridad, la aceptación? ¿Cómo hacemos que armonicen estas palabras de Elena de White con las del apóstol Pablo: “Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo”? (Romanos 5:1). ¿O con estas otras: “concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28)?

Todas estas preguntas pueden resumirse en una sola, que constituye el punto álgido de lo que aflige a los adventistas actualmente: ¿Cómo hacemos concordar las declaraciones de Elena de White referentes a la perfección del carácter de la última generación con lo que Jesús hizo en la cruz? Es fácil.

Capítulo 15

Fe versus obras

En los últimos años la Iglesia Adventista del Séptimo Día ha sido azotada “por todo viento de doctrina” (Efesios 4:4). Como resultado, muchos miembros han sido arrebatados por la tormenta, mientras otros permanecen, pero son sacudidos por cada nueva brisa que sopla. A medida que se gestan nuevas tormentas, los adventistas no necesitan de un meteorólogo que les anuncie de qué lado sopla el viento.

Numerosas disputas doctrinales han barrido o están inundando a la denominación. Desde 1844 en adelante los ataques contra el juicio investigador se han suscitado con relativa frecuencia. Diversos cuestionamientos acerca de Elena de White, su inspiración, y su papel teológico siguen embistiendo al adventismo.

Debates incesantes acerca del Congreso de la Asociación General de 1888, en Mineápolis, y sus implicaciones para la iglesia actual, continúan. Nuestras filas se ven asediadas por la controversia acerca de si la naturaleza de Cristo era semejante a la del hombre antes de la caída, o como después de la caída de Adán. Los adventistas todavía luchan con la realidad del santuario celestial. La iglesia se ha visto amargamente dividida por las discusiones acerca de la justificación por la fe. Las teorías especulativas acerca de lo que sucedió y de lo que no sucedió en la cruz todavía despeinan a la iglesia.

Todos estos temas son relevantes (aunque algunos tienen mayor trascendencia que otros), sin embargo ninguno de ellos tiene relación con el problema principal. Todos son importantes, pero la mayoría no son sino manifestaciones superficiales del asunto crucial. Estos conflictos, particularmente los que se refieren a la justificación por la fe, el papel de Elena de White, la naturaleza de Cristo, y aun lo que sucedió en 1844, pueden rastrearse hasta una sencilla pregunta: ¿Cómo relacionamos la cruz con las declaraciones del espíritu de profecía que se refieren a la perfección del carácter de la última generación? Esta pregunta es el fondo mismo de los debates teológicos que aquejan a la Iglesia Adventista en la actualidad. La forma en que confrontemos esta cuestión del desarrollo del carácter ante la realidad de la cruz afectará casi todos los demás aspectos de nuestra teología.

Con relación a la justificación por la fe, algunos han aceptado puntos de vista que anulan las declaraciones de Elena de White acerca de la perfección. Otros han aceptado puntos de vista relativos a las citas referentes a la perfección, que anulan el concepto bíblico de

justificación por la fe. Ambas son posiciones extremas. Una no tiene que cancelar a la otra. Cuando se las comprende adecuadamente, estas dos posturas se apoyan mutuamente.

Los que se dedican a acumular pasajes del espíritu de profecía relativos a la perfección del carácter, con el fin de demostrar que su posición es correcta, no hacen más que exacerbar la controversia. Además de las declaraciones de *El conflicto de los siglos* que citamos en capítulos anteriores, hay comentarios como los que siguen: "Cristo espera con un deseo anhelante la manifestación de sí mismo en su iglesia. Cuando el carácter de Cristo sea perfectamente reproducido en su pueblo, entonces vendrá él para reclamarlos como suyos".¹

"¿Estamos luchando con todas nuestras fuerzas con el fin de alcanzar la estatura de hombres y mujeres en Cristo? ¿Estamos tratando de obtener su plenitud, esforzándonos constantemente por llegar a la meta puesta delante de nosotros: la perfección de su carácter? Cuando el pueblo del Señor alcance esa meta, serán sellados en sus frentes".²

"Satanás no pudo encontrar nada en el Hijo de Dios que le permitiera ganar la victoria. Cristo guardó los mandamientos de su Padre y no hubo en él ningún pecado de que Satanás pudiese sacar ventaja. Esta es la condición en que deben encontrarse los que han de poder subsistir en el tiempo de angustia".³

"También vi que muchos ignoran lo que deben ser a fin de vivir a la vista del Señor durante el tiempo de angustia, cuando no haya sumo sacerdote en el santuario. Los que reciban el sello del Dios vivo y sean protegidos en el tiempo de angustia deben reflejar plenamente la imagen de Jesús".⁴

Desafortunadamente, las personas cuya religión está cimentada únicamente sobre declaraciones similares a ésta, a menudo pasan por alto otras citas de Elena de White, como las que siguen:

“No debemos inquietarnos por lo que Cristo y Dios piensan de nosotros, sino que debe interesarnos lo que Dios piensa de Cristo, nuestro Sustituto. Somos aceptos en el Amado”.⁵

“Mirad a Moisés y a los profetas; mirad a Daniel, a José y a Elías. Mirad a estos hombres, y halladme una sola frase donde ellos hayan pretendido alguna vez ser impecables. Precisamente el alma que se halla en estrecha relación con Cristo, contemplando su pureza y excelencia, caerá avergonzada delante de él”.⁶

“La ley demanda justicia, y ante la ley, el pecador debe ser justo. Pero es incapaz de serlo. La única forma en que puede obtener la justicia es mediante la fe. Por fe puede presentar a Dios los méritos de Cristo, y el Señor coloca la obediencia de su Hijo en la cuenta del pecador. La justicia de Cristo es aceptada en lugar del fracaso del hombre, y Dios recibe, perdona y justifica al alma creyente y arrepentida, la trata como si fuera justa, y la ama como ama a su Hijo. De esta manera, la fe es imputada a justicia”.⁷

“Pero aunque debemos comprender nuestra condición pecaminosa, debemos fiar en Cristo como nuestra justicia, nuestra santificación y redención. No podemos contestar las acusaciones de Satanás contra nosotros. Cristo solo puede presentar una intercesión eficaz en nuestro favor. El puede hacer callar al acusador con argumentos que no están basados en nuestros méritos, sino en los suyos”.⁸

Esta tensión entre la fe y las obras existe, no únicamente en los escritos de Elena de White, sino en la

DESEQUILIBRIO FATAL

Escritura. Génesis registra que “Caín trajo del fruto de la tierra una ofrenda a Jehová” (Génesis 4:3). Se trataba de una ofrenda de obras que Dios rechazó. En cambio Abel ofreció a Dios “de los primogénitos de sus ovejas” (vers. 4): una ofrenda hecha por fe, que fue aceptada por Dios. No obstante, más adelante Dios declaró: “Misericordia quiero y no sacrificio, y conocimiento de Dios más que holocaustos” (Oseas 6:6).

Pablo dijo: “Porque si Abraham fue justificado por las obras, tiene de qué gloriarse, pero no para con Dios” (Romanos 4:2). Sin embargo Santiago pregunta: “¿No fue justificado por las obras Abraham nuestro padre, cuando ofreció a su hijo Isaac sobre el altar?” (Santiago 2:21). Nuevamente Pablo escribe: “Concluimos, pues, que el hombre es justificado por la fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28). Sin embargo Juan, en el libro de Apocalipsis, declara: “Bienaventurados los que lavan sus ropas, para tener derecho al árbol de la vida, y para entrar por las puertas de la ciudad” (Apocalipsis 22:14).

El mismo Jesús le dijo a la mujer sorprendida en adulterio: “Ni yo te condeno; vete, y no peques más” (Juan 8:11); no obstante, en otra ocasión Jesús dijo: “Si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; pues mejor te es que se pierda uno de tus miembros, y no que todo tu cuerpo sea echado al infierno” (Mateo 5:29).

Estas declaraciones, sea que provengan del espíritu de profecía o de la Biblia, no se contradicen unas a otras. Al contrario, nuestra pregunta debiera ser: ¿cómo las balanceamos? Como lo veremos en el próximo capítulo, el lugar donde se revela ese equilibrio verdadero es el santuario.

Capítulo 16

El examen de tu nombre

La primera lección que el servicio del santuario nos enseña acerca del equilibrio de nuestras creencias tiene que ver con el sacrificio del animal, símbolo de Jesús en la cruz. Sobre este fundamento descansa todo el plan de salvación. El servicio del santuario se puede entender únicamente en el contexto de la cruz, especialmente lo relativo al juicio investigador. Separados de la cruz, el servicio del santuario y el juicio investigador se transforman en conceptos legalistas y contrarios al evangelio.

¿Qué significa la cruz para aquellos cuyos nombres aparecerán en el juicio? ¿Qué ha hecho la cruz por las personas que tendrán que vivir sin Mediador? La corrección o la equivocación de sus respuestas puede

DESEQUILIBRIO FATAL

significar la diferencia entre la vida eterna o la destrucción perpetua.

Cuando en el Israel antiguo un pecador traía su sacrificio al santuario, lo hacía porque había cometido un pecado. Pecaba porque era pecador. Era pecador porque así había nacido: separado y ajeno de Dios. Lo mismo sucede con nosotros. Acudimos a Jesús porque hemos pecado, y pecamos debido a que somos pecadores.

Originalmente el hombre no era un pecador separado y enemistado. “Y creó Dios al hombre a su imagen, a imagen de Dios lo creó; varón y hembra los creó” (Génesis 1:27). En el principio Dios creó al hombre a su propia semejanza moral. Adán no era pecador por naturaleza, ni tampoco experimentaba una separación innata de Dios, como sucede actualmente con nosotros. La enemistad comenzó únicamente después que Adán y Eva pecaron: “Y oyeron la voz de Jehová Dios que se paseaba en el huerto, al aire del día; y el hombre y su mujer se escondieron de la presencia de Jehová Dios entre los árboles del huerto” (Génesis 3:8).

En lugar de ser hechos a la imagen de Dios, después del pecado de Adán sus descendientes heredaron la imagen de su padre, que ahora era un pecador. “Y vivió Adán 130 años, y engendró un hijo a su semejanza, conforme a su imagen” (Génesis 5:3). A causa de su pecado, todos nosotros heredamos la corrupción de Adán mientras estábamos profundamente contenidos en el patrón genético de sus lomos. Tal como un drogadicto engendra a un hijo con malformaciones congénitas, nosotros somos hijos deformados de nuestro padre, malditos con defectos espirituales de nacimiento que nos han separado de nuestro Hacedor. “A vosotros también, que erais en otro tiempo extraños y enemigos

en vuestra mente, haciendo malas obras, ahora os ha reconciliado en su cuerpo de carne, por medio de la muerte, para presentaros santos y sin mancha e irreprehensibles delante de él” (Colosenses 1:21, 22).

La psicología moderna rechaza el concepto de la naturaleza perversa inherente del ser humano, aduciendo que nos abruma con un sentido destructivo de vergüenza y culpabilidad. Esta ciencia enseña que el hombre es naturalmente bueno, que la naturaleza humana es básicamente moral. Es muy cierto que a través de la historia se han registrado muchos actos abnegados de moralidad y bondad, pero generalmente se manifiestan en medio de un gran fondo de maldad prevaleciente. Mientras millones de hombres, mujeres y niños eran asfixiados, fusilados y quemados a manos de los nazis en Europa, las contadas almas que arriesgaron sus vidas tratando de salvarlos no eliminan la regla. Al contrario, son las excepciones que la establecen. En el contexto de las páginas salvajes de la historia humana, decir que “todos pecaron, y están destituidos de la gloria de Dios” (Romanos 3:23) es subestimar la realidad.

No obstante, Colosenses 1:21, 22 se refiere a Jesús, quien nos ha “reconciliado” con Dios “por su cuerpo de carne”. Jesús murió con el fin de salvarnos de la destrucción y la miseria causadas por el pecado. ¿Cómo?

En un sentido teológico, la Biblia enseña que han existido únicamente dos hombres: Adán y Jesús. En nuestra condición de hijos naturales de Adán, hemos sido condenados legalmente a causa de su pecado. No somos culpables del pecado específico de Adán, pero hemos sufrido los resultados del mismo. Somos pecadores por naturaleza, en virtud de la herencia que nos ha transmitido nuestro padre Adán.

DESEQUILIBRIO FATAL

Un individuo roba el banco, luego huye. Como fugitivo, engendra hijos. Imitando a su padre, durante años estos niños llevan una vida clandestina, ocultándose, mintiendo, robando, cometiendo toda suerte de delitos. Han sufrido los resultados de la transgresión inicial del padre, en la vida corrupta que han llevado a causa de ella. Con el tiempo, la policía captura a toda la familia. Los niños son enviados a un reformatorio, no por el robo bancario de su padre, sino por los crímenes que perpetraron como resultado de las fechorías de su padre.

Esta situación es análoga a nuestra condición. Adán huyó de Dios por causa de su propia transgresión. Como sus descendientes naturales, nosotros también hemos andado huyendo desde entonces, con seis mil años de miseria como consecuencia. No somos más culpables del pecado de Adán que los hijos del ladrón de bancos eran por culpa suya. Pero como ocurrió con aquellos niños, nosotros también fuimos corrompidos por el pecado de nuestro padre. “Como el pecado entró en el mundo por un hombre [Adán], y por el pecado la muerte, así la muerte pasó a todos los hombres, por cuanto todos pecaron” (Romanos 5:12). Adán trajo el pecado, y el pecado acarreó la muerte. Puesto que todos pecan, todos mueren.

Sin embargo, supongamos que alguien ofrece adoptar legalmente a los hijos del ladrón de bancos y separarlos de su vida delictiva. En un sentido muy débil esto es precisamente lo que Dios ha hecho por nosotros por medio de Jesucristo. Jesús vino al mundo como el nuevo Padre de la raza, el nuevo jefe legal de la humanidad, que ha adoptado en Adán a todos los hijos que estén dispuestos a recibirlo. “Pero cuando vino el cumplimiento del tiempo, Dios envió a su Hijo, nacido

de mujer y nacido bajo la ley, para que redimiese a los que estaban bajo la ley, a fin de que recibiésemos la adopción de hijos. Y por cuanto sois hijos, Dios envió a vuestros corazones el Espíritu de su Hijo, el cual clama: ¡Abba, Padre!” (Gálatas 4:4-6).¹

Tal como sucedió con los hijos del ladrón de bancos, nosotros también nacimos en una familia corrupta y condenada, enemistada con Dios y alejada de él. Como herencia de Adán recibimos una naturaleza pecaminosa. Jesús desea adoptarnos e incorporarnos a su propia familia. “Por esta causa doblo mis rodillas ante el Padre de nuestro Señor Jesucristo, de quien toma nombre toda familia en los cielos y en la tierra” (Efesios 3:14, 15).

Pablo escribió:

Así que, como por la transgresión de uno [Adán] vino la condenación a todos los hombres, de la misma manera por la justicia de uno [Jesús] vino a todos los hombres la justificación de vida. Porque así como por la desobediencia de un hombre los muchos fueron constituidos pecadores, así también por la obediencia de uno, los muchos serán constituidos justos (Romanos 5:18, 19).

No obstante, la adopción en un sentido terrenal, no explica completamente lo que Cristo ha logrado en nuestro favor. Si uno de los hijos del ladrón de bancos comete un asesinato, salvarlo demandará más que una adopción. Jesús hizo más que adoptarnos meramente. También nos justificó (véase Romanos 5:1).

La justificación entraña una declaración legal de perdón. Es el regalo de un carácter perfectamente justo, impecable y santo que se nos acredita a pesar de que nunca seamos capaces de obtenerlo por nuestra propia cuenta. Lo podemos reflejar, y aun reflejarlo “perfectamente”, pero jamás lo podremos igualar.

DESEQUILIBRIO FATAL

Nuestro Señor y Salvador hizo a un lado sus dominios, sus riquezas y gloria, y vino en busca de nosotros, para salvarnos de la miseria y hacernos semejantes a él. Se humilló a sí mismo y tomó nuestra naturaleza con el fin de capacitarnos para aprender de él, y al imitar su vida de benevolencia y abnegación, lo pudiéramos seguir paso a paso hasta el cielo. No podemos igualar el ejemplo; pero podemos asemejarnos a él, y hacer como él, de acuerdo con nuestras habilidades.²

Sin embargo, nuestro dilema persiste, puesto que Dios no acepta sino una justicia perfecta. Un reflejo perfecto o una semejanza no son suficientes. Como consecuencia del pecado de Adán y la corrupción que produjo en la humanidad, ninguno de nosotros ha sido capaz de formar un carácter perfecto. Si quedáramos librados a nuestra suerte, pereceríamos sin esperanza y sin Dios, muertos en nuestros delitos y pecados. Sin embargo, precisamente porque somos tan desvalidos, tan completamente incapaces de salvarnos por nuestra propia cuenta, Jesús vino, experimentó esa justicia perfecta en su propia vida, y ahora nos la ofrece como un don gratuito.

Piense en una escuela que tuviera únicamente dos calificaciones para cada materia: aprobado y fracasado. Para aprobar, el alumno necesita un promedio de 100 por ciento. Un estudiante con 95 por ciento obtiene la misma calificación de fracaso que uno con 20 por ciento. El alumno debe tener una marca perfecta en cada papelito, ejercicio de clase y examen, de lo contrario, fracasa. Si comete una equivocación, si responde mal una sola pregunta, fracasa.

Lo mismo sucede con la redención. No importa quiénes seamos, cuán saludables sean nuestros genes, cuán intachable nuestra educación, todos hemos peca-

do y por lo tanto jamás lograremos por nosotros mismos la calificación de la justicia perfecta de 100 por ciento que se necesita para obtener la redención. Aunque pudiéramos *llegar a ser* perfectos, sin pecar nunca más, a causa de nuestros pecados pasados seríamos incapaces de producir la justicia que la salvación requiere. No importa cuánto nos empeñemos, con cuánta insistencia oremos, cuán convertidos y santificados lleguemos a estar, a menos que *se nos acredite* una justicia perfecta, procedente de una fuente externa, somos almas perdidas. Por lo tanto, todas nuestras justicias y buenas obras, aun las que hayamos realizado bajo la inspiración del Espíritu Santo, no pueden salvarnos más efectivamente de lo que todo el jabón, escobillado y manicuras del mundo pueden hacer “kosher” (limpio) a un cerdo.

Pero Jesús, gracias a la perfección de su vida, posee la marca del 100 por ciento: aquella justicia perfecta. El es la nueva Cabeza de la humanidad para que *en él* hagamos nuestra su vida perfecta. Es como si en aquella escuela el maestro dijera: “confíen en mí, y cuando llegue el día de asentar las calificaciones, sin importar cuáles hayan sido, las borraré todas, y ustedes podrán tener un 100 por ciento en lugar de sus grados deficientes”. La justicia que Jesucristo obtuvo para nosotros independientemente de nosotros, ahora nos la ofrece en lugar de nuestras propias vestiduras contaminadas. “Mira que he quitado de ti tu pecado —dice Jesús—, y te he hecho vestir de ropas de gala” (Zacarías 3:4).

Esta es la esencia del evangelio, las buenas nuevas. No importa quiénes seamos ni lo que hayamos hecho, Jesucristo es capaz de perdonarlo todo de modo que podamos presentarnos ante la presencia de Dios tan

DESEQUILIBRIO FATAL

perfectos y aceptados por el Padre como él mismo, como resultado de acreditarnos gratuitamente — a pesar de no merecerla en absoluto— su justicia perfecta. Entonces ya no somos pecadores dignos de muerte, sino verdaderos hijos e hijas de Dios, como Adán antes de la caída. No tenemos que ganar ese estatus; no tenemos que alcanzar cierta norma para lograrlo; no necesitamos llegar a cierto nivel para que nos sea concedido. No tenemos que levantar nuestra calificación a un 70 por ciento o un 90 por ciento antes que se nos conceda el manto de justicia, que luego compensa la diferencia. Al contrario, como manto tejido en los telares del cielo, la justicia de Cristo nos cubrirá completamente, sin importar nuestros logros. El alma convertida recibe inmediatamente el 100 por ciento sin tomar en cuenta su puntaje término medio. Y es suyo para siempre, aunque no incondicionalmente, como veremos en el capítulo siguiente.

La gran obra que ha de efectuarse en favor del pecador manchado y contaminado por el mal es la obra de la justificación. Este es declarado justo mediante Aquel que habla verdad. El Señor imputa al creyente la justicia de Cristo y lo declara justo delante del universo. Transfiere sus pecados a Jesús, el representante del pecador, su sustituto y garantía. Coloca sobre Cristo la iniquidad de toda alma que cree. “Al que no conoció pecado, por nosotros lo hizo pecado, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en él” (2 Corintios 5:21).³

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28).

¡Las buenas nuevas se vuelven mejores aún! Este marco de la justicia perfecta de Cristo (*llamada justificación forense por los teólogos*) nos cubre durante el juicio investigador cuando llega el momento del exa-

men de nuestros nombres. ¡Este es el propósito más importante de la justificación! ¿De qué nos serviría la justificación si al llegar el juicio, el momento cuando más la necesitamos, ya no fuera válida?

Algunos creen que inicialmente somos justificados por la justicia de Cristo, pero que en el juicio —en vista de que seremos juzgados por nuestras obras— recibiremos nuestra justificación definitiva mediante la adquisición de un carácter perfecto por medio de la gracia. Siguiendo con la ilustración de la escuela, esto sería como si la calificación de 100 por ciento que se nos había acreditado fuera borrada el día de sacar los promedios, y se pretendiese que el alumno respondiera únicamente con sus propios trabajos. (Aunque los exámenes de las últimas semanas hubieran estado obtenido calificaciones de 100 por ciento, ¡de todos modos fracasaría por causa de las malas notas del pasado!) En la epístola a los Gálatas Pablo nos amonesta contra este tipo de razonamiento: “No desecho la gracia de Dios; pues si por la ley fuese la justicia, entonces por demás murió Cristo” (Gálatas 2:21). Luego agrega: “¿Tan necios sois? ¿Habiendo comenzado por el Espíritu, ahora vais a acabar por la carne?” (Gálatas 3:3). También nos advierte: “De Cristo os desligasteis, los que por la ley os justificáis; de la gracia habéis caído. Pues nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia” (Gálatas 5:4, 5).

El santuario enseña la verdad de la justicia solamente en Cristo. Cada animal inmolado en la economía judaica simbolizaba la muerte de Jesús, cuya justicia era lo único que podía traer salvación a la humanidad. “Porque la sangre de los toros y de los machos cabríos no puede quitar los pecados” (Hebreos

DESEQUILIBRIO FATAL

10:4). Aquellos sacrificios señalaban hacia Jesús crucificado, como la única fuente de redención.

En Israel se ofrecía un sacrificio especial cada mañana y tarde, una ofrenda encendida que simbolizaba la continua disponibilidad de la justicia de Cristo en favor del pecador. Se la llamaba la “ofrenda encendida a Jehová” diaria, o regular. “Esto es lo que ofrecerás sobre el altar: dos corderos de un año cada día, continuamente. Ofrecerás uno de los corderos por la mañana, y el otro cordero ofrecerás a la caída de la tarde... ofrenda encendida a Jehová. Esto será el holocausto continuo por vuestras generaciones, a la puerta del tabernáculo de reunión, delante de Jehová” (Exodo 29:38-42).

Esta ofrenda encendida continua aseguraba al israelita penitente la disponibilidad constante del perdón. Si estaba enfermo o lejos de Jerusalén, o por alguna otra razón no podía llegar al santuario, aún así podía alcanzar por medio de la fe la promesa simbolizada por el continuo sacrificio, que ardía sobre el altar las 24 horas diarias, cada día, y durante todo el año, aun en el Día de la Expiación.

Este punto es crucial. Durante la solemne ceremonia de Yom Kippur, el sacrificio diario de la mañana y de la tarde continuaba ardiendo. Mientras el servicio se llevaba a cabo, esta ofrenda encendida, simbólica de la muerte de Cristo en nuestro favor, seguía ardiendo sobre el altar (véase Números 29:7-11).

Durante todas las horas del Día de la Expiación, los méritos de la justicia de Cristo, simbolizados por “el holocausto continuo”, cubrían al pecador, aun mientras el sacerdote se ocupaba de sacar todos los pecados del lugar santísimo para que la gente recibiera la promesa

de que “seréis limpios de todos vuestros pecados delante de Jehová” (Levítico 16:30).

Entonces, ¿qué sucede con nosotros en el Día de la Expiación? ¿Qué procedimiento se sigue durante el juicio investigador? Balanceando la perspectiva del sacrificio del animal con el servicio del segundo departamento, ¿qué sucede con los que están inscritos en el libro de la vida cuando sus nombres son llamados a juicio? “A medida que los libros de memorias se van abriendo en el juicio —escribe Elena de White—, las vidas de todos los que hayan creído en Jesús pasan ante Dios para ser examinadas por él”.⁴ Durante este juicio se revisan los nombres únicamente de las personas que han creído en Jesús, lo mismo que durante el ritual del día de la expiación eran borrados únicamente los pecados que se habían introducido al santuario: los pecados del creyente penitente.⁵

El tercer capítulo de Zacarías describe la obra que Cristo lleva a cabo en el santuario celestial, en la persona del sumo sacerdote Josué, “el cual estaba delante del ángel de Jehová, y Satanás estaba a su mano derecha para acusarle” (Zacarías 3:1). La visión muestra a Josué “vestido de vestiduras viles” (vers. 3), representando la condición espiritual del verdadero pueblo de Dios, en tanto que Satanás lo acusa delante del ángel del Señor.

Elena de White indica que Josué “no puede defenderse a sí mismo ni a su pueblo de las acusaciones de Satanás. No sostiene que Israel esté libre de culpas. En sus andrajos sucios, que simbolizan los pecados del pueblo que él lleva como su representante, está delante del ángel, confesando su culpa, señalando, sin embargo, su arrepentimiento y humillación, fiando en la misericordia de un Redentor que perdona el pecado; y

DESEQUILIBRIO FATAL

con fe se aferra a las promesas de Dios".⁶

Entonces el ángel del Señor, "que es Cristo mismo, el Salvador de los pecadores, hace callar al acusador de su pueblo, declarando: `Jehová te reprenda, oh Satán; Jehová, que ha escogido a Jerusalén, te reprenda. ¿No es éste un tizón arrebatado del incendio?' (Zacarías 3:2)".⁷

En ese momento, rechazando las acusaciones de Satanás, el Señor le dice a Josué: "Mira que he quitado de ti tu pecado, y te he hecho vestir de ropas de gala" (vers. 4). Luego "pusieron una mitra limpia sobre su cabeza, y le vistieron las ropas" (vers. 5).

Elena de White continúa: "Sus propios pecados y los de su pueblo fueron perdonados. Israel había de ser revestido con `ropas de gala': la justicia de Cristo que le era imputada".⁸

Del mismo modo como acusó a Josué, Satanás acusa a todos los seguidores de Cristo en todo tiempo.⁹

El hombre no puede por sí mismo hacer frente a estas acusaciones. Con sus ropas manchadas de pecado confiesa su culpabilidad delante de Dios. Pero Jesús, nuestro Abogado, presenta una súplica eficaz en favor de todos los que mediante el arrepentimiento y la fe le han confiado la guarda de sus almas. Intercede por su causa y vence a su acusador con los poderosos argumentos del Calvario. Su perfecta obediencia a la ley de Dios, aun hasta la muerte de cruz, le ha dado toda potestad en el cielo y en la tierra, y él solicita a su Padre misericordia y reconciliación para el hombre culpable.¹⁰

Las buenas nuevas consisten en aceptar que lo que Cristo realizó aquí en favor de Josué ¡es la misma obra que lleva a cabo en favor de sus seguidores fieles durante el juicio investigador! Cuando nuestros nombres son examinados él presenta *su* justicia, *su* digni-

dad, su perfecta calificación de 100 por ciento en nuestro lugar.

A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo; como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna.¹¹

Mientras Jesús intercede por los súbditos de su gracia, Satanás los acusa ante Dios como transgresores... el gran seductor señala la historia de sus vidas, los defectos de carácter, la falta de semejanza con Cristo, lo que deshonró a su Redentor, todos los pecados que les indujo a cometer, y a causa de éstos los reclama como sus súbditos.

Jesús no disculpa sus pecados, pero muestra su arrepentimiento y su fe y, reclamando el perdón para ellos, levanta sus manos heridas ante el Padre y los santos ángeles, diciendo: los conozco por sus nombres. Los he grabado en las palmas de mis manos.¹²

A pesar del marcado énfasis que Elena de White hace en la perfección del carácter de la última generación, nunca sugiere siquiera que serán nuestros caracteres los que nos justificarán en el juicio. ¡El desarrollo del carácter jamás puede justificar! La sierva del Señor apunta invariablemente hacia la obra de la cruz, la sangre de Cristo, que conduce al pecador penitente durante todo el trayecto a través del juicio investigador. Nada más sería eficaz, porque todos aparecemos condenados delante de aquellas dos tablas de piedra que se encuentran en el lugar santísimo.

¿Cómo podemos entender sus declaraciones relati-

vas a las personas que vivirán sin Mediador cuando haya concluido la obra de Cristo en el santuario celestial? ¿Son ellos pecadores? Por supuesto. ¿Han quebrantado la ley de Dios alguna vez? Por supuesto. ¿Tienen, por lo tanto, alguna justicia inherente que pueda conducirlos a través del juicio? Por supuesto que no. Lo que los salva durante el juicio, entonces, es exactamente lo que salva a todos los seguidores fieles de Cristo: la acción de Jesús de levantar sus manos delante del Padre diciendo: “Los tengo esculpidos en las palmas de mis manos”. La última generación es salvada de la misma manera como lo fueron todas las demás generaciones: mediante la justicia de Cristo que les fue imputada.

No cabe duda de que esta última generación constituirá un pueblo especial. Habrán pasado por una experiencia de santificación inigualable; serán personas que nunca morirán, porque serán trasladados: serán el pueblo que durante la culminación de la gran controversia honrará y glorificará a Dios observando todos sus mandamientos aunque el mundo entero se vuelva contra ellos. ¡Sin embargo no es esa experiencia lo que los salva! No importa cuál haya sido su experiencia en la práctica de la santidad, aun si hubieran vivido veinte años sin pecar, en su vida pasada persistirían los pecados que los condenarían durante el juicio si no fuera por la justicia perfecta de Cristo que los cubre y les ha sido acreditada.

Los que vivan en la tierra cuando cese la intercesión de Cristo en el santuario celestial deberán estar en pie en la presencia del Dios santo sin Mediador. Sus vestiduras deberán estar sin mácula; sus caracteres, purificados de todo pecado por la sangre de la aspersion.¹³

Observemos en esta cita el elemento del tiempo. Los nombres de estos individuos ya tendrán que haber sido revisados en el juicio, puesto que la obra de Cristo *ha concluido*. Ha cesado su intercesión en el santuario. Para entonces sus pecados habrán sido borrados del mismo modo como ha sucedido con los de cada generación: la presencia de Jesús delante de su Padre ofreciendo su propia justicia en favor de ellos.

Se acabó. Ya han sido sellados. Lo que los sostuvo durante el juicio no fue la perfección de su carácter, sino lo que llegaron a ser y son. Estas personas continuarán viviendo después que el juicio haya terminado y se haya cerrado la gracia. “El que es injusto, sea injusto todavía; el que es inmundo, sea inmundo todavía; y el que es justo, practique la justicia todavía; y el que es santo, santifíquese todavía” (Apocalipsis 22:11).

Estas personas vivirán literalmente durante el fin del mundo. Todo se derrumba alrededor de ellos a medida que el planeta se degenera y entra en “un tiempo de angustia cual nunca fue”. Esta última generación habrá perdido todas sus posesiones materiales. Tendrán que habérselas con hambre, privación, cansancio y persecución. Al escapar por sus vidas, esta gente —hambrienta, cansada, temerosa, confiando exclusivamente en el Señor— no estarán pensando en dormir con la esposa del vecino ni en cualquier otra cosa semejante. Su situación será desesperada. Tendrán que aferrarse tan estrechamente al Señor que no se atreverían a hacer nada que pudiera separarlos de su único refugio y fuente de fortaleza.

Algunos descartan la perfección del carácter porque les parece que nulifica al evangelio, en tanto que otros anulan el evangelio porque les parece que la perfección del carácter los salva. Ambos están equivocados. El

Señor Jesús perfeccionará los caracteres de una última generación de fieles que le verán durante la gloriosa culminación de la gran controversia y que revelarán ante el universo lo que Dios siempre ha sostenido: su ley *puede* obedecerse. No obstante, esta última generación es justificada únicamente por lo que Jesucristo ha hecho por ellos, aparte de ellos, hace dos mil años en el Calvario. Todo lo demás es salvación por obras. Verdaderamente, lejos de anular la obra de la cruz, el juicio investigador la conduce a su culminación.

Naturalmente, no todos los salvados formarán parte de la última generación. Muchos de los fieles que viven hoy ya no estarán vivos cuando Jesús regrese. Descansarán en sus sepulcros para levantarse en la primera resurrección con todos los justos que hayan vivido desde Adán en adelante. No habrán pasado por la experiencia de los 144,000. Debido a eso, algunos adventistas se han sentido tentados a pensar: “Bueno, entonces no necesito preocuparme por llegar a formar parte de ese grupo. Si sólo logro participar de la primera resurrección, es suficiente”.

A veces nos comportamos como payasos desagradecidos y dañinos. Es sorprendente que Cristo no nos haya abandonado a morir en nuestros pecados. Jesús ha hecho tantísimo por nosotros, ha logrado tanto en nuestro favor, nos lo ha prometido todo, y sin embargo sólo estamos dispuestos a devolverle lo menos posible. Elena de White escribió: “No sólo quiero ser perdonada por la transgresión de la santa ley de Dios, sino que también deseo ser elevada hacia la luz del rostro de Dios. No quiero ser meramente admitida al cielo, sino que deseo que las puertas se abran ampliamente para mí”.¹⁴

En vista de que muchos de los salvados no habrán

tenido la experiencia santificadora de los 144,000, algunos se preguntan por qué habrían de tratar siquiera de integrarse a este último grupo que experimentará una victoria total sobre el pecado. ¿Quién quiere pasar por las angustias de dar gloria a Dios durante la culminación de las edades? ¿Quién desea estar vivo cuando Jesús venga? ¿A quién le interesa no morir nunca sino ser trasladado únicamente? Los que no lo deseen, no lo tendrán. Con tal actitud, se levantarán en una resurrección, ¡pero no necesariamente en la primera!

Además de la justicia de Cristo que recubre al pecador —simbolizada por la ofrenda encendida continuamente—, hay otro aspecto que tiene que ver con el juicio: el de aquellas tablas de piedra guardadas en el segundo departamento del santuario. Estas representan la ley divina, la norma por la cual somos juzgados. No nos equivoquemos, las personas cuyos nombres están escritos en el libro de la vida son juzgadas según sus obras: “Porque es tiempo de que el juicio comience por la casa de Dios; y si primero comienza por nosotros, ¿cuál será el fin de aquellos que no obedecen al evangelio de Dios?” (1 Pedro 4:17). Tampoco nos equivoquemos pensando que los nombres que se hallan escritos en el libro de la vida no pueden ser borrados durante el juicio: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (Apocalipsis 3:5).

Hay nombres que quedan, y nombres que se borran. ¿Qué determina la suerte de cada uno?

Capítulo 17

El Judas que todos llevamos adentro - 1

Cristo no sólo nos cubre con su justicia al momento de aceptarlo sinceramente, sino que ese manto nos revestirá durante todo el juicio investigador. *Su* obediencia a la ley divina, *su* perfección, *sus* méritos, son lo que nos permite aparecer perfectos a la vista de Dios cuando nuestros nombres son examinados en el gran día antitípico de la expiación. Estas son buenas noticias.

Sin embargo, las cosas se vuelven todavía mejores. Jesús nunca nos abandonará a causa de nuestros pecados. El Dios que dejó tras sí la eternidad con el fin de vestirse de humanidad, que abandonó la gloria del cielo para recibir una corona de espinas en la tierra, no nos dejará por causa de nuestros pecados. En lugar

El Judas que todos llevamos adentro

de ello, vino a morir por nuestras transgresiones.

“Mas Dios muestra su amor para con nosotros, en que siendo aún pecadores, Cristo murió por nosotros” (Romanos 5:8).

“Ciertamente llevó él nuestras enfermedades, y sufrió nuestros dolores; y nosotros le tuvimos por azotado, por herido de Dios y abatido. Mas él herido fue por nuestras rebeliones, molido por nuestros pecados; el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por su llaga fuimos nosotros curados” (Isaías 53:4, 5).

Cristo no estaba obligado a morir en vez de nosotros. La tierra pudo haberse descartado con menor efecto sobre el universo del que la pérdida de una célula ejerce sobre el cuerpo humano. Pero de todos modos Jesús vino a redimir este planeta, y el amor que motivó esta acción suya tampoco nos abandonará por causa de nuestros pecados.

Sin embargo, ¿no dice Jesús que es mejor perder un ojo o una mano antes que quemarnos en el infierno? ¿Cómo debemos entender sus palabras: “Muchos me dirán en aquel día: Señor, Señor, ¿no profetizamos en tu nombre, y en tu nombre echamos fuera demonios, y en tu nombre hicimos muchos milagros? Y entonces les declararé: nunca os conocí; apartaos de mí, hacedores de maldad” (Mateo 7:22, 23)? ¿Qué podemos decir acerca de la amonestación paulina: “Golpeo mi cuerpo, y lo pongo en servidumbre, no sea que habiendo sido heraldo para otros, yo mismo venga a ser eliminado” (1 Corintios 9:27)? ¿Qué diremos acerca de todos los augurios de condenación, destrucción y juicio que el Antiguo Testamento presenta a Israel si rechaza el arrepentimiento y la reforma? ¿Qué diremos acerca de los juicios que fueron derramados sobre la nación a causa de su pecado?

DESEQUILIBRIO FATAL

Repetimos: Jesús nunca nos abandonará por causa de nuestros pecados. *¡El jamás nos abandonará por causa de nuestros pecados; pero nosotros estamos en peligro de abandonar a Jesús por ir en pos de ellos!* La acción de borrar un nombre del libro de la vida responde a la decisión que la persona ha hecho de elegir el pecado y rechazar a Cristo. Dios elimina un nombre del libro de la vida sencillamente por respeto a la elección que la persona ha hecho.

Estaba cerca la fiesta de los panes sin levadura, que se llama la pascua. Y los principales sacerdotes y los escribas buscaban cómo matarle; porque temían al pueblo. Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce; y éste fue y habló con los principales sacerdotes, y con los jefes de la guardia, de cómo se lo entregaría. Ellos se alegraron, y convinieron en darle dinero. Y él se comprometió, y buscaba una oportunidad para entregárselo a espaldas del pueblo (Lucas 22:1-6).

¿Quién dejó a quién? ¿Abandonó Jesús a Judas a causa de su pecado? No, Judas dejó a Jesús, y su ruina constituye un ejemplo dramático de las razones por las cuales los nombres pueden ser borrados del libro de la vida.

“Y entró Satanás en Judas, por sobrenombre Iscariote, el cual era uno del número de los doce” (vers. 3). ¿Por qué entró en Judas y no en Juan, Santiago ni Pedro? Satanás deseaba incautarse de todos ellos. En ese mismo capítulo Jesús advirtió a Pedro: “Simón, Simón, he aquí Satanás os ha pedido para zarandearos como a trigo” (Lucas 22:31).

¿Por qué Judas? Después de todo, este discípulo había tenido una experiencia con Jesús. Los milagros del Salvador lo habían conmovido. Vio que los cojos, los ciegos y los enfermos que eran traídos a los pies de

Cristo sanaban gracias al toque de sus manos o a una palabra de sus labios. Lo vio resucitar a los muertos, echar fuera demonios, y multiplicar los panes y los peces. “Reconoció la enseñanza de Cristo como superior a todo lo que hubiese oído. Amaba al gran Maestro, y deseaba estar con él. Sintió un deseo de ser transformado en su carácter y en su vida, y esperó obtenerlo relacionándose con Jesús”.¹

¿Acaso no han experimentado algo de esto todos los seguidores de Cristo a través de las edades? ¿No han amado también a Jesús y deseado estar con él? ¿Acaso no los han conmovido los milagros realizados por Cristo? ¿No han reconocido que sus enseñanzas son superiores al resto de cuanto han oído, y al igual que Judas, han experimentado “un deseo de ser transformados en su carácter y sus vidas”? Verdaderamente, ¿no hay un pequeño Judas en cada uno de nosotros? Evidentemente el Espíritu Santo había tocado a Judas. Por esa razón, tal vez, Jesús “le dio un lugar entre los doce. Le confió la obra de un evangelista. Le dotó de poder para sanar a los enfermos y echar a los demonios”.² Jesús no se limitó a una mera aceptación de Judas, le dio la bienvenida en el círculo íntimo de los doce, y hasta le concedió poderes sobrenaturales. Judas pudo llegar a ser el más poderoso de todos los discípulos, y quizás llegar a escribir uno de los libros de la Biblia: el evangelio según San Judas. Si hubo alguien que tuvo la oportunidad de ser salvado por Jesús, ese fue Judas.

Jesús advirtió a sus discípulos: “He aquí os doy potestad de hollar serpientes y escorpiones, y sobre toda fuerza del enemigo, y nada os dañará. Pero no os regocijéis de que los espíritus se os sujetan, sino regocijaos de que vuestros nombres están escritos en los

DESEQUILIBRIO FATAL

cielos" (Lucas 10:19, 20). Si las vidas de todos los que profesan creer en Dios son las de "aquellos que profesan servir a Dios, aquellos cuyos nombres están escritos en el libro de la vida",³ entonces seguramente el nombre de Judas Iscariote tuvo que haber estado escrito allí.

¿Qué sucedió entonces?

Elena de White nos lo dice claramente: "Pero Judas no llegó al punto de entregarse plenamente a Cristo. No renunció a su ambición mundanal o a su amor al dinero. Aunque aceptó el puesto de ministro de Cristo, no se dejó modelar por la acción divina".⁴

¿Cuál fue el resultado?

"Había fomentado el mal espíritu de la avaricia, hasta que éste había llegado a ser el motivo predominante de su vida. El amor al dinero superaba a su amor por Cristo. Al llegar a ser esclavo de un vicio, se entregó a Satanás para ser arrastrado a cualquier bajeza de pecado".⁵

Judas acarició un pecado por encima de todo lo demás, y éste le acarreó la ruina, no porque Jesús no pudiera perdonarlo, sino porque Judas rechazó su perdón. Al rehusar arrepentirse, literalmente prefirió el pecado por encima de Jesús: un ejemplo de lo que tarde o temprano sucede con todas las personas cuyos nombres están escritos en el libro de la vida pero que al fin son borrados de él.

Satanás conoce el evangelio. Comprende la justificación por la fe mejor que cualquier adventista del séptimo día. Cree en la cruz. Después de todo, ¿el se encontraba allí! Sabe muy bien que "ahora, pues, ninguna condenación hay para los que están en Cristo Jesús" (Romanos 8:1). Comprende cabalmente que "la dádiva de Dios es vida eterna en Cristo Jesús" (Romanos

6:23). No ignora que “el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo” (Gálatas 2:16).

Satanás también sabe que no puede hacer absolutamente nada para anular ni revertir nada de lo que Jesús hizo en la cruz. El sabe bien que en Jesús podemos alcanzar perdón y restauración completos, sin importar lo que somos ni lo que hemos hecho. Está familiarizado con el inmenso amor que Dios nos tiene y sabe que “ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro” (Romanos 8:39). Y puesto que todas estas cosas son de su conocimiento, sabe que Jesús jamás nos abandonará. Por eso es que se esfuerza para que nosotros abandonemos a Jesús, y el único modo de lograrlo es induciéndonos a pecar y luego manteniéndonos en el pecado. Si logra que lo hagamos, sabe que al fin de cuentas elegiremos el pecado por encima de Jesús, tal como lo hizo Judas.

“Y entró Satanás en Judas”. ¿Por qué en Judas? Porque, como dice Elena de White, “él se entregó a Satanás” y la razón por la cual se rindió a Satanás fue el hecho de haber practicado un pecado que se transformó en la fuerza guiadora de su vida.

Jesús no abandonó a Judas. Trató de salvarlo hasta el fin.

Pero Judas no estaba completamente empedernido. Aun después de haberse comprometido dos veces a traicionar al Salvador, tuvo oportunidad de arrepentirse. En ocasión de la Cena de Pascua, Jesús demostró su divinidad revelando el propósito del traidor. Incluyó tiernamente a Judas en el servicio hecho a los discípulos. Pero no fue oída su última súplica de amor. Entonces el caso de Judas fue decidido, y los pies que Jesús había lavado salieron para consumir la traición.⁶

Judas estaba tan endurecido que eligió este pecado en desmedro del Salvador, a pesar de que Jesús se hallaba frente a él en la carne. Si pudo rechazar a Jesús aun después que el Salvador le lavó los pies, los cristianos de hoy deben darse cuenta de cuán fácil es elegir el pecado por encima del Salvador.

Por esta razón, para aquellos que finalmente han de estar de pie sobre el mar de vidrio, la lucha con el pecado es un elemento central de la batalla de la fe. Tenemos que obtener la victoria sobre el pecado, o él la obtendrá sobre nosotros. Hemos de vencer, o ser vencidos. El pecado es letal, no porque no pueda ser perdonado. Dios anhela perdonar nuestro pecado. La cruz lo comprueba. El pecado es mortal, no porque sea capaz de alejar a Dios de nosotros, sino porque nos aleja a nosotros de Dios. El pecado nos separa del Señor.

¿Quién salió en busca de quién en el Edén? Dios fue quien salió a buscar a Adán y Eva. ¿Y qué hicieron al oír su “voz en el huerto” (Génesis 3:10)? Huyeron. El pecado, aunque en formas más sutiles, nos induce a hacer lo mismo.

Sin embargo, si se mantienen unidos a Cristo, los cristianos obtienen la victoria sobre el pecado. “No os ha sobrevenido ninguna tentación que no sea humana; pero fiel es Dios, que no os dejará ser tentados más de lo que podéis resistir, sino que dará también juntamente con la tentación la salida, para que podáis soportar” (1 Corintios 10:13). ¿Puede Dios proporcionarnos una vía de escape o no? Este versículo asegura que sí.

“Sabe el Señor librar de tentación a los piadosos” (2 Pedro 2:9). ¿Sabe el Señor cómo librarlos de la tentación, o no? De acuerdo con este versículo, sí sabe.

El Judas que todos llevamos adentro

“Aquel que es poderoso para guardaros sin caída, y presentaros sin mancha delante de su gloria” (Judas 24). ¿Es Dios capaz de librarnos de caer, o no? Este versículo dice que sí.

Entonces, ¿cuál es nuestro problema? ¿Por qué no sólo continuamos pecando todavía, sino que justificamos nuestros pecados asegurando que somos incapaces de vencerlos y que la ley de Dios no se puede guardar? “Podemos ser victoriosos. Sí; completamente, definitivamente. Jesús murió para trazar una vía de escape para nosotros, de modo que pudiéramos vencer cada falta, resistir cada tentación, y por fin sentarnos con él en su trono”.⁷

En el sermón del monte, Jesús declaró: “no resistáis al que es malo; antes, a cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra” (Mateo 5:39). ¡Observemos a qué nivel de moralidad nos ha llamado Jesús! Cuando no devolvemos mal por mal consideramos que somos buenos cristianos, sin embargo Jesús nos conduce un paso más adelante, ordenándonos que le presentemos la otra mejilla al abusador.

“A cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con el dos” (Mateo 5:41). Qué buenos cristianos nos consideramos cuando alguien nos pide un favor y se lo concedemos. Pero Jesús nos pide que hagamos algo más.

“Amad a vuestros enemigos” (Mateo 5:44). Cuando estamos en paz con nuestros enemigos, o les permitimos pasar por encima de nosotros, consideramos que ya llegamos a la meta. Sin embargo no es suficiente. ¡Jesús nos ordena amarlos!

En estos textos todas sus palabras tienen que ver con las relaciones personales, tal como sucede con los últimos seis mandamientos: no hablarás contra tu

prójimo falso testimonio. No matarás. No hurtarás...” Jesús nos pide que avancemos más allá de la simple obediencia del mandamiento que prohíbe el adulterio. Nos indica que ni siquiera alberguemos la inclinación carnal en nuestros corazones. No sólo nos pide la mera obediencia de la ley contra el homicidio; ¡nos enseña a ni siquiera enojarnos!

En el sermón del monte, Jesús apenas si hizo algunas referencias a las “prohibiciones de la ley”, como si los “no harás esto” fueran automáticos, y toda la gente ya los entendiera y aceptara. Presenta a sus seguidores conceptos mucho más profundos que el mero cumplimiento externo de las exigencias de los diez mandamientos. Sin embargo la Iglesia Adventista está inundada por la enseñanza de que somos incapaces de obedecer ni siquiera las “prohibiciones de la ley”. Se nos ha dicho que es imposible guardar los diez mandamientos. Se ha sostenido que siempre continuaremos pecando, y que los que enseñan de otro modo son legalistas o perfeccionistas radicales. Se ha hablado de todas estas cosas, ¡y a esto se llama evangelio! O se lo ha denominado con un término aún más ridículo: ¡Justificación por la fe! ¿Qué hay de justo en la aseveración de que debemos continuar pecando? Es como si Jesús quisiera que obtuviéramos un doctorado, ¡mientras los que aseguran que no podemos guardar la ley se empeñan en mantenernos en el jardín de infantes!

“Hijitos míos, por quienes vuelvo a sufrir dolores de parto, hasta que Cristo sea formado en vosotros” (Gálatas 4:19).

“Llevando en el cuerpo siempre por todas partes la muerte de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestros cuerpos. Porque nosotros que vivimos, siempre estamos entregados a muerte por

causa de Jesús, para que también la vida de Jesús se manifieste en nuestra carne mortal” (2 Corintios 4:10, 11).

“Con Cristo estoy juntamente crucificado, y ya no vivo yo, mas vive Cristo en mí” (Gálatas 2:20).

La vida de Cristo debe “manifestarse en nosotros”: una vida que se ha remontado muy por encima de las simples “prohibiciones de la ley”. A pesar de ello algunos adventistas del séptimo día aseguran que no se pueden guardar ni siquiera los diez mandamientos.

“Cristo llevó una vida de perfecta obediencia a la ley de Dios, y así dio ejemplo a todo ser humano. La vida que él llevó en este mundo, tenemos que llevarla nosotros por medio de su poder y bajo su instrucción”.⁸

La aseveración de que ni siquiera los cristianos convertidos pueden guardar la ley divina ni dejar de pecar, echa por el suelo los tres mensajes angélicos, hace una burla de la cruz, y conduce a la ruina.

El problema central en la gran controversia, el punto de partida de la rebelión de Satanás, tenía que ver con la ley de Dios. Satanás se rebeló contra la ley, asegurando que era incorrecta, injusta, y que no se la podía guardar. Por lo tanto, su objetivo inalterable ha consistido en hacer que los seres humanos quebranten dicha ley, y demostrar con ello que está en lo cierto.

Desde el origen de la gran controversia en el cielo, el propósito de Satanás ha consistido en destruir la ley de Dios. Para realizarlo se rebeló contra el Creador y, aunque expulsado del cielo, continuó la misma lucha en la tierra. Engañar a los hombres para inducirlos luego a transgredir la ley de Dios, tal fue el objeto que persiguió sin cesar. Sea esto conseguido haciendo a un lado toda la ley o descuidando uno de sus preceptos, el resultado será finalmente el mismo.⁹

Elena de White pudo haber agregado que el objetivo de Satanás también se puede lograr mediante la enseñanza de que la ley realmente no se puede guardar. No hay mucha diferencia entre creer que no necesitamos guardar la ley y aseverar que ésta no se puede guardar. Cualquiera de estas dos posiciones conlleva el quebranto de la ley, que involucra el cumplimiento de los propósitos satánicos.

Los que consideran que no podemos vencer el pecado, realmente sostienen que no se pueden obedecer los diez mandamientos. ¡Por lo tanto, cuando los adventistas del séptimo día, a quienes se les ha confiado el propósito especial de proclamar la ley de Dios, aseguran que no se la puede guardar, están anulando la mismísima ley que han sido llamados a poner en alto! Cuán ridículo es promover una norma cuyos promotores la rechazan con sus palabras o sus acciones. Si la ley no se puede guardar, entonces ¿qué quiere decir el tercer ángel en Apocalipsis 14:12, cuando asegura: “Aquí está la paciencia de los santos, los que guardan los mandamientos de Dios y la fe de Jesús”?

Da miedo escuchar a un adventista del séptimo día que reitere exactamente la mentira que Satanás diseminó en el cielo aun antes de la creación del mundo: que no se puede guardar la ley divina. El diablo debe de estar feliz con esto. ¡Que en lugar de refutar sus mentiras, las personas llamadas a hacerlo las estén promoviendo!

Además, ¿por qué Dios había de establecer una ley que no pudiera cumplirse, para luego arrojar al lago de fuego a miles de millones de personas por el incumplimiento de sus demandas? ¿Cómo podrían los diez mandamientos ser la norma del juicio si desde el

mismo comienzo eran algo inalcanzable? ¿Qué maestro es capaz de poner un examen tan difícil que ningún alumno tenga la menor posibilidad de pasar, para luego hacerlos fracasar a todos?

Y lo que es más significativo, si los seres humanos son condenados por quebrantar una ley imposible de obedecer, ¿cuál es la importancia del Calvario? ¿Qué gran sacrificio realizó Jesús? Si somos condenados por una norma inalcanzable desde el comienzo, y el pecado consiste en la transgresión de dicha norma, entonces realmente Dios tiene la culpa. Jesús *nos debía* su muerte en la cruz. Si él era culpable de la existencia del pecado, entonces el Calvario era lo menos que podía hacer.

No obstante, tanto la Biblia como el espíritu de profecía enseñan que podemos ser victoriosos, que en verdad triunfamos, y que la ley es la norma por la cual vivimos y seremos juzgados. El hecho de que algunos han enseñado el evangelio desde un ángulo legalista no es razón para que desechemos la ley.

La clave está en hallar el equilibrio entre la ley y la gracia. No hay que olvidar la diferencia que existe entre lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz —justificación— y lo que se propone hacer en nosotros —santificación—. Se trata de dos aspectos diferentes del mismo evangelio, con funciones distintas. Pero los problemas se suscitan cuando las separamos en términos de la vida diaria del creyente. La una sin la otra desvirtúa el evangelio. Si hemos sido justificados, también seremos santificados. La salvación no termina con la proclamación legal del perdón, como tampoco el bautismo finaliza con la inmersión. Después que se nos ha sumergido, debemos levantarnos y salir del agua para que “también nosotros andemos en vida nueva”

(Romanos 6:4). El perdón es únicamente el comienzo de la redención, no su final, así como la inmersión no indica que el bautismo ha terminado, sino que sólo marca su comienzo. ¡Cuidado con los que pretenden meterlo debajo del agua y dejarlo allí!

El santuario enseña que la salvación no terminó en el Calvario, porque la redención no concluye con el perdón. El evangelio no contempla únicamente el perdón, lo cual es su fundamento, sino también la restauración, la cual constituye su punto culminante. La justificación, es decir lo que Cristo hizo por nosotros en la cruz, no puede separarse de la ley.

“Sabido que el hombre no es justificado por las obras de la ley, sino por la fe de Jesucristo, nosotros también hemos creído en Jesucristo, para ser justificados por la fe de Cristo y no por las obras de la ley” (Gálatas 2:16). Eso es justificación, lisa y llanamente. Eso es lo que sucedía en el altar de la ofrenda encendida y el primer departamento del santuario. He ahí la vida y la muerte de Cristo por nosotros. Sin embargo, ¿qué dice el versículo siguiente? “Y si buscando ser justificados en Cristo, también nosotros somos hallados pecadores, ¿es por eso Cristo ministro de pecado? En ninguna manera” (vers. 17).

· Aquí, en la misma referencia acerca de la justificación, Pablo amonesta en contra de aquellos que pretendieran utilizarla como excusa para pecar. Aunque sutilmente, los que enseñan que no se puede obedecer la ley, nos están dando excusas para pecar.

“Concluimos, pues, que el hombre es justificado por fe sin las obras de la ley” (Romanos 3:28). Esta es la verdad más importante de la Biblia. Sin embargo, pocos versículos más adelante Pablo declara: “¿Luego por la fe invalidamos la ley? En ninguna manera, sino

que confirmamos la ley” (vers. 31).

La fe y las obras van unidas inseparablemente. “Porque como el cuerpo sin espíritu está muerto, así también la fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26).

Si la ley de Dios se puede observar —y el Señor ha prometido darle poder a su pueblo para hacerlo—, ¿por qué seguimos quebrantándola? ¿Por qué continuamos pecando? Si Dios demanda que su pueblo no peque (“¿perseveraremos en el pecado para que la gracia abunde? En ninguna manera [Romanos 6:1, 2]”); si Dios les advierte que el pecado podría destruirlos (“No erréis; ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, ni los afeminados, ni los que se echan con varones, ni los ladrones, ni los avaros, ni los borrachos, ni los maldicientes, ni los estafadores, heredarán el reino de Dios” [1 Corintios 6:9, 10]); y si Dios aún les promete poder para no pecar (“A Aquel que es poderoso para guardaros sin caída” [Judas 24]) —sin embargo, de todos modos continúan siendo transgresores, esto sucede únicamente porque *eligen* pecar.

Mientras vivamos a este lado de la segunda venida de Cristo, siempre poseeremos una naturaleza perversa y pecaminosa. Siempre tendremos que batallar contra las demandas de nuestra propia carnalidad pervertida. Siempre estaremos conscientes del pecado que mora en nosotros. A este lado de la segunda venida siempre seremos pecadores, ¡pero no siempre tendremos que pecar! Para un cristiano convertido el acto de pecar, en sí mismo, implica una elección consciente. ¿Cómo podría ser de otro modo? Si Dios nos promete poder para no pecar, pero de todos modos lo hacemos, es únicamente porque hemos decidido no echar mano de ese poder. En lugar de ello hemos elegido la acción pecaminosa, y esta elección de gratificar nuestros

DESEQUILIBRIO FATAL

propios deseos impíos, en lugar de preferir a Cristo, es exactamente lo que hizo Judas, aunque en escala menor.

De modo que continuamos pecando únicamente porque elegimos no echar mano de las promesas de Dios en Cristo. Al hacerlo elegimos el pecado por encima de Jesús. El Señor puede perdonar nuestros pecados; pero si continuamos en la transgresión como Judas, tarde o temprano llegaremos a estar tan empecinados en ella, que haremos la misma decisión fatal que Judas hizo al rechazar totalmente a Jesús. Pero ningún cristiano necesita acabar su vida a la manera de Judas para que su nombre sea borrado del libro de la vida. En efecto, puede asistir a la iglesia, diezmar, orar, y hasta realizar buenas obras, y sin embargo ser borrado del libro de la vida, mientras Jesús declara: "Apartaos de mí, obradores de maldad" (Mateo 7:23).

El pecado es una enfermedad de los nervios espirituales. Nos vuelve insensibles a las diferencias entre lo correcto y lo equivocado, entre el bien y el mal, la justicia y la impiedad. Los matices se vuelven borrosos. Mientras más lo justificamos, menos pecaminoso aparece a nuestra vista. Judas había racionalizado su pecado, y había llegado a creer que si traicionaba a su Señor, Jesús se vería forzado a ser Rey y Gobernante. Como resultado, "Judas tendría a su favor el haber puesto al Rey en el trono de David. Y este acto le aseguraría el primer puesto, el siguiente a Cristo en el nuevo reino".¹⁰ El pecado había pervertido tanto su mente y lo había hecho tan insensible a las diferencias entre el bien y el mal, que llegó al punto de racionalizar su traición ¡hasta creer que ésta los exaltaría tanto a él como a Cristo!

Con razón la Biblia advierte a los cristianos: "Que

ninguno de vosotros se endurezca por el engaño del pecado” (Hebreos 3:13). Podemos creer que somos salvos, que somos cristianos, que estamos teniendo una relación correcta con Dios, y encontrarnos tan engañados y endurecidos como Judas.

La historia del cristianismo demuestra que no todos los que han profesado el nombre de Jesús han estado convertidos. Convencidos de que realizaban la obra de Cristo, los dirigentes eclesiásticos quemaron a hombres, mujeres y niños en la estaca. Emprendieron guerras en el nombre de Jesús, y en su nombre torturaron gente, saquearon pueblos, y ultrajaron a sus habitantes, creyendo que lo hacían para la gloria de Dios. Estos siervos de Satanás habían sido cegados por el pecado de tal manera que no podían distinguir la diferencia entre el bien y el mal, entre el pecado y la justicia. No nos engañemos, tampoco. El hecho de que no hayamos quemado a algún “hereje” en el nombre de Jesús, no significa que no podamos estar tan engañados como ellos. En efecto, al decir del mensaje de Laodicea, muchos ya lo están. “Tú dices: yo soy rico, y me he enriquecido, y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo” (Apocalipsis 3:17).

Cuando Dios dice a los laodicenses: “Te vomitaré de mi boca” (vers. 16), el griego lo expresa literalmente como “te vomitaré [hacia] fuera”. Esto no da la idea de que los laodicenses estarán gozando con Jesús en el banquete celestial, ¿verdad? A menos que cambien, a menos que acepten el consejo que se les da en el versículo siguiente, serán borrados del libro de la vida, ¡a pesar de que ahora se engañan pensando que están bien!

“De los defectos de carácter —advierte Elena de

White— se vale Satanás para intentar dominar toda la mente, y sabe muy bien que si se conservan estos defectos lo logrará. De ahí que trate constantemente de engañar a los discípulos de Cristo con su fatal sofisma de que les es imposible vencer”.¹¹

En Lucas 18 Jesús se refirió a dos hombres que oraban en el templo; uno era fariseo y el otro publicano. “El fariseo, puesto en pie, oraba consigo mismo de esta manera: Dios, te doy gracias porque no soy como los otros hombres, ladrones, adúlteros, ni aun como este publicano; ayuno dos veces a la semana, doy diezmos de todo lo que gano” (Lucas 18:11, 12). Entretanto, “el publicano, estando lejos, no quería ni aun alzar los ojos al cielo, sino que se golpeaba el pecho, diciendo: Dios, sé propicio a mí, pecador” (vers. 13). Entonces Jesús agregó que el publicano, no el fariseo, “descendió a su casa justificado” (vers. 14).

¿Quién estaba tan endurecido por el pecado que era incapaz de ver sus propios defectos? ¿Quién volvió a salir del templo con todos sus pecados encima? ¿Quién estaba tan ciego acerca de su propia condición espiritual como los laodicenses? Por supuesto, el fariseo. Por otra parte, ¿quién vivía más cerca de Jesús? ¿Quién estaba familiarizado con la santidad y la perfección que Dios exige? ¿Quién experimentaba su necesidad absoluta de la justicia de Cristo para cubrir sus pecados? Por supuesto, el publicano.

Nuestra propia experiencia debería enseñarnos que mientras más victorias alcanzamos en Cristo, más nos acercaremos a Jesús, y por lo mismo, más pecadores e impíos apareceremos ante nuestros propios ojos. La persona que no hubiera pecado en todo un año sería la última en saberlo y, por lo mismo, la menos inclinada a jactarse de ello. El pecado nos aparta de Cristo;

mientras más separados de él nos hallemos, más confuso será nuestro discernimiento acerca de nuestra condición pecaminosa, y más inclinados nos sentiremos a orar como el fariseo. Mientras más victorias ganen los cristianos, con mayor denuedo se golpearán el pecho porque se encontrarán caminando más cerca de Jesús, cuya justicia hará que se vean en la vergüenza de sus propias imperfecciones. Esto parece irónico, pero mientras más victorias obtengamos en Cristo, con más claridad percibiremos nuestra necesidad de su justicia.

Elena de White advierte que “los pecados de los cuales no nos hayamos arrepentido y que no hayan sido abandonados, no serán perdonados ni borrados de los libros de memoria, sino que permanecerán como testimonio contra el pecador en el día de Dios”.¹²

¿Quién corría el mayor riesgo de no arrepentirse de su pecado, el fariseo o el publicano? El fariseo, pero únicamente porque estaba tan engañado por sus propios pecados que ni siquiera se percataba de ellos. El pecado nos endurece y nos ciega a todos con respecto a nuestra verdadera condición espiritual. Ya que somos incapaces de arrepentirnos de los pecados que no percibimos, ni podemos abandonarlos, las personas empecinadas en la maldad corren el grave riesgo de albergar pecados de los cuales no se han arrepentido ni los han abandonado, que testificarán en contra suya en el día del juicio.

A todos los que se hayan arrepentido verdaderamente de su pecado, y que hayan aceptado con fe la sangre de Cristo como su sacrificio expiatorio, se les ha inscrito el perdón frente a sus nombres en los libros del cielo; como llegaron a ser partícipes de la justicia de Cristo y su carácter está en armonía con la ley de Dios, sus pecados serán

DESEQUILIBRIO FATAL

borrados, y ellos mismos serán juzgados dignos de la vida eterna.¹³

Esto no es salvación por obras. El hecho de que la vida llegue a estar en armonía con la ley de Dios no conducirá a nadie al cielo. Sólo puede salvarnos un registro perfecto, y como Jesús fue el único hombre que verdaderamente lo alcanzó, todos necesitamos de “la sangre de Cristo como nuestro sacrificio expiatorio”. Los caracteres que formamos mediante la justicia de Cristo nos aseguran una vida en armonía con la ley divina. En eso consiste la prueba, la evidencia externa, de que verdaderamente poseemos una fe salvadora. “Muéstrame tu fe sin tus obras —nos desafía Santiago—, y yo te mostraré mi fe por mis obras” (Santiago 2:18). Al examinar nuestras obras, el juicio investigador determina si realmente hemos ejercido verdadera fe, o no.

Jesucristo no prometió únicamente el perdón de los pecados, sino también la victoria sobre ellos. La redención es un plan paquete. Si ya hemos aceptado el perdón, también debemos aceptar la victoria. Y en el día del juicio son esas victorias las que testifican de que hemos sido verdaderamente redimidos. Por esta razón Elena de White pudo escribir: “El que no tiene suficiente fe en Cristo para creer que él puede guardarlo del pecado, no tiene la fe que le dará entrada en el reino de Dios”.¹⁴

El juicio investigador determina ante el universo observador si de veras hemos sido salvados. Cualquiera puede jactarse de ser salvo, y de ser un servidor de Cristo. El juicio investigador es lo que determina ante el universo que observa si estas pretensiones son válidas o no. Si aquí en la tierra, a pesar de nuestra carne enferma de pecado, a pesar de tener que habér-

noslas con tremendas tentaciones y con un diablo que nos inquieta constantemente, elegimos a Jesús por encima del pecado, entonces en el cielo, sin una naturaleza pecaminosa, sin estar acosados por las tentaciones, y libres para siempre de un diablo que nos persiga constantemente, ciertamente no causaremos problema alguno.

Permanecemos justificados cuando vencemos mediante el poder que se nos ha prometido. Si Judas hubiera alcanzado la victoria sobre su codicia mediante el poder de Cristo, no habría abandonado a su Señor. Su nombre podría haber permanecido en el libro de la vida. El pecado puede separarnos de Dios a tal punto que perdamos la salvación. Si no le permitimos a Cristo que desarraigue de nuestras vidas el mal que hemos heredado y el que hemos cultivado, caeremos de la gracia.

En Mateo 7 Jesús compara a dos individuos. Uno oye sus palabras y “las hace” (vers. 24). El otro oye sus palabras “y no las hace” (vers. 26). La persona obediente, que hace lo que Jesús ordena, permanece fiel hasta el fin. Su “fe se perfeccionó por las obras” (Santiago 2:22). En cambio la persona desobediente, la que no cumple los mandamientos de Jesús, se descamina. Su “fe sin obras está muerta” (Santiago 2:26).

Pero al paso que Dios puede ser justo y sin embargo justificar al pecador por los méritos de Cristo, nadie puede cubrir su alma con el manto de la justicia de Cristo mientras practique pecados conocidos, o descuide deberes conocidos. Dios requiere la entrega completa del corazón antes que pueda efectuarse la justificación. Y a fin de que el hombre retenga la justificación, debe haber una obediencia continua mediante una fe activa y viviente que obre por el amor y purifique el alma.¹⁵

Esto no significa que cada vez que uno peca queda fuera de la salvación. En lugar de eso, la justificación debe entenderse como un procedimiento continuo que necesita ser cultivado, mantenido y alimentado diariamente para evitar perderlo. “Por lo tanto, de la manera que habéis recibido al Señor Jesucristo, andad en él” (Colosenses 2:6). Recibimos a Cristo en virtud de la entrega total del yo, y la única manera de conservar su presencia es mediante la entrega diaria que producirá una constante cosecha de obediencia, crecimiento y victoria. El juicio investigador revelará finalmente si hemos mantenido o no esa relación salvífica.

El juicio investigador no es el momento cuando Dios decide definitivamente si nos acepta o nos abandona. Todos aquellos cuyos nombres están escritos en los cielos ya han sido aceptados por el Señor. Sin embargo, el juicio no hace otra cosa que reconocer y darle carácter definitivo a nuestra elección de mantenernos para siempre al lado de Dios o de rechazarlo. El juicio investigador es el proceso mediante el cual nuestras decisiones son selladas para bien o para mal.

Pero algunos argumentan que el juicio investigador les resta seguridad. ¿Cuánta seguridad desean tener? Si lo que desean es poseer la seguridad absoluta de que una vez que aceptan a Jesús nunca más pueden perderse, deberían unirse a una iglesia que enseña el concepto de que “una vez salvos, salvos para siempre”. En cambio, si le rendimos nuestras vidas a Jesús diariamente, alabándolo por las victorias que nos ha concedido, arrepintiendonos y abandonando nuestro pecado cuando caemos, y confiando enteramente en los méritos de Cristo que nos han sido imputados, como la única fuente de nuestra salvación, entonces tendremos toda la seguridad que necesitamos. Cualquier promesa

El Judas que todos llevamos adentro

que se nos haga más allá de ese límite es mera presunción.

Las obras no nos salvan. No pueden salvarnos ni han sido diseñadas para ello. Pero eso no significa que no tengan nada que ver con nuestra salvación. Al contrario, son la prueba, la evidencia, de que hemos sido salvos. Si estamos verdaderamente convertidos, nuestras obras testificarán acerca de ello, y en el juicio no tendremos nada que temer.

¿Cómo podemos saber si tenemos suficientes obras para ser salvos? La respuesta es sencilla. No tenemos suficientes obras para ser salvos, y jamás las tendremos. Por eso necesitamos que Jesús nos cubra con su justicia. Todo lo que podemos hacer es apoyarnos en él, reclamar sus méritos en nuestro favor, y confiar en que él es un Juez justo y compasivo, que nos juzgará de acuerdo con su sabiduría y misericordia infinitas.

¿Qué más necesitamos?

Capítulo 18

El Judas que todos llevamos adentro - 2

A pesar de todo, el pecado todavía se aferra a nosotros; mejor dicho, nosotros nos aferramos al pecado. Entonces, ¿cuál es el secreto de la victoria? ¿Cómo podemos ser contados entre los victoriosos a quienes se refiere el Apocalipsis: “El que venciere será vestido de vestiduras blancas; y no borraré su nombre del libro de la vida, y confesaré su nombre delante de mi Padre, y delante de sus ángeles” (Apocalipsis 3:5)?

Algunos enseñan que para triunfar necesitamos orar de cierta manera específica. La oración es importante, no cabe duda. Sin ella no tendríamos la menor posibilidad. Otros ponen el énfasis en las devociones matinales porque consideran que mediante ellas establecemos una relación con Jesús. Es verdad que jamás

podremos triunfar sin conocer a Jesús. Para otros, el secreto de la victoria se halla en la testificación: trabajar en favor de la salvación de las almas y testificar acerca de Dios.

Cada uno de estos factores es importante. Sin embargo, ¿acaso no oraba Judas, mientras ejercía su ministerio y sostenía una relación personal con Jesús? Por supuesto. ¿Pero qué le sucedió a pesar de todo? ¿Cuántos de nosotros no oramos también, tenemos nuestras devociones, testificamos, y todavía caemos en pecado? Evidentemente, se necesita algo más.

Podemos orar, mantener una vida devocional consistente, y testificar, pero a menos que en nuestro diario caminar con el Señor estemos dispuestos a poner en práctica un principio, seremos vencidos por el pecado, en lugar de salir victoriosos sobre él. Si aplicamos este principio, Dios nunca nos fallará; si no lo hacemos, siempre le fallaremos a Dios.

“Puesto que Cristo ha padecido por nosotros en la carne, vosotros también armaos del mismo pensamiento; pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado” (1 Pedro 4:1).

¿Qué significa el hecho de que Cristo sufrió por nosotros en la carne? En este pasaje Pedro no alude primariamente al Calvario, porque los sufrimientos más intensos del Salvador en la cruz fueron más bien espirituales que físicos. No lo mataron los clavos que atravesaron sus manos; los pecados del mundo lo hicieron morir.

¿Entonces cómo sufrió Cristo por nosotros en la carne? ¿Qué les parece aquella vez que ayunó en el desierto durante 40 días y 40 noches y ganó para nosotros la victoria sobre el apetito, la presunción, y el deseo de alcanzar gloria mundanal? ¿No padeció por

DESEQUILIBRIO FATAL

nosotros en la carne en esa ocasión, logrando triunfos de los cuales pudiéramos participar? Por supuesto que lo hizo. ¿Qué podemos decir acerca de su vida entera, durante la cual “fue tentado en todo según nuestra semejanza, pero sin pecado” (Hebreos 4:15)? ¿No le causaron sufrimientos estas tentaciones? “Porque convenía a Aquel por cuya causa son todas las cosas... que habiendo de llevar muchos hijos a la gloria, perfeccionase por aflicciones al autor de la salvación de ellos” (Hebreos 2:10). “Y aunque era Hijo, por lo que padeció aprendió la obediencia” (Hebreos 5:8).

Jesús era un ser humano, y poseía una carne humana que reclamaba la satisfacción de sus necesidades al igual que la anhelamos nosotros, y la única forma de soportar los ataques del diablo consistió en su disposición de sufrir en la carne para ganar la victoria sobre el pecado mediante el poder de Dios. Esta es también la única forma en que nosotros podemos salir victoriosos.

Oren, tengan sus devociones, realicen obra de testificación, pero cuando el diablo los presione, cuando cada célula de su cuerpo les pida a gritos la satisfacción de sus ansias de pecar, cuando sus hormonas, apetitos, y pasiones parezcan echar humo por sus poros, lo único que pueden hacer es echar mano de las promesas divinas de victoria, y abrazarse de ellas mediante una fe fría y desnuda. Van a experimentar momentos de terrible agonía, les parecerá que andan con los nervios de punta, y se sentirán inducidos a creer que están a punto de morir. Entonces, cuando les parezca que ya no la pueden soportar un momento más, la tentación se desvanecerá, y gracias al poder de Jesús —y para honra y gloria suya— se regocijarán en las victorias que han alcanzado mediante el Señor,

“que es poderoso para guardaros sin caída” (Judas 24).

Nada más produce resultados óptimos. Si seguimos cayendo es porque no hemos sufrido en la carne con el fin de triunfar. Es tanto más fácil fracasar, aunque cada vez que lo hacemos se hace más difícil resistir la siguiente vez. Antes de mucho, sin que siquiera nos percatemos de ello, nos encontraremos bajo el control de Satanás tanto como lo estaba Judas.

Elena de White relata su lucha para ganar la victoria sobre la adicción a cierto tipo de vinagre:

Por semanas estuve muy enferma; pero continué diciéndome una y otra vez: el Señor lo conoce todo. Si muero, que muera; pero no cederé a este deseo; la lucha continuó, y me vi agudamente afligida por muchas semanas. Todos pensaban que era imposible que yo viviera. Puede estar seguro usted de que buscamos al Señor con mucho fervor. Se ofrecieron las oraciones más fervientes por mi recuperación. Continué resistiendo el deseo de vinagre, y por fin vencí. Ahora no tengo ninguna inclinación a probar nada de esa índole. Esta experiencia ha sido de gran valor para mí de muchas maneras. Obtuve una completa victoria.¹

¿Es ésta una manifestación de salvación por obras? ¿Era Elena de White una legalista? ¿Será acepta en el cielo porque logró la victoria sobre el vinagre? Por supuesto que no. Su experiencia es un ejemplo de lo que significa padecer en la carne con el fin de obtener victorias en Jesús.

¿Cuándo fue la última vez que usted escuchó acerca de un adventista que sufrió de esta manera con el fin de ganar la victoria? ¡Ay, a esto se lo llamaría legalismo! Algunos argüirían que Elena de White no necesitaba haber sufrido de ese modo. Debería haber bebido todo el vinagre que quisiera. Oportunamente Dios le habría concedido la victoria. Hasta que esto sucediera,

sus luchas y sufrimientos no eran otra cosa que un esfuerzo por obtener la salvación a través de las obras.

Esta clase de pruebas y sufrimientos no son evidencias de legalismo. Realmente son la forma correcta de reclamar y recibir las promesas de victoria que Cristo nos hizo, a pesar de la miseria y el dolor. "Pues quien ha padecido en la carne, terminó con el pecado". Padecer en la carne significa exactamente eso: sufrir. Si no estamos dispuestos a sufrir en la carne para ganar la victoria sobre nuestros pecados, entonces moriremos en ellos.

Algunos pecados desaparecen en el preciso momento en que aceptamos a Jesús; otros se adhieren tan tenazmente a nuestras almas que parecerían estar incrustados en las moléculas de nuestro ADN. Arrancarnos el corazón nos parecería más fácil que abandonarlos. Sin embargo, es indispensable que los desechemos, y Jesús nos ha prometido que triunfaremos.

Aparentemente no hay nada más desvalido —pero en realidad más invencible— que el alma consciente de su insignificancia que depende totalmente de los méritos de su Salvador. Dios enviaría a todos los ángeles del cielo en auxilio de tal persona, en lugar de permitir que fuera derrotada.²

¡Qué promesa! Sin embargo, aunque hubiera legiones de seres alados moviéndose en derredor nuestro, a menos que elijamos padecer en la carne hasta sobrepornos a los clamores de nuestra naturaleza caída, a menos que elijamos no pecar, a pesar de la agonía que experimentemos en nuestro interior, nunca terminaremos con el pecado, y el pecado nos destruirá. Para controlar nuestras mentes Satanás utilizará el pecado de tal manera que no discerniremos nuestra necesidad de perdón. Y por considerar que no lo necesitamos,

tampoco confesaremos nuestros pecados y éstos testificarán en contra de nosotros en el día del juicio. O seremos inducidos a la desesperación y abandonaremos totalmente a Jesús.

Sin embargo, Dios puede proveer una vía de escape. Si Judas hubiera estado dispuesto a padecer en la carne, si en el nombre de Jesús y en virtud de su poder hubiera buscado las victorias que el Señor le quería conceder, habría podido levantarse con todos los redimidos. En lugar de ello, será destruido con los condenados.

Dios nunca abandonó a Judas. Judas lo dejó a él. El Señor prometió que no nos dejaría nunca. Pero es indispensable que nos preguntemos: ¿lo abandonaremos nosotros a él? Mediante las alternativas que preferimos, mediante las victorias que elegimos obtener o desechar, contestamos esta pregunta cada día. Las elecciones que realizamos —para bien o para mal— de aquí a poco quedarán fijadas para siempre en el juicio.

Capítulo 19

Balanzas falsas

Cuando me encuentro con adventistas recién convertidos, les doy dos consejos.

Primero: No confíes en nadie. No me refiero a que no debas amar a la gente ni aprender de ellos ni respetarlos. Más bien me refiero a que cada creyente debe estar fundamentado en la verdad, necesitamos saber personalmente lo que creemos, y luego arraigarnos en ello sin importar lo que cualquier persona —aunque se trate del mismo que nos trajo el mensaje— haga o diga. A menudo admiramos a alguien, pero cuando lo vemos darle un puntapié a un perro o llevar a cabo cualquier otra acción negativa, esto hace que nuestra fe se estrellé y que retrocedamos frustrados. Regresemos a Cristo. Estemos firmes en la verdad presente

confiando únicamente en Jesús.

Debemos escuchar, aprender de otras gentes, y amarlos, pero acostumbrarnos a pesar toda palabra humana en la balanza de la Palabra de Dios. No importa de quién se trate, cuán inteligente o santa sea su apariencia, ni cuánta influencia haya tenido en su vida, usted debe aprender a mantener su propia posición. Puede suceder que algunas de las personas a quienes más hayamos admirado y querido sean las que más nos desilusionen; algunos llegan a lanzarse de cabeza a las profundidades, y a menos que cortemos nuestros nexos con ellos nos veremos arrastrados también al abismo. Somos incapaces de discernir qué puede esconderse en el corazón de otra persona. Tampoco necesitamos saberlo. En cambio, si necesitamos conocer a Jesús y la verdad que tiene para el tiempo presente. Ninguna otra cosa ni nadie más producirá resultados efectivos. "Si estuviesen en medio de ella [la tierra] estos tres varones, Noé, Daniel y Job, ellos por su justicia librarían únicamente sus propias vidas, dice Jehová el Señor" (Ezequiel 14:14).

El otro punto que hago resaltar (es: equilibrio, equilibrio, equilibrio. Cada aspecto de este mensaje, sin excepción ni desviación, debe mantenerse dentro de un marco apropiado de equilibrio, o el creyente será inducido a la herejía, al fanatismo, o al disparate. Como ha sucedido en el pasado, la mayor parte de las herejías que azotan a la iglesia en la actualidad, provienen de un *desbalance* de la verdad. El diablo casi nunca introduce una creencia totalmente errada. Sabe muy bien que su trabajo puede ser mucho más efectivo y enredar a mucha más gente si logra que un elemento de la verdad sea enfatizado de tal manera que otros elementos importantes permanezcan relegados hasta

DESEQUILIBRIO FATAL

que se los considere casi insignificantes. En gran medida, esta desproporción constituye la raíz de la mayoría de los errores en las filas adventistas de hoy, particularmente en lo que atañe a la justificación por la fe y a la experiencia de la última generación.

Como resultado, algunos maestros y predicadores (muchos de los cuales han sufrido la misma experiencia) se han empeñado en ayudar a la gente poniendo énfasis sobre el aspecto legal o forense de la cruz. En consecuencia, la Iglesia Adventista necesitó corregir su modo de ver estas cosas. A pesar de ello, hoy somos testigos de un desbalance igualmente devastador. En lugar de equilibrar la ley, la obediencia y la victoria con la cruz, hemos puesto tanto énfasis en la justificación forense, que la victoria, el desarrollo del carácter y la obediencia a la ley se han transformado en meras notas de pie de página. Nadie enseña una desobediencia abierta; no obstante, algunos sostienen que podemos ser salvos a pesar de nuestra desobediencia. Jesús declara justa a una persona —nos dicen ellos—, pero no puede obligarla a que sea justa. Nunca podremos dejar de pecar, y realmente este hecho no afecta nuestra salvación, toda vez que Jesús ya nos cubrió completamente al morir en la cruz. Con un cuadro tan desproporcionado de la verdad del santuario, con todo el énfasis colocado sobre el altar de la ofrenda encendida y el primer departamento, no es sorprendente que el resto del servicio del santuario, especialmente lo que se refiere al ministerio del segundo departamento y al juicio investigador, se haya obnubilado al punto de perderse de vista. Si el evangelio consiste únicamente en lo que Cristo hizo en la cruz por nosotros, ¿quién necesita de un juicio investigador?

En vista del esparcimiento de estas ideas, otras

personas han reaccionado yéndose al otro extremo. En lugar de balancear la justificación forense, la han rechazado totalmente, concentrándose a tal punto en la ley, la victoria y la obediencia, que han caído en el legalismo y en un vulgar perfeccionismo. (El perfeccionismo no es perfección del carácter. El perfeccionismo enseña que cuando llegamos a ser perfectos esa perfección es la que nos salva.) Estos individuos son incapaces de aceptar que el 100 por ciento de nuestra salvación es el resultado incontestable de lo que Jesús ha hecho fuera de nosotros, y por nosotros. Toda la teología de ellos es experimental; la obra que Cristo realiza en nosotros es la única base de nuestra salvación. Le rinden un servicio nominal a la justificación, aseguran creer en ella, pero en lo profundo de su corazón no la aceptan en grado mayor que los partidarios del otro bando aceptan el juicio investigador.

Como resultado de este desequilibrio, los que no enseñan otra cosa que el aspecto forense del evangelio han llegado aún más lejos: la aceptación de una gracia barata y totalmente sin valor. A su vez, los legalistas —reaccionando desmedidamente ante esta sobrerreacción—, se han adentrado más en el terreno del legalismo. Cada bando sigue experimentando una reacción desmedida frente al otro, hasta que ambos han quedado sumidos en el error. Esta situación ha causado la proliferación de enseñanzas extrañas tanto del lado izquierdo como del derecho.

Los del ala de la extrema izquierda sostienen que la ley no se puede guardar, que siempre nos mantendremos pecando, y que por lo tanto no importa si pecamos después que se cierre el tiempo de gracia, porque ya todo habrá terminado, y dichos pecados no serán transferidos al santuario celestial. Aparentemente,

DESEQUILIBRIO FATAL

Dios no los toma en cuenta. Para estos individuos, las declaraciones de Elena de White acerca de la perfección del carácter realmente no significan lo que dicen; por lo demás, en sus primeros años ella fue más legalista que durante la última parte de su ministerio. Sostienen que más tarde no enseñó la perfección del carácter de la última generación. Por fin, estas personas no pueden aceptar el juicio investigador. En realidad consideran que Elena de White y los pioneros estaban simplemente equivocados; el juicio se llevó a cabo en la cruz. Se lo pasan constantemente despotricando contra la bestia del legalismo. A pesar de que hay que reconocer que el legalismo ha permanecido en la iglesia, la decadencia de nuestras normas, el incremento del uso del alcohol y otros estupefacientes, la creciente promiscuidad sexual que se practica entre nuestros miembros, el aumento escalofriante del divorcio, sumado a los escándalos sexuales y financieros que se han visto dentro de la iglesia, parecen demostrar que, después de todo, ¡el legalismo no es nuestro problema!

Los partidarios del ala de la extrema derecha enfatizan, enseñan y predicán con denuedo la necesidad de la perfección. Siempre andan armados de citas relativas a la perfección con las cuales golpear la cabeza de los liberales, aunque ellos mismos puedan formar parte de los santos más detestables, más críticos y desamorados del adventismo. Tienden a juzgar la salvación de los demás con la norma de *su propia comprensión* de la naturaleza de Cristo. ¡Si su criterio no armoniza con el de ellos, olvídense! No le dan más crédito que a un pagano. Algunos enseñan que cada vez que usted comete un pecado, queda fuera de la salvación; otros albergan ideas extremas referentes a la última generación. Algunos predicán que después

que termine el tiempo de gracia tendremos que sostenernos en nuestra propia justicia, sin que continúe cubriéndonos la justicia de Cristo. Algunos sostienen que habremos alcanzado tal grado de perfección que no necesitaremos al Espíritu Santo; que nos encontraremos tan cerca de Dios y estaremos tan conscientes de su voluntad, que podremos ser perfectos por nuestros propios medios. Algunos predicán que la última generación realmente llega a constituir una “expiación” por el pecado que Jesús no había logrado en la cruz ni en el santuario celestial. Para estos individuos, la salvación tiene que ver exclusivamente con lo que Cristo ha hecho en nosotros, y consideran que las personas que creen en la justificación forense como base de la salvación forman parte de la “nueva teología”.

Ambos bandos están equivocados. Mientras tanto las personas que no saben qué creer, particularmente los adventistas recién convertidos, son arrastrados hacia un campo o el otro. ¡No acepten ninguna de las dos posiciones! Si estudian su Biblia, y si leen el espíritu de profecía, y los usan como la piedra de toque de todo lo demás, descubrirán el verdadero equilibrio (como tantos miles de adventistas), y equilibrio es lo que más necesitamos.

Como iglesia, no parecemos haber aprendido que la gracia barata no se combate con el legalismo. Para combatir la gracia barata, sólo hay que librarse de la baratura, no de la gracia. Ni tampoco se combate el legalismo restándole importancia a la ley, ni denigrándola, ni tratando de anularla. Sólo hay que desembarazarse del *ismo*. Hemos perdido este equilibrio, y mientras no lo recuperemos, nos mantendremos peleando, haciéndole daño a nuestra iglesia, y trayendo oprobio sobre el mismo Dios a quien profesamos servir.

DESEQUILIBRIO FATAL

Con todo, la clave de este equilibrio está en el santuario, y de él se desprenden dos puntos bien definidos. Primero, la única esperanza que podemos tener al presentarnos ante el juicio consiste en tener un Sustituto en lugar nuestro y que presente su propia justicia en lugar de la nuestra. En segundo lugar, el día que veamos a este Sustituto como una excusa para no seguir "perfeccionando la santidad en el temor de Dios" (2 Corintios 7:1), habremos empezado a deslizarnos hacia la perdición.

En esto consiste el evangelio. Cualquier persona que pretenda enseñar algo diferente solamente estará diciendo la mitad de la historia, y nuestra aceptación únicamente de la mitad de la historia ha sido, y sigue siendo, el problema de nuestra iglesia. Proyecta un equilibrio falso, y "el peso falso es abominación a Jehová" (Proverbios 11:1).

Sin embargo, "la pesa cabal le agrada". Y en realidad, en ninguna otra área de nuestra religión necesitamos un equilibrio más cabal que en la comprensión de la relación que existe entre la ley y la gracia, especialmente en lo que se refiere a la última generación. En ninguna otra parte se puede hallar una revelación más amplia de este equilibrio cabal que en el servicio del santuario, *el servicio total del santuario*, desde el altar de la ofrenda encendida hasta los Diez Mandamientos.

Por lo demás, jamás perdamos de vista el hecho de que las personas que enfatizan un aspecto del evangelio a expensas del otro podrían ellas mismas ser reprobadas el día cuando se las pese en las balanzas del santuario. A menos que estemos endurecidos y ciegos en nuestros pecados, los acontecimientos mundiales debieran ser suficiente advertencia de que ese día se acerca rápidamente.

Referencias

Capítulo 1 Derrotados

1. *El conflicto de los siglos*, pág. 622.
2. Peter de Rosa, *Vicarios de Cristo, o la cara oculta del papado*, (México, D.F.: Ediciones Roca, S. A., 1991), pág. 43.
3. *Washington Post* (23 de abril, 1990), pág. A13.
4. *The Wanderer* (15 de noviembre, 1984).
5. *El conflicto de los siglos*, pág. 630.
6. *Religious News Service* (30 de enero, 1990), pág. 4.
7. Rob Gurwitt, "The Christian Right Has Gained Political Power. Now What Does It Do With It?" (La derecha cristiana ha logrado poder político. Ahora, ¿qué hace con él?) *Governing* (Octubre de 1989), pág. 52.
8. *The Fresno Bee* (18 de abril, 1990), pág. 1A.
9. *Ibid.*
10. *Christ's Object Lessons*, p. 317
11. *Signs of the Times* (26 de mayo, 1881).
12. *El conflicto de los siglos*, pág. 476.

Capítulo 2 ¡Ataque!

1. *El conflicto de los siglos*, pág. 542.
2. "A Sanctuary Movement" [Un movimiento del santuario], *Christianity Today* (5 de febrero, 1990), pág. 20.
3. Arnold V. Wallenkampf, "Challenges to the Doctrine of the Sanctuary" [Desafíos a la doctrina del santuario], en *Doctrine of the Sanctuary*, ed. Frank Holbrook (Silver Spring, Md.: Biblical Research Institute, 1989), pág. 198.
4. *Seventh-day Adventism Renounced*, 14a. ed. (Nueva York, 1889), pág. 128.

DESEQUILIBRIO FATAL

5. Citado en *Doctrine of the Sanctuary* [La doctrina del santuario], pág. 207.

Capítulo 3 **El texto perdido**

1. Para un análisis detallado acerca de los asuntos principales relativos a este tema, véanse los tomos 1-5 de la colección titulada *Daniel and Revelation Committee Series* [Serie de la Comisión de Daniel y Apocalipsis], publicada por el Instituto de Investigación Bíblica de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día. Para un estudio más sencillo véase *1844 hecho simple*, por Clifford Goldstein (Boise, Idaho: Pacific Press, 1988).

2. Para un estudio más detallado de este tema, véase *1844 hecho simple*, págs. 14-16.

3. *El conflicto de los siglos*, págs. 669-670.

Capítulo 4 **Minijuicios**

1. William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* [Estudios selectos acerca de la interpretación profética] (Washington, D. C.: Biblical Research Institute, Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día, 1982), pág. 2.

Capítulo 5 **El juicio investigador de Judá**

1. Véase William Shea, *Selected Studies on Prophetic Interpretation* [Estudios selectos acerca de la interpretación profética] (Washington, D. C.: Instituto de Investigación Bíblica, 1982), págs. 13-24.

2. *Id.*, pág. 15.

3. *Ibid.*

4. *Id.*, pág. 24.

Capítulo 6 **“La multiforme sabiduría de Dios” – 1**

1. *Patriarcas y profetas*, págs. 150, 151.
2. Véase Clifford Goldstein, *How Dare You Judge Us God!* [¿Cómo te atreves a juzgarnos, Dios!] (Boise, Idaho: Pacific Press, 1991).
3. Véase *Patriarcas y profetas*, págs. 11-23.
4. *Testimonies for the Church*, tomo 8, pág. 164.
5. *Patriarcas y profetas*, pág. 55, la cursiva es nuestra.
6. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 707.
7. *Id.*, pág. 708.
8. *Ibid.*
9. *Id.*, pág. 709.
10. *Ibid.*
11. *Los hechos de los apóstoles*, pág. 9.

Capítulo 7

“La multiforme sabiduría de Dios” – 2

1. *Joyas de los testimonios*, tomo 3, pág. 263.
2. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 625.
3. *Testimonies for the Church*, tomo 5, pág. 312.
4. *Patriarcas y profetas*, pág. 23.

Capítulo 8

El santuario de Israel

1. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 625.
2. *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 274.
3. Para un estudio más detallado, véase *The Sanctuary and the Atonement* [El santuario y la expiación], publicado por la Comisión de Investigación Bíblica de la Asociación General de los Adventistas del Séptimo Día (Wáshington, D. C., 1981).
4. *Patriarcas y profetas*, pág. 363.
5. Para más detalles referentes a la construcción misma, véase Exodo 25-40.
6. Véase Levítico 4:13-20, 4:22-26; 5:8-11. Todos estos ejemplos y muchos otros, muestran que siempre es el sacerdote quien realiza la expiación, no el animal sacrificado.

DESEQUILIBRIO FATAL

7. *El conflicto de los siglos*, pág. 543.

8. *Ibíd.*

Capítulo 9 **Los dos querubines**

1. *El conflicto de los siglos*, pág. 467.

2. Para un estudio más amplio del concepto judío acerca del día de la expiación, véase *1844 hecho simple*, págs. 39-40. Además, cualquier libro judío de oraciones para el día de la expiación revela el concepto judaico de lo que sucedía durante él. De este modo se pueden percibir claramente diversos paralelos con la forma adventista de comprender el juicio investigador.

3. “Todo el más profundo interés manifestado entre los hombres por los fallos de los tribunales terrenales no representa sino débilmente el interés manifestado en los atrios celestiales cuando los nombres escritos en el libro de la vida desfilen ante el Juez de toda la tierra” (*El conflicto de los siglos*, pág. 537).

4. Es verdad que había querubines bordados en las cortinas que recubrían el lugar santo, pero esta representación no conlleva un significado tan enérgico como el de los dos querubines dorados del segundo compartimento.

5. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 40.

Capítulo 10 **“Por espejo, oscuramente”**

1. “El reino, y el dominio y la majestad de los reinos debajo de todo el cielo, sea dado al pueblo de los santos del Altísimo” (Daniel 7:27).

2. *El conflicto de los siglos*, pág. 719.

3. Véase *El conflicto de los siglos*, capítulo 43.

4. *Id.*, pág. 726.

5. *Id.*, pág. 728.

6. *Id.*, pág. 729.

Capítulo 11 **La primera ley del cielo - 1**

1. *Joyas de los testimonios*, tomo 2, pág. 459.
2. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 733.
3. *Ibíd.*
4. *El conflicto de los siglos*, pág. 474.
5. Los detalles de este aspecto del plan de salvación no resultan totalmente claros. Si enfatizamos el tipo, tomándolo como una correlación de uno a uno, entonces Jesús tuvo que llevar el pecado consigo cuando ascendió al cielo, contaminando así el santuario con su sangre. Sin embargo, no hay nada en las Escrituras ni en los escritos de Elena de White que se refiera a esto específicamente. Hebreos presenta la sangre de Cristo únicamente en el contexto de purificar (véase Hebreos 9:23); aunque en el sistema terrenal, la sangre limpia purifica, y la impura contamina. Por lo tanto, puesto que Cristo llevó nuestros pecados en la cruz, su sangre tuvo que haberse contaminado, y profanado el santuario. Otra explicación sostiene que el pecado, o por lo menos su registro, es anotado en los libros del cielo cuando cometemos el acto pecaminoso. Aunque todavía necesitamos estudiar más este asunto, el punto crucial es que el “pecado” ha sido transferido al santuario celestial. Además, necesitamos tomar en cuenta que el servicio del santuario terrenal sólo incluía los rasgos más significativos del plan de salvación, sin abarcar los detalles menores.
6. “Este asunto es significativo para la Iglesia Adventista del Séptimo Día —escribe William Johnsson—, cuando recordamos el lugar que ocupa en nuestro ministerio y en nuestra historia un santuario celestial *real*. Hace mucho que nuestros pioneros y Elena de White se apoyaron en el libro de Hebreos como fuerte evidencia de la realidad de un santuario celestial y la realidad de un ministerio celestial llevado a cabo por Cristo Jesús, nuestro real sumo sacerdote. La reducción de estas verdades a un mero lenguaje metafórico tiene que producir una segura transformación de la doctrina adventista del séptimo día”. Frank Holbrook, ed., *Issues in the Book of Hebrews* [Temas que se tratan en el libro de Hebreos] (Silver Spring, Md., Biblical Research Institute, 1989), págs. 37, 38.
7. A través de todo el libro de Hebreos se hace claro el tema de la superioridad del ministerio celestial sobre el terrenal. Se evidencia una mejor revelación (1:1-4); un mejor nombre (1:5-2:18); un mejor dirigente (3:1-4:16); un mejor sacerdote (5:1-6:20); un mejor sacerdocio (7:1-27); un santuario mejor (8:1-6); un mejor pacto (8:7-13); un sacrificio mejor (9:1-10:18). Véase Frank Holbrook, *Issues in the Book of Hebrews*, págs. 13-35.

Capítulo 12

La primera ley del cielo – 2

DESEQUILIBRIO FATAL

1. Frank Holbrook, ed., *Seventy Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* [Las setenta semanas, el Levítico, la naturaleza de la profecía] (Washington, D. C., Biblical Research Institute, 1986), pág. 196.
2. Se puede realizar un estudio más profundo de todo este concepto de la imposición de las manos, con la ayuda de *Seventy Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy*, págs. 180-183.
3. Para un estudio más completo de la frase *nasa 'awon*, véase Clifford Goldstein, "Who Shall Atone For Us?" [Quién hará expiación por nosotros] *Shabbat Shalom* (Octubre a Diciembre, 1989), págs. 8-11.
4. *The Jewish Encyclopedia*, (New York: Funk and Wagnalls, 1902), tomo 2, pág. 276.

Capítulo 13

La purificación del santuario

1. El marco cronológico de esta purificación la sitúa posteriormente a la actividad de la potencia representada por el cuerno pequeño de los versículos precedentes, Daniel 8:9-12. Al trazar un paralelo de la descripción de Daniel 8 del cuerno pequeño con la actividad de la potencia representada por el cuerno pequeño de Daniel 7:8, 20, 21, 24, 25, cuya persecución de los santos concluyó (al menos temporalmente) después del período señalado como "tiempo, y tiempos, y medio tiempo" (vers. 25), el marco de tiempo referente a la purificación del santuario se adentra muchísimo en la dispensación cristiana, a una época cuando el santuario terrenal había estado destruido durante siglos. Véase Clifford Goldstein, *1844 Hecho Simple* (Boise, Idaho: Pacific Press, 1988).
2. Si el pecado es un acto inmoral, una acción que se comete, ¿cómo se lo puede transportar físicamente a algún lugar, en especial al santuario celestial? Sin embargo Elena de White declara que los pecados "de hecho" son transferidos al santuario (*El conflicto de los siglos*, pág. 474). ¿Podría ser que el solo registro de los pecados contaminara el santuario? Por encima del proceso metafísico de lo que sucede, el punto importante es lo que enseña acerca del plan de salvación.
3. Véase Levítico 5:6, 10, 13, 18; 6:7; 8:34; 9:7; 14:20; 15:15; 15:30.
4. Frank Holbrook, ed., *Seventy Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy* (Washington, D. C.: Biblical Research Institute, 1986), pág. 188.
5. *Id.*, pág. 217.
6. *El conflicto de los siglos*, pág. 474.
7. *Id.* pág. 475.

8. Frank Holbrook, ed., *Seventy Weeks, Leviticus, Nature of Prophecy*, pág. 170.

Capítulo 14

La demostración total y definitiva

1. *El conflicto de los siglos*, pág. 484.
2. *Id.*, pág. 478.
3. *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 403.
4. *El conflicto de los siglos*, págs. 477, 478.
5. *Id.*, pág. 478.

Capítulo 15

Fe versus obras

1. *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 47.
2. *Our High Calling*, pág. 150.
3. *El conflicto de los siglos*, pág. 681.
4. *Primeros escritos*, págs. 70, 71.
5. *Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 37.
6. *Id.*, tomo 3, pág. 403.
7. *Id.*, tomo 1, pág. 430.
8. *Joyas de los testimonios*, tomo 2, págs. 174, 175.

Capítulo 16

El examen de tu nombre

1. Véase también Romanos 8:15 y Efesios 1:5.
2. *Testimonies For the Church*, tomo 2, pág. 170.
3. *Mensajes selectos*, tomo 1, pág. 459.
4. *El conflicto de los siglos*, pág. 536.
5. *Id.*, pág. 534.
6. *Joyas de los testimonios*, tomo 2, pág. 171.

DESEQUILIBRIO FATAL

7. *Ibíd.*
8. *Id.*, pág. 172.
9. *Id.*, pág. 173.
10. *Id.*, págs. 173, 174.
11. *El conflicto de los siglos*, pág. 537.
12. *Id.*, pág. 538.
13. *Id.*, pág. 478.
14. *Mensajes selectos*, tomo 2, pág. 438.

Capítulo 17

El Judas que todos llevamos adentro – 1

1. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 664.
2. *Ibíd.*
3. *Palabras de vida del gran Maestro*, pág. 251.
4. *El Deseado de todas las gentes*, pág. 664.
5. *Id.*, pág. 663.
6. *Id.*, pág. 667.
7. *Review and Herald*, 4 de septiembre, 1883.
8. *El ministerio de curación*, pág. 135.
9. *El conflicto de los siglos*, pág. 639.
10. *El Deseado de todas la gentes*, pág. 668.
11. *El conflicto de los siglos*, pág. 543.
12. *Id.*, pág. 540.
13. *Id.*, pág. 537.
14. *Mensajes selectos*, tomo 3, pág. 411.
15. *Id.*, tomo 1, pág. 429.

Capítulo 18

El Judas que todos llevamos adentro – 2

1. *Consejos sobre el régimen alimenticio*, pág. 582.
2. *Testimonies for the Church*, tomo 7, pág. 17.